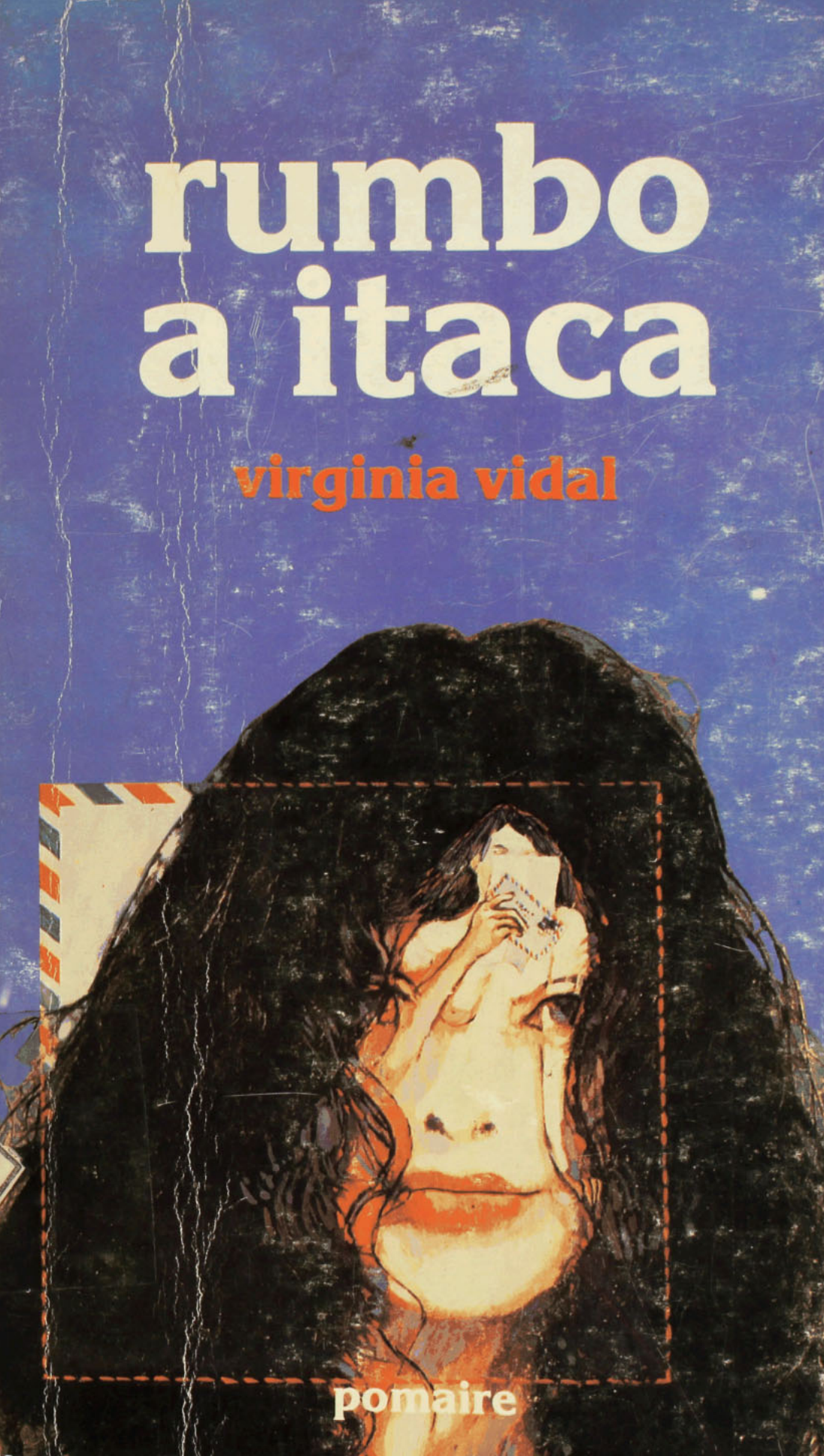


rumbo a itaca

virginia vidal

The book cover features a textured blue background with vertical white scratches. A large, dark, textured shape resembling a head or a rock dominates the lower half. Within this shape, a woman with long dark hair is depicted from the chest up, holding a small object to her face. To the left of the woman, a small rectangular area contains a striped pattern. The publisher's name is at the bottom.

pomaire



Virginia Vidal es chilena. Nació en Santiago, pero ha vivido y escrito en muchos países. Comenzó a trabajar en 1960 y fue profesora de castellano en la Universidad de Relaciones y Comercio Exterior de China, en Pekín, hasta 1963. Luego enseñó en la Universidad de Comercio Exterior de Bratislava (Checoslovaquia). En 1966 regresó a su tierra y ejerció intensamente el periodismo, especializándose en crítica literaria y crónicas sobre la vida cultural de Santiago. En 1973 salió al exilio y vivió

Virginia Vidal

92 (172-40)

rumbo a itaca

virginia vidal



© 1987 Editorial Pomaire S.A., Caracas, Venezuela

Portada: Ortizpozo

Impreso en Promo-Print

Caracas, Venezuela

ISBN 980-290-004-4

rumbo a itaca

virginia vidal

Chela querida:

En el límite
del cansancio, espero haber
sido consecuente: decir
mi verdad dentro y fuera
de todo lo "estamento" y
no claudicos. Créeme: Itaca
son pueros sin sabores
asumidos. Te adora

pomaire

Virginia
Gress, 04/87

Cuando emprendas el viaje hacia Ítaca,
ruega que sea largo el camino,
lleno de aventuras, lleno de experiencias.

.....
Siempre en la mente has de tener a Ítaca.

Llegar allá es tu destino.

Pero no apresures el viaje.

Es mejor que dure muchos años

y ya viejo llegues a la isla,

rico de todo lo que hayas ganado en el camino,

sin esperar que Ítaca te dé riquezas.

.....
Y si la encuentras pobre, Ítaca no te ha engañado.

Sabio como te has vuelto, con tantas experiencias,

habrás comprendido lo que significan las Itacas.

Konstantin Kavafis: *Ítaca*

(Póstuma corrección de la autora)

En cuanto despierto voy a asomarme al ventanal para saludar este panorama de parque y barrio remolón. Hoy diviso a los trabajadores del montón de piedras y a los vecinos aglomerados alrededor de un cantero, más allá de los juegos infantiles. Salgo a ver qué pasa.

Sobre la tierra está el cuerpo del inocente Manuel formando una cruz. Los ojos entreabiertos, las pupilas revertidas a lo más hondo de los párpados superiores. El cuerpo muy tieso, muy estirados los brazos. Dios mío. Clavos de no menos cuatro pulgadas le atraviesan las palmas y los pies descalzos. Qué es esto. Un pingajo sangui-nolento metido en la boca. El pantalón plumizo enrojecido en la zona del bajo vientre. Sobre las manos lívidas reposan unos extraños frutos...

Una arcada me dobla y empiezo a arrojar bilis. Las piernas se me ablandan. Empapada de sudor frío. Unas vecinas me sujetan. El zumbido de oídos se apaga por los crecientes sollozos.

El inocente Manuel se crió en este barrio. Un poco entenado de todos. Rodeado de perros. Amigo de los niños. Siempre a tiempo para cargar la bolsa del mercado. Comía en cualquier casa y pedía pan para las palomas, les hacía casitas. Se encaramaba a los árboles con los chiquillos para poner nidos. Todas las tardes se dedicaba a dar impulso a los más pequeños en los columpios. En mala hora los muchachos le enseñaron a cantar lo que él repetía con voz atiplada:

“Hay un pájaro verde puesto en la esquina
esperando que pase la golondrina
yo no soy golondrina soy un muñeco
que cuando voy a misa me pongo hueco...”

Manuel no olvidó jamás la cantinela. En más de una ocasión un policía afuerino le dio de palos. Pero nunca faltaba el vecino que acudiera en su defensa...

Llega el carro policial. Bajan los hombres armados. Forman un cordón. No dejan pasar a los reporteros. Advertencia general a los pobladores: prohibido comentar la muerte de este individuo. Aquí no ha pasado nada. Dispersarse.

Viene el cura. Tiene que pelear para cruzar y arrodillarse junto al cadáver. Lo va a persignar, pero apoyado en ese pecho se afirma para contener la náusea. Vomita. Una corriente simpática provoca la arcada en cadena. Hombres y mujeres tratan de atajarla apretando las manos contra las bocas. Yo sigo sin poder controlar los espasmos dolorosos. Antes de que levanten el cadáver, me llevan medio a la rastra. Alguien me inyecta. El pesado sopor no me permite, sin embargo, que se me aparte la cruz formada por Manuel.

Los vecinos han desacatado la orden y en la morgue exigen la devolución del cadáver. Quieren velarlo en la capilla. El director de la escuela está dispuesto a refrendar cualquier documento, aun si es preciso afirmar que él es el único pariente. Lo toman preso. Todo el sector está patrullado. Rondan con perros policiales...

Decaigo. Una fiebre pertinaz me lanza en un pozo de desvaríos. Veo a Mauro crucificado como Manuel. No: es Zlato ardiendo en una pira. Manuel grita dormido como Mauro. Este, convertido en el bobo marica, lanza migas a las palomas...

De pronto siento a Mauro aplastándome. Su rostro de angustia casi toca el mío. Sus manos, su cuerpo, quieren sofocarme, destruirme, pero su cara refleja piedad y sufrimiento. Algo tan real, hasta huelo su hálito, percibo la

elasticidad de su cuerpo, su tibieza, echado sobre mí... hasta que logro estrujar el grito, ensalmo para ahuyentar la pesadilla. Me espabilo, pero todavía siento su presión, mi cuerpo oprimido, en las narices ese inconfundible olor a pan recién sacado del horno, a tierra después de la lluvia. Tengo que pensarte, Mauro, sólo pensándote se van a hacer más leves estos sellos que estampan mi pecho y marcan mis mucosas.

~~Y luego quisieras confundirte en todo
Y tenderte en un descanso de pájaros extáticos~~

~~En un bello país de olvido
Entre ramajes sin viento y sin memoria
Olvidarte de todo y que todo te olvide~~

~~Vicente Huidobro: Sino y signo~~

~~¡A Mauro le llegó la herencia! Ni se la esperaba. Me
ofrece un viaje donde yo quiera. Estoy loca de alegría.~~

~~Y luego quisieras confundirte en todo
Y tenderte en un descanso de pájaros extáticos~~

~~En un bello país de olvido
Entre ramajes sin viento y sin memoria
Olvidarte de todo y que todo te olvide~~

~~Vicente Huidobro: Sino y signo~~

¡A Mauro le llegó la herencia! Ni se la esperaba. Me ofrece un viaje donde yo quiera. Estoy loca de alegría. Nos emborrachamos con un vino 'grigio', desvariando a qué punto partiremos. Soy yo quien debe decidir. Me voy a una agencia y descubro que es uno solo el 'tour' verdaderamente deseado: Tashkent, Bujara, Jiva, Samarkanda.

Dejamos nuestro departamentito de Parma, nuestra ciudad adoptiva, amarilla, olorosa a violetas, con ecos de Verdi y partimos a Moscú.

Ya habrá tiempo para conocer esta aldea gigantesca, no nos desviemos de la meta. Antes de lograr la conexión, alcanzamos a ver algo de ella. Vamos al Bolshoi, impresionante ballet, "Ana Karénina". La más grande novela de amor inspiró al músico Schedrin. Expectación en la sala. Aparece de modo intempestivo ella, Ulánova, la bailarina sublime, la misma para quien fue hecha esa coreografía... En el intermedio, Mauro me brinda champaña y panquequitos con caviar. A la salida, sumergidos en el mundo de Ana, nos armamos de valor y vamos hasta el río: congelado como la manteca en el cacharro de greda donde la guardaba mi madre...

De madrugada nos embarcamos en un Tupolev. Volamos varias horas y descendemos en Tashkent. ¿Qué haremos? Nos ubica una mujer de intenso mirar, agrandados los ojos y unidas las cejas por un misterioso cosmético. Es la guía, Nasturá. Nos conduce al hotel. Le pedimos que nos acompañe a dar una vuelta por la ciudad. No

puedo convencerme de que vamos caminando por la Ruta de la Seda, sobre las mismas pisadas de Marco Polo. Desde una plaza se nos impone una fila de hombres esculpidos en piedra: son los comisarios de Lenin. Fueron achicharrados por las bandas de feudales uzbekos, los 'basmachines', dice Nasturá.

De vuelta, ella nos sugiere comer 'plof', un arroz con cordero intensamente perfumado con los condimentos berberís, raiján, yambul y zariá. Mauro ríe:

—Había una vez unas princesas encantadas, se llamaban Zariá, Yambul, Raiján y Berberíg...

Nasturá no comprende bien la broma. La invitamos a la terraza. Yo quiero tomarme un trago.

Frente al hotel, una escuela universitaria. En el pórtico, un grupo de jóvenes. Las muchachas fuman. Nasturá, no. Tampoco bebe algo que tenga alcohol. Le pedimos que nos cuente de su vida.

Tiene dos hijos y no quiere más. Es la hija menor de diecinueve. Su madre es Heroína Nacional por haber parido tantos.

—Mi madre alcanzó a usar el 'parandzhá': un velo de crin que se le ponía a las niñas al cumplir siete años y no se lo sacaban hasta la muerte. Fue eliminado en los años treinta, pero costó. Dicen que fueron quemadas vivas las primeras mujeres que osaron sacárselo...

Y nos habla de los emires que echaban a su harem a nadar en la piscina, para escoger a una: quien fuera más hábil en pescar la manzana que el señor, desde un tronito, lanzara en un momento sorpresivo.

Trato de imaginarme con un velo de crin, tapada eternamente, sólo el marido y los hijos podrían contemplarme. Iría al mercado cargando un chiquillo, con el bolso de compras, cuarenta grados a la sombra en verano, como un fantasma cubierto de negra y espesa red, tratando de atisbar al mundo por los tupidos pelos de cola de caballo, entreviendo el fulgor turquí y oro de los azulejos de cúpulas y minaretes. Un cielo vedado.

Muy de mañana salimos a la excursión, luego de haber comido pan con 'lipioshki', aromática semilla, masa densa, mazacotuda, pero sabrosa. Sopa de leche cuajada y cereales, ensaladas, frutas.

Nasturá anda con la cabeza descubierta, como las estudiantes. Pero las demás mujeres llevan mantos. Los hombres usan unos solideos llamados 'tiubeteikas'. O turbante.

Llegamos al antiquísimo canal Palvan. Algunos jinetes montan camellos. Canal es la metáfora. El esfuerzo, la vida y el sueño.

En un gran solar nos subyuga un viejo juego: una cuerda floja sujeta por dos postes, un gracioso muchacho se equilibra con ayuda de una pértiga. Un viejo toca una flauta, como si encantara a una serpiente.

Estamos suspendidos en el aire seco, en la atmósfera luminosa.

— ¿Por qué vinimos? — me pregunta Mauro.

— Porque yo quiero ir a Samarkanda y tú consentiste en acompañarme.

— ¿Qué significa para ti?

— Un mundo vedado. Sueños de infancia, magia de las mil y una noches, el lugar donde se refugia un jinete pretendiendo escapar de la muerte... ¿Y para ti?

— Un nombre sonoro, como Atacama o Aracataca. Eco algebraico. ¿Sabes quién es Aljorezmi?

— Ni idea.

— Un astrónomo que inventó el álgebra...

— Mauro, te noto triste.

— Ocurrencias tuyas. Sólo motivado. Este aire me recuerda el desierto de allá. ¿No te digo?

Le aprieto la mano. En aquel desierto está el campo de concentración donde Mauro pasó dos años...

Volvemos a almorzar al hotel. Tengo ganas de tomar vino y ninguna de ir al ayuntamiento. Mauro irá. Tiene paciencia para oír la vida de un pueblo trasmutada en cifras...

En la noche, elegante función en el teatro 'Alisher Navvi'. Danzas sensuales, voluptuosidad hasta en los trajes, refinamiento. Nasturá se ve hermosa en su traje de terciopelo magenta.

Seguimos hablando después de la función. Más cifras, datos, anécdotas. ¿Sirven para develar o encubrir la realidad? Mauro, gigantón tierno, escucha a la guía con deferencia. Nos llega amortiguado el ruido de las guitarras eléctricas: rock uzbeko. Me distraigo. Lo miro a él. Apariencia serena y poderosa. Toro herido. Nasturá, muy animada. De pronto hace un movimiento como el de las danzarinas que acabamos de ver: la cabeza inmóvil, pero el cuello desplazándose de un hombro a otro...

A la mañana partiremos a Bujara, la patria del poeta astrónomo Omar Jayán. Antes de caer en el sueño profundo oigo el habitual gemido de Mauro. Desgarrador gemido que me eriza y exaspera. No sé qué es más terrible, si sus dientes rechinantes, moliendo pesadillas o el grito de hombre que se hunde en un pozo. Desde que salimos de allá ese grito me ha enfurecido, desvelándome, haciéndome aborrecerlo... Como sonámbula me he levantado. Ni sé cuándo me he metido en el vehículo que nos lleva hasta un pórtico de encaje azul y turquesa: de las arenas ha surgido la más pura imagen del agua detenida...

En el interior de la cúpula, entre el sobrerrelieve de los enganches, de las estrellas de seis puntas, de las figuras geométricas, están inmortalizados los nombres de los arquitectos. Y versos del Corán. Al fatah...

Nasturá nos recita una frase del astrónomo Ulugbek: *"La religión se dispersa como la neblina; el estado se destruye; los trabajos científicos restan eternos"*.

Mauro comenta:

—Remansos del olvido, fundidos o confundidos esos nombres con las volutas, en un lugar donde el azul más luminoso lo inventaron los hombres desde las arenas más áridas.

El toma apuntes y yo admiro los mosaicos verdes, ama-

rillos, café, con secreta alegría, por la reanimación de Mauro...

Me veo en una curtiembre de caracul, abismada al oprimir esos cueros sedosos, con ondas cambiantes. "Lago negro", "oro blando", eso es el caracul, según el ingeniero agrónomo que nos conduce. Piel de nonatos de ciento treinta días, curtidas con levadura, como hace mil años: no cabe innovación técnica para la perfección, ¡más fácil es innovar en genética: mutaciones...!

Mis manos se sumen en un oleaje de mar tormentoso. Toda la gama del gris, desde el chinchilla a la nube amenazante que deja entrever un jirón de cielo límpido.

—El animal no debe vivir en cautiverio —habla el especialista—: tiene que pastar libre, a campo abierto, porque si está prisionero se altera su metabolismo y la piel saldrá fea...

Mauro se recoge como si le doliera el estómago. Percibo esa vibración suya en tanto acaricio pieles de un negro puro. O marfileñas, y cremosas o con visos dorados. Hasta que descubro una entre acanelada y turmalina o rosa del inca: reflejo crepuscular de la nieve cordillerana, pétalo de flor de damasco, nacarada cual mejilla de un niño. Ondas cambiantes producen nuevos matices. El uzbeko se me acerca:

—Esta es la perfecta, la joya de Bujara, de esta ciudad famosa desde siempre por poseer el caracul máspreciado de la tierra.

Yo acaricio con mis yemas la piel y me hundo en sus ojos. El habla con ese modo tan oriental de realzar toda mercadería. Le pido permiso para acercar el cuerito a mi mejilla. Acepta sonriente. Mauro no toca nada. Como siempre, observa...

Seguimos ruta y pasamos por unos lugares donde están lavando la tierra para desalarla. Más adelante, la carretera está bordeada de almendros floridos. ¡Ese es el tono de la piel que acerqué a mi cara!

Almorzamos. Plof en gigantescas fuentes, los aromas del cordero aliñado con nombres de princesas nos van impregnando hasta los tuétanos. Nuestro anfitrión es un personaje increíble: macizo, casi cuadrado, tal campeón de 'sumo'. La cabeza rapada brilla como esculpida en bronce. Todos sus dientes son de oro; pardo es el camión ruso, pardos los pantalones bombachos cuyos pliegues caen a modo de faldones sobre las botas de tafilete a media pierna; pardos sus ojos rasgados, pardo dorada la tez del rostro duro. Sólo bebe agua. Habla de la guerra, de la producción, del río artificial que trajo las aguas del lago Baikal. El Amur-Dariá y el Sir-Dariá son las arterias hechas por el hombre para cambiar la geografía...

Nos vamos a dormir rendidos. Como todas las noches, me despertará el gemido de Mauro. Su parte más secreta, la no revelada, esencia de sus sufrimientos, pugna por aflorar. O acaso es el eco perviviente de un extinguido temblor. Toco su frente. Fresca. Amaso su nuca, hundo mis dedos en su pelo casi tan suave como el caracul. Al fin su respiración se torna armoniosa y sus músculos se distienden. Ahora mis manos, Mauro, sólo sirven para aplacar fantasmas. Tú, dulce piel de nonato.

¡Por fin llegamos a Samarkanda!

El desierto Kizil-Kum es irreal. Lo surcan canales marcianos o pistas para naves extraterrestres, formando laberintos que no conducen a ninguna parte. El Camino de la Seda. En ese mar de arenas se divisan las montañas del Pamir. Por fin se nos acercan las puras cúpulas de oro y turquesa.

Mauro queda fascinado ante las ruinas del observatorio donde Ulugbek descubrió más de mil estrellas: el círculo de la base y parte del sextante, mármol en riel de bronce, testimonios de la destrucción de los invasores mongoles.

El cielo es la cúpula turquí repetida en las mezquitas. Visitamos una que sobrevive desde hace nueve siglos. Nas-

turá nos traduce una inscripción: "Si en el mundo existe una puerta que nos conduce al paraíso, es ésta".

Apoyada en el quicio, ruego: puerta, si no al paraíso, conduceme a la paz conmigo misma, a la fuerza para soportar la infamia, a la alegría interior, a la ataraxia absoluta... Sin entender, oigo a la guía:

—... la 'bijrá' indica a la Meca, lugar santo, desde este lugar igualmente santo...

Es a Mauro a quien se dirige, con fulgores de esos ojos realzados por el polvo negro plata del antimonio. Sus cejas espesas unidas por el cosmético me dan la sensación de ira, me parece que no me quiere.

Recorremos pasillos, mudos patios, ruinas espléndidas. Mauro, apoyado en mi hombro, dice burlón:

En realidad, parece que no es aquí donde me está esperando.

Me demoro en entender. Siento un ramalazo frío. Procuro bromear:

—No pedimos un caballo para venir hasta acá ni pretendimos huir. A lo mejor, hemos venido a juntarnos con la vida.

Esa noche Mauro me invita a mirar el cielo. Me cuenta que en el campo de concentración se estuvo dedicando a los astros. Organizó a un grupo de aficionados, hicieron cursillos y hasta consiguieron un telescopio.

No puedo menos que recordar una lejana noche cuando me invitó a observar a Saturno rodeado por la luminosa elipse de su anillo.

Me cuenta que vieron alucinantes visiones celestes, verdaderas auroras boreales en pleno trópico. Creyeron haber enloquecido, víctimas de un espejismo colectivo; por suerte, una radio de onda corta les ratificó la existencia del extraño fenómeno.

Saturno y su anillo... No pensar en el antes, aunque siempre se esté dando la mano con el ahora. ¿Quién soy? ¿La que buscó en Saturno el pretexto para pasar la noche con el amado? ¿La desterrada, a pesar de sí misma? ¿Has-

ta de sí misma? ¿La viajera hedonista en busca de un sueño?

En el Foro de las Arenas está la 'medersa' o universidad islámica donde Ulugbek enseñaba astronomía. Al frente, una más reciente. En su frontis, dos tigres de cabezas leoninas persiguen a sendas gacelas. Sobre cada felino sonríe un sol indiferente a la rapacidad del perseguidor y a la angustia del perseguido. Nasturá informa que sólo los shiítas pueden pintar animales... En la gran mezquita de Bibi-Janím, la sultana defenestrada, un inmenso patio desolado donde se destaca un púlpito del que se repite por siglos la lectura del Corán.

Todos los integrantes del 'tour' invitados a cenar a un sovjós. Vamos a ver, por fin, qué es aquello infinitamente mayor que cualquier fundo, finca, hacienda, ejido o estancia: un complejo agroindustrial estatal.

Como siempre, son varones nuestros huéspedes. Nos reciben en un corredor, sentados en posición de loto sobre cuadrados catres de madera. Tímidas mujeres nos traen té verde y se deslizan desapareciendo en el fondo del corredor. Charlamos, es decir, nos dan a conocer cifras abismantes. Nos ofrecen en números a las madres heroínas, las hectáreas lavadas, las toneladas de algodón, las cabezas de reses, camellos y caballos, los carneros de raza, los gusanos de seda, las abejas, los metros de tela, los almudes de trigo, los tambores de aceite, los toneles de vino; los cines, las bibliotecas, contrapunteando el antes con el ahora.

Al fin, un salón inmenso con la mesa puesta. Por cierto, los hombres han hecho el plof. Es su privilegio. Nasturá luce como nunca: chaleco de terciopelo bordado y vestido con tonos violáceos, purpúreos, azul nazareno, en seda tornasolada donde triángulos y rayas se diluyen borrosos como mirándose en un lago. Su pelo no está recogido, como de costumbre, sino peinado en innumerables

trenzas. Por tocado, una tiubeteika con hilos y canutillos de oro. Obsequia a Mauro una negra, bordada con hilos de colores, formando un trébol de cuatro hojas. El se ve hermoso, más acentuados los pómulos, más oblicuos los ojos. Como si el gorro de cuatro ángulos que forman la cúpula ajustable a la cabeza le hiciera recuperar una antigua identidad. A mí me ofrecen una en blanco y negro. Todos quedamos con la cabeza cubierta, tal si esto fuera indispensable para un ritual. Una orquesta emite una música lánguida que a ratos me trae reminiscencias de cante jondo. Después de cenar empieza la danza: el 'dazgué'. Nasturá invita a Mauro... Hermana, hermana, quieres borrar algo más que la sombra del velo de crin. Yo bailo con el secretario del sovjós. Me entra el diablo en el cuerpo. Alcanzo a oír la recomendación de Mauro:

— ¡Cuidado con las horquillas, que se te soltó el moño!

Mi acompañante no es mongol, más bien turco. Vaya uno a saber en un país donde más de cien etnias se entrecruzan. Me conduce entre las moreras hasta una habitación toda cubierta de tapices, salvo en el cielorraso. El se descalza, yo lo imito. Las fabulosas alfombras tienen motivos geométricos y conjugan rojo y negro, blanco, verde y café; en medio de tanta diversidad predomina un motivo: una especie de ave con las alas abiertas. Mi amigo enciende una lámpara de aceite y apaga la luz eléctrica. Me ofrece dulces. Yo quiero vino. Y besos. Le suelto el turbante.

Cuando subimos al autobús que nos llevará al hotel, me trasmína el amurramiento de Mauro. No se sienta a mi lado.

El se va a quedar contemplando el cielo mientras yo duerma sin que, ni siquiera, me despierte su grito...

Pasamos por una puerta incrustada de nácar, plata y marfil. Nos traducen una inscripción: "Es feliz quien negó el mundo antes de que el mundo lo negara". Cúpula turquí acanalada. Ladrillos amasados con yemas de huevo

y leche de camellas sobreviven a los siglos y en ellos se quiebra cada rayo de sol o luna variando las texturas por la eternidad. Entramos en las tumbas de los timúridas. En una hay una enorme asta cruzada por un palito del que pende una cola de caballo. Siento que bajo la lápida yacen los restos de un jinete y su cabalgadura. En el subterráneo, la tumba de Tamerlán el Cojo. Austeridad monacal. Tan sólo una piedra, una simple piedra negra. Y una leyenda: "Aquí reposa el señor del mundo". Este era quien asolaba, invadía, trasterraba; el que a las puertas de las ciudades les amontonaba las cabezas de sus defensores... Salgo de la sombría tumba no sin la sensación de haber atisbado por una rendija al más allá. La luz me hace doler los ojos.

—Es feliz el negado por el mundo, ¿no? —dice Mauro con burlón reconcomio, hablando como al aire.

—No sé. Yo no juraré como Pedro, pero creo que no te negaría. Ni me negaría yo misma. Aunque ya traté de borrarne. Como si hubiera estado pintada en un pizarrón.

Pone su mano en mi nuca, presiona mi cuello. No me llega el escalofrío que antes me provocaba esa caricia, sólo la tibieza de la palma.

—Estoy borracho de calor.

—Samarkanda está borracha de calor.

Nos hemos escapado para descubrir la ciudad por nuestra cuenta. En el antiguo mercado compramos sendas batas de seda a rayas magenta, gris, amaranto: los 'jaláts'. Me pruebo uno. Las mujeres se vuelven horrorizadas, comentando en voz alta. Gesticulan, me hacen señas. Ya sé. Ya sé. No es ropa de mujer, sino prenda masculina. Ellas no saben que Mauro, de todos modos, preferirá que yo tenga la mía, aunque ya se cansó de reñirme porque me meto en su bata, en sus camisas, en sus chombas.

En los mesones del mercado, cerros de damascos secos, pasas ambarinãs, rosadas, verdosas; ciruelas negroazuladas, dátiles bruñidos, melones colocados en una red especial: todo el dulzor del mundo brotado de la sal de Sa-

markanda.

Compro una infinidad de condimentos: me hago entender hasta que consigo el nombre de cada uno y lo anoto en cada paquetito. A ver si, como antes, inventamos sabores, hace mucho que Mauro perdió esa afición.

Nos metemos en una tienda de porcelanas. Juegos descomunales de vajilla decorada con oro puro. Me encantan esos motivos de estilizadas moreras, uvas, copos de algodón, flores de damasco. No se venden unidades. Sólo juegos, ¡pero cada uno tiene como seiscientas piezas!

—Saca la cuenta —me dice Mauro—: se reúne una familia uzbeká; con que tenga una sola madre heroína pueden juntar fácil unas cien personas. Y si la mesa esta bien puesta...

Compro dos fuentes de cerámica pintadas a mano:

—Amor, aquí serviremos el plov que tú hagas, ya sabes: es cosa de hombres...

Salimos del mercado y paseamos por una umbrosa avenida de viejísimos árboles. Vamos contentos. Dueños de Samarkanda.

En eso, siento un feroz pellizco en una nalga. Me vuelvo furiosa. Sólo veo a un viejito de rala barba blanca, ojillos renegridos y rugosa piel de marfil antiguo. Los ojos lanzan rayos burlones. Se aleja solemne... No nos queda sino reír.

—¿Ves? Esa es la venganza por ponerte un jalát —bromea Mauro, rodeándome con su brazo.

Desde el mismo lugar donde Alejandro Magno creyó ver a toda Asia conquistada (¿o acaso fue allí donde se convenció de que esa empresa lo sobrepasaba?), contemplamos el antiguo asentamiento de Samarkanda: Afrasiav.

Mientras pienso en Alejandro y su breve e intensa vida, tan corta para tamaña ambición, Mauro dibuja un altar casero, cavado bajo el nivel del suelo y rodeado de un asiento circular.

—¿Por qué tienes pena? ¿Acaso saudades de una chi-

menea de la otra vida? Olvídate. Todo eso fue en una anterior encarnación. Ahora te espera tu departamentito con calefacción central, en tu ciudad amarilla, con olor a violetas. Y a queso...

Mauro consigue hacerme reír. Le sigo el juego:

—¿Qué eras tú en tu anterior encarnación?

—Un hombre vivo —responde lacónico; su rostro se torna impenetrable.

Lo tomo del brazo. Me lleva hasta unas pequeñas urnas de cerámica. Allí metían los huesos mondos de los cadáveres, luego de haberse podrido la carne, por estar llena de pecados... Le impresiona terriblemente la figura de una bailarina carbonizada y exclama:

—Mírala. Inmortal. Los siglos no son nada. Su pie parece suspenderla en una pirueta eterna. Ella lo logró. No Nijinski. No la Ulánova. Estos son sólo nombres. Ella, la anónima, eternizó su danza. ¿Ochocientos años? No son nada. Ni siquiera una pausa mientras baila...

La animación de Mauro me asusta. ¿Por qué sólo se anima en la confrontación con la muerte?

Volvemos por el camino polvoriento. El vehículo se detiene próximo a una cuadrilla de sembradores. Descendemos. En esta huella del desierto están plantando moreras. Se me antoja plantar una. Le pido ayuda a Nasturá. Los trabajadores asienten. Meto el arbolito en el hueco. Un hombre me ofrece su pala. Echo los duros, calcinados terrones para afirmarlo. Me encucillo. Hundo mis manos en esa tierra sepia, jaspeada de vetas salitrosas. Me pongo de pie y la aplasto para que mi árbol quede muy firme. Los sembradores me preguntan mi nombre para bautizar el árbol. Digo el de mi país. Aplauden, me estrechan las manos. Mauro me observa, condescendiente. Ha de estar pensando que yo no olvido el jardín nuestro...

Ultima noche en Samarkanda. Hemos brindado con un vino espeso, ajerezado.

Cuando ya estoy dormida, Mauro da el grito y me despierta. Farfulla con voz pastosa:

—Volví a caer en la piscina...

—¿Qué piscina?

—Tú no sabes. Todos los días, antes del alba, nos sacaban de las barracas, sólo con taparrabos. Nos hacían trotar hasta la piscina. Debía remontarme al tablón más alto y lanzarme. Rompía la escarcha con la cabeza. Después se tiraban los demás. Agua tan helada. No llegué a ansiarla ni cuando era atroz el calor del mediodía... Siento en la cabeza el crujido de la escarcha.

—¿Por qué tú?

—No sé. Acaso porque tenía fama de ser insensible al dolor.

—Eso no es verdad, hijito. ¿Por eso gritas todas las noches?

—No sé. Parece que es por la picana eléctrica...

Retraso en el aeropuerto. Hace un frío infernal, pero el sol refulge. Un sol frío. Habrá de estar sonriendo.

Nasturá anda con un abrigo de caracul adulto de renegrida y rizada pelambre. Así es la barba de Mauro.

Me distraigo mirando unas vitrinas mientras ellos se despiden. Me llaman la atención entre las sedas y las artesanías unas feas fajas de color rosado chillón. No vaya a ser que Mauro me haga la pesada broma de comprarme una...

Nasturá es gentil. Me llama y obsequia con un ramo de flores. A él le ha regalado una curiosa tabaquera de coluquintida.

Al fin nos embarcamos. El avión despegó. Mauro abre la tabaquera. Un papelito en el interior: indescifrable escritura árabe. Discutimos si quedarnos con el enigma o intentar encontrar un traductor. Apostamos: un versículo del Corán. Un verso de Omar Jayán. Una frase de Avicenna. Un simple 'hasta luego'. Me reclino en su hombro. Mauro repite de Huidobro un verso que siempre amó: "Mi destino de ola que debe hacer ruido/ y morir dulcemente".

Ahora somos huérfanos de Samarkanda.

¿Cuál es mi camino? La subida más ardua e interminable
y di: yo solo he de salvar la tierra entera.
¿Dónde vamos? ¿Alguna vez venceremos?
¡No preguntes, combate!

Kazantzakis: *Odisea* (Raps. XV, 821-4)

He pasado la fiebre reviviendo esos días de Samarkanda. Mauro se me aleja, se aproxima, no logro alcanzarlo.

Tía Charo me cuida, me soporta. Una depresión profunda me tiene anulada. Quiero dormir, dormir... No pensar. Sólo revivir el último tiempo pasado con Mauro. Descifrar su código de angustia. Pero tía Charo me obliga a sujetar las madejas de lana para ovillarlas. Me hace tejer. Después empieza a urgirme para que le pase a máquina unos papeles.

No puedo seguir inmovilizada. Tengo que salir a caminar. Empezar de a poco, pero seguir varias horas al día. Al principio, ella me acompaña. Atravesamos barriadas. Muy cuidados los jardines comunales por los trabajadores del montón de piedras, pero abandonados los antejardines de los chalecitos. Invasión de malezas. Desaparecidos los diamelos, secos los jazmines, hirsutos los rosales. Invasión de zarzamoras. Casas desiertas. Las ventanas huérfanas de vidrios, pero tapadas con bolsas de plástico. Cuarteados por la intemperie puertas y postigos. Muros descascarados, con ladrillos y adobes al aire. El orín corroe las rejas y celosías. Una pátina verdosa oculta los broncees. Calles completas, sectores enormes están matizados en gris o desvaídos en sepia, cual escenografías de Kantor. Esos mismos tonos de primitivos daguerrotipos cubren los cuerpos de la gente. Ropas relavadas, desteñidas, mimetizan a las personas con esa grisura de arenal. Sólo los ojos escapan con una mirada inaugurada no hace

mucho. Congelada ira que no se manifiesta en ceño fruncido, en brazo tenso, en índice denunciante o máscara de furia. No. Es una fuerza. Peor. Es una determinación secreta que se impone más allá de la actitud de pedir disculpas, del andar manso, de la sonrisa perdida. De esos cuerpos encogidos por fríos tan inmemoriales como las hambres, siempre arropados de gastados abrigos, de chombas, de rebozos, de chales y bufandas, emergen cabezas con ojos no cubiertos de pátina ni roídos por el orín.

Hoy tengo la vivencia de un nuevo deporte. No es la violenta y fresca sinfonía del hockey en el hielo ni la artificiosa furia del catch ni el claro propósito de imponerse del box. Nada de eso. Es la mezcla de todas las violencias. Algo peor que un toro con inteligencia de hombre intentando cornear a un hombre con inteligencia de toro. Es el Juego del Huanaco. No todo el mundo conoce al huanaco, ese inofensivo animal de las australes llanuras abiertas, altanero, pero sin más defensa que un certero escupitajo al potencial enemigo. El humor negro bautizó como huanaco al vehículo que dispara potente chorro contra los manifestantes. Hoy veo salir a los niños de la escuela. Tan pequeños. Cuerpos endebles, raquíticos. Sólo sus ojos de uvas negras reflejan una edad muy antigua. Los chicos llevan pantalones grises, chaquetas azulinas. Ellas, jumpers de sarga azul marina, blusas blancas, chalecos azules. Todos cargan bolsos de cuero o lona.

Empieza el partido.

El Huanaco los persigue y lanza el chorro poderoso. Los niños corren para esquivarlo. El Huanaco es muy pesado, pero lo dirige una adiestrada y ágil mente humana. Voltea, persigue, adivina como ojo de Dios. Lanza el chorro preciso y tumba a los niños que resbalan en el fango, patinan en los charcos, se revuelcan en el barro. Unos lloran, otros gritan. O ríen de nervios. Corren en vano, tratando de escabullirse. Ah, si hubiera un zaguán, un pasillo, una puerta abierta. El chorro tumba, revuelca, azota, deja sin aliento, más feroz que bofetada o huascazo o

patada de burro. Y no moja: empapa, trasmina. Fantástico deporte.

Ayer lo practicaron con las viudas y madres de los fusilados. Pero ellas inventaron una nueva regla del juego y decidieron no huir. El chorro las arrolló. Ellas se cogieron de las manos, tiradas en el lodo. El agua transparentó sus vestimentas sobre pezones y vientres. Pero no corrieron. No saben jugar limpio esas mujeres.

Los niños, sí. Lloran de dolor, de frío, de miedo. Tiritan, llegan temblando a sus casas. ¿Y si las madres los castigan? ¿Si a ellos les pegan como creyendo verlos transformados en huanacos? Uniformes de sarga y franela, chaquetas de lana no se secan en un día. Mañana faltarán a clases.

Un chofer uniformado, una panza con miles de litros de agua para escupir y hartos niños. El Huanaco siempre gana.

Más allá del campo de juegos, el cordón policial. Barricadas y fogatas. Nubes rastreras de gas lacrimógeno. Altavoces anuncian: nadie puede entrar ni salir. Avanzo con calma por una veredita y saludo atenta al oficial. Con aire de caída de la luna le pregunto dónde puedo tomar un vehículo para ir al centro. El me mira de alto a bajo. Repara en mi abrigo elegante, en la mano con guante de cuero que se tapa la nariz con el echarpe de seda. Acaso, en el sombrero del que se escapan cuidados mechones plateados, en las botas y cartera de cuero. Atento, llama a un subalterno y me hace escoltar. El policía detiene un taxi y él mismo da la orden: al centro... Después de unas cuadas, con voz de dama distraída le pido al chofer que se detenga. Pago con prudente generosidad. Me pierdo por un laberinto de callejuelas hasta encontrar un teléfono público. Con calma, desando camino. Alguien me espera. Le entrego lo prometido.

Ahora puedo acudir a mi cita.

Por fin abrazo a Heraldito, el amigo fiel, quien nunca

dejó de escribirme aunque no le respondiera, él supo averiguar todos mis paraderos:

—Aquí me tienes, más enfermo, más herido, pero escribiendo; con las manos cortadas, pero escribiendo, con la lengua cortada, pero escribiendo. No me llames Heraldo. Llámame Lavinio.

Lágrimas y risas. Y vino nuevo, con algo de lagrimilla.

Pero este encuentro hay que celebrarlo, dice. Y me lleva a uno de esos lugares que nunca sé si existen de verdad o él los ha hecho surgir frotando su lámpara de Aladino. Se enorgullece con malicia por mi sorpresa ante un rincón inédito de esta ciudad que creo conocer tan bien. Al entrar no sé si estoy en una guarida de artistas o en una cantina: afiches antiquísimos de Mucha, Hohenstein, Erté. En las murallas, poemas escritos. Amarillentos programas de ópera y teatro anuncian a Fedor Chaliapin y a Sara Berndhart. No hay mesas, sólo panzones toneles y banquetas. Y un vino tan bueno que no es de este mundo, mejor dicho: sólo de esta parte del mundo...

Como casualmente van llegando otros amigos. Mino, tan elegante, parece un ejecutivo del manual de Korda. Roni, estrictamente de gris: caballero inglés. Agar, exótica, con algo de madre gitana, y un collar con cuentas como huevos de paloma, si no fuera de ámbar, tendría que andar agachada. Onofre, con pantalones de lino, bolsillos y cierres aun en las rodillas, camisa bordada y chaleco de gobelino:

—Me he mudado de nombre. Jamás me vuelvas a llamar como antes: ya me inscribí legalmente como Honorio...

Nos faltaría vida para contarnos todo lo que hemos visto, soñado, sufrido. Torturas lenificadas con láser, ultravioletas, infrarrojos y nuevos pesares; amores muertos, amores tuertos; fortunas y proyectos esfumados, jugarretas del destino; renunciados; acomodamientos. Agar y Heraldo ponen los toques de humor. Roni echa leña al fuego. Mino pone la seriedad. Estamos tan inmensamente felices de hallarnos juntos. Ya son recuerdo esos días

transcurridos afuera, los sucios anónimos que aterraban a algunos, las sombras inasibles de los soplones, los odios, las intrigas, las malquerencias, el irrespeto de unos para otros, los lastres de un pasado sin vuelta tratando de resucitar, los esfuerzos para justificar el día magnificando pequeñas obras... Llega Vilma con su novio: es posible salir del marasmo, volver a amar, renacer. Cómo no va a ser hermoso: la vida sigue. Estamos aquí y haciendo planes. Poesía nueva, testimonios para publicar. Revistas, álbumes, libros objeto...

El fabuloso delirio es interrumpido por un ensordecedor estruendo. Se apagan las luces. Seguro que de aquí no salimos hasta el amanecer. Dudoso que llegue la luz antes del toque...

Por atávico reflejo seguimos hablando en voz muy baja. Tanteamos los vasos y a la luz de un encendedor alguno escancia...

De repente rompe la oscuridad y el suave murmurio una voz como salida del fondo de los tiempos, traspasando todos los estados de sitio, todos los toques de queda, desafiando patrullajes y apagones. Es una voz confiada y vacilante al mismo tiempo, con algo del deslumbrado que al abandonar la mazmorra comienza a acostumbrarse a la luz. Una voz que el tenor afirma, sostiene e impone con inesperado vigor:

Amarilli mia bella

Y esa pura voz varonil expresa en juego de armonías un mensaje de dolorido amor, de imperioso anhelo: abre mi pecho y en él leerás...

Misterio del dolor trasmutado en fuerza tanto o más poderosa que la dicha misma. Misterio del coraje humano capaz de exprimir valor de la debilidad y el desquiciamiento para exhalar un hálito redentor. Esa canción que ninguno de nosotros conoce, nos penetra como aliento inmortal, flecha que no se detiene ni cae.

Afuera bombas, disparos, gritos ahogados, espaciados por un silencio ominoso. Aquí adentro, calidez olien-

te a vino añejado en antiguos barriles, nuestro atento recogimiento y esa voz que nos espanta todo miedo y nos hace sentirnos seguros. En las tinieblas fijamos los ojos imaginando ese pecho abierto y doliente, ese corazón herido y palpitante donde a tajos se ha trazado un nombre. El nombre que reflota todas nuestras esperanzas semifondeadas, hasta los sueños que creímos para siempre extinguidos.

El hombre termina su canto. Un silencio intenso y breve precede al aplauso y al vitor... Pero vienen los mozos con velas titubeantes y apostadas en improvisados caldeleros de botellas, distribuyéndolas sobre los toneles.

Nos levantamos para saludar al artista. Un hombre tímido, pobremente vestido, con ojillos acuosos y cara marchita. Rehuye entablar diálogo. Se niega a cantar algo más.

Agar, práctica, ordena una parrilla con embutidos sureños, indescriptibles menestras que manan especiosas vaharadas. Los demás discutimos. ¿Somos acaso habitantes de un mundo de gnomos condenados a ser sólo en la oscuridad? Cantar en tinieblas. Amar en tinieblas... Amarilli mia bella, tú has podido romper esta lóbrega noche y mostrar el nombre luminoso en un caldeado pecho...

La luz eléctrica no vuelve. Heraldito presenta una moción de orden: comer mascando lentamente, trasegar sin ordenanzas y ordenar el debate.

Cuando termina el toque, salimos a la ciudad que duerme como si no la alterara congoja alguna. Una luminosidad lechosa acentúa los rasgos de nuestras caras empalidecidas. Nos miramos unos a otros reconociendo tiempo recolectado, macerado, apisonado, exprimido, decantado, trasvasijado: viejo vino que curó inmemoriales barricas.

Nos vamos dispersando sin prisa. Heraldito y Mino me acompañan.

Tomados del brazo, caminamos alegres. En eso vemos humo. Un cordón de soldados. Se quema un vehículo policial. Dispersos, los cadáveres de uniforme

verde-miedo. Relucen las botas negras en piernas detenidas en raras piruetas estáticas. No nos acercamos demasiado. Junto a nosotros se detiene una ambulancia. Descienden unas enfermeras frescas y limpias. Observan. Una murmura:

— ¡Qué lindo! ¡Miren qué lindo! ¡Qué bonito como se quema el autobús!

Otra comenta en voz baja, pero nítida:

— ¡Mira, allá sí que está bonito! ¡Más lindo todavía!

Miramos donde ella indica: más soldados muertos.

Siento esa arcada que ya va siendo cotidiano reflejo. Trato de entender el significado de 'lindo' y la boca se me llena de agua amarga. ¡La muerte es 'linda', el odio tiene cara de alegre muchacha madrugadora! Trastrocado el idioma. Lindos son los combates callejeros, lindas las barricadas. Hediondo, sí, el miedo.

Se aproxima más gente y Heraldo me sostiene. Un chiquillo se agacha en ademán de atarse los cordones y desliza algo por el borde de mi bota. Se levanta ágil, avanzando entre los que saborean el espectáculo de agonía. De lentitud para transportar a los heridos. De carne y lana quemadas. De manos que ya no obedecen la instrucción de morir antes que soltar el arma. De rostros relajados que ya no atemorizarían a nadie.

Vienen llegando más uniformados con perros policiales. Orden perentoria de dispersarse. Sin prisa se alejan esos madrugadores con aspecto de trabajadores con el hoy raro privilegio de tener horario que cumplir. Sin prisa caminamos nosotros. Me acompañan a casa. Vamos a tomar café.

Pongo a hervir el agua y voy a cambiarme ropa. Al descalzarme cae el papelito. Son las instrucciones de la resistencia a la población para la próxima huelga general. Guardar agua, combustible, velas y provisiones no perecibles. No ir al trabajo. No mandar los niños al colegio. No salir a la calle. No comprar periódicos. No comprar pan ni leche ni producto alguno. A la hora X encender luces, planchas eléctricas, lavadoras, radios y cuanto elec-

trodoméstico haya en casa. A la hora precisa del inicio del toque de queda, apagar y encender las luces, golpear las ollas, poner en ventanas y balcones grabadoras a todo volumen con una cassette que repita una misma frase con los cuatro compases que obsesionaron al sordo sumido en su abismo de sonidos y soledad. Cantar y silbar la misma frase. Esto debe durar sólo treinta minutos y nada más. Después, apagar las luces y escuchar una sola radio en onda corta, en la frecuencia que se indica...

Les propongo a Heraldo y Mino que descansen un rato, pero prefieren volver a sus casas. Heraldo, muy grave, nos comunica:

—Comadre, empezaré por completar esa lista de instrucciones. Voy a comprar un vinito. Nunca se supo que estuviera de más.

Mino repone, impertérrito:

—Después de afeitarme, me voy a la empresa y les anuncio un lock-out. Después negociamos...

Me meto a la cama, dispuesta a dormir como quien se embarca para una larga travesía...

Estoy sola en una catedral. Al centro de la nave cae por un hueco un rayo de sol. Ilumina el meridiano de bronce incrustado en el mármol del piso, en su último tercio. Camino creyendo no ver. Un enorme mural. La Virgen lleva unos anteojos idénticos a los de John Lennon. Sonríe como la Gioconda, pero una sombra o brillo de la pintura profundiza las líneas y un imperceptible hondor la torna más burlona, más pícara. La rodean otros santos, como si fuera la Última Cena. La Virgen, al centro. Los apóstoles usan los mismos anteojos. A la derecha, como perdido en la sombra, San José los mira con binóculos. Ahora noto en la Virgen los rasgos de un Mauro envejecido, como esa foto del abuelo con antiparras. Ante ella, una botella de whisky cuadrada, redondeados los ángulos, granulado vidrio marrón o caramelo. Bajo el mural, en un zócalo, el Niño Jesús de Praga de bulto, metido. Miro con gusto el suave fulgor de la túnica de raso marfileño, irisado como el oriente de las perlas engarzadas en la corona.

Llega atrasado un cura franciscano quien debe guiarme. Indignado comenta que el pintor es un estúpido: si en el tiempo de San José no existían los anteojos de larga vista. No me atrevo a hablar, pero más raros me parecen esos anteojos de John Lennon. Hago un desesperado esfuerzo para acordarme de ese pobre sabio que inventó las gafas, pero no lo consigo. Ahora reparo en algo que no había notado: al lado de la botella hay un jamón como ésos de las tascas. Donde termina el muro en que luce este fresco, hay una puerta pequeñita para ir a la sacristía. Echo atrás la cabeza y sobre ella veo unos monstruos goyescos que espantan a los censores. Los censores están aterrados. Caras de angustia, de pavor exorbitante. Cada censor sujeta un cartel: prensa, literatura, música, plástica. Esto me provoca una alegría maligna y hasta encuentro simpáticos a los monstruos horrendos, con aspectos de gusanos gaseosos. Pero ellos se escapan del muro y me aplastan... hasta que despierto. Aún aplastada por esos amorfos, tibios, fofos engendros. Me debato hasta apartar los almohadones de pluma. Ya calmada, rehago el sueño y me sumerjo en un mundo de asociaciones y recuerdos.

Ultima noche en Moscú. Caminamos. Tomo de la mano a Mauro. De repente siento que es mi hijo, el que no tuve ni deseé. Sí. No quise tener hijos. Mauro fue mi opción. El colmaba todos mis afectos. Nos queríamos a muerte. Nos peleábamos a muerte. Trabajábamos juntos. Yo empezaba una frase y él la terminaba. Cambiantes, sin rutina. Uno el espejo, el otro el reflejado y la magia para entrar en el espejo y convertirse en el reflejo del otro... Voy de tu mano, Mauro, como aquella primera vez, ese primer atardecer, cuando me dijiste: "te invito a tomar desayuno"... Y yo te seguí como ensalmada. El ensalmo duró hasta que desapareciste. Días y días sin saber de ti. De toque a toque aferrada a las rejas del estadio. Morgues, regimientos, hospitales. Leí listas en las pizarras instaladas ante la penitenciaría y las cárceles. Temí fueros cada uno de los "NN sexo masculino" de esas hojas pegadas en los entornos del cementerio... Te supe relegado en

el campo de concentración. Crucé el desierto y te hallé. Hallé algo de ti. Cuerpo. Sombra... Dejé todo. Casa. Trabajo. País. Nada me importó. Para recuperarte de ti, por los dos. Y ahora vas por estas calles desconocidas. Tomado de mi mano. Niño gigante. Perdido en no sé qué brumas. ¿Quién soy? Madre timorata que repite las aborrecidas frases: ¿No te lo dije? ¿Por qué no me hiciste caso? ¿Cuándo vas a entender?... Mauro, estuvimos horas con Liuba, esa antigua amiga que conocimos antes y ahora nos entregó su vida, su soledad, sus entusiasmos... ¿Te puedo confesar algo? Una vez le tuve celos. Fue ese fin de semana, cuando la invitamos a la casa de la playa. Ella, alegre, vital, coqueta. Tú, como imán. Hoy, estuvimos en su pieza y tú, apagado, estático, arrellanado en el diván, sin saber qué hacer con tu vaso. Esfumándote. Ajeno. Ya no eres tú. Ni yo soy yo. Ando cuidándome para no herirte. Y, por lo mismo, a veces estallo y soy violenta, injusta. Vivo con resentimiento. ¡No me va a doler verte como niño asustado! Por Dios, si no hace mucho estábamos discutiendo y cuando hice ademán de golpearte, tú echaste la cabeza a un lado, como para protegerte. Y después no entendías por qué lloré sin consuelo, a gritos, hasta quedar ronca. Si eras tú quien me protegía a mí, quien me abrazaba cuando había truenos y relámpagos. O temblores. Como en el primer terremoto que pasamos juntos. Allá en el sur. Me bajé de la cama, despavorida. Huyendo a ciegas. Me alcanzaste y sujetaste con fuerza, obligándome a estar en el umbral. Y junto con el miedo que se desvanecía iba sintiendo algo dulce que me humanaba y acercaba más a tí: ningún horror de la naturaleza podía contigo...

Está sonando el teléfono. Me cuesta remontarme. Demoro un rato en reconocer este dormitorio que sólo comparte en mis ensoñaciones.

Nuevas tierras no hallarás, no hallarás otros mares.
La ciudad te ha de seguir. Darás vueltas
por las mismas calles. Y en los mismos barrios
/te harás viejo.

Kavafis: *La ciudad*

En Parma nos esperaba un montón de cartas, paquetes de libros y revistas. Una invitación para Mauro a un congreso de intelectuales en el exilio. Pero qué bueno. A ver si esto lo reanimaría. Acaso utilizar alguna idea de su trabajo sobre Miranda para la ponencia. El Precursor era su obsesión, pero no veía que la investigación avanzara. Le hablé de la convocatoria, a ver si iba a preparar una intervención. Como si adivinara el hilo de mis pensamientos:

—No sé todavía. Para decirlo con palabras de Miranda, allí se va a “filosofar y a politicar” bastante.

Cayó en el ensimismamiento como si sólo escuchara una voz interior.

Al seguir revisando la correspondencia encontré algo extraño. Un sobre con una simple cassette. La metí en la grabadora. Música de allá, nada especial, insulso, como un programa de radio. Una pausa, ruidos. Y una voz entrecortada procurando dejarse oír entre los sollozos:

“Estaba muy mal y él no era así. Parecía una piltrafa humana. No se le reconocía. Me miraba sin ninguna expresión. Yo pensé que se iba a alegrar de verme, o algo así, pero me miraba solamente y parecía que estaba vacío, como un robot. No sé. No parecía un ser humano. Venía flaco, flaco, flaco y con los pómulos hundidos. Estaba plomizo, con unas tremendas ojeras, la parte de abajo de los párpados caída. Con manchas rojas en los ojos y

todo el pelo desordenado y apelmazado. Después, cuando supe que le habían hecho heridas cortantes en la cabeza, supe por qué tenía el pelo así. Pero yo, en ese rato que lo vi, no me fijé, porque fue tan poco. No lo pude ver de cerca. Desde lejos, yo lo miraba. Lo tenían apoyado, ahí en la fiscalía. Se movía como muñeco de trapo, donde lo ponían, se afirmaba, porque estaba muy mal...”

La voz se quiebra en las últimas palabras. Luego, una frase muy breve sobre el torturado profesor Federico Alvarez, acerca de este testimonio de su viuda.

Me abrazo a Mauro nula, impotente. Aunque viva mil años, no podré olvidar la voz de esa mujer.

—Mauro, Mauro, tienes que llevar esta cinta al congreso.

El calla, el rostro como máscara. Se suelta de mí con un “voy a caminar”. Me quedo reviviendo el espanto.

Pasan horas. Mauro llega extenuado.

—¿Dónde estuviste?

—No me acuerdo. ¡Ah! Caminé.

—¿Cómo, Mauro? Tienes que haber visto algo, haber estado en algún lado.

—Y, bueno. Como siempre, a la plaza, el campanil. La iglesia. Me gusta ver los signos de las estaciones esculpidos. Son mi zodiaco...

Así erra, como si quisiera perder algo.

Cuando duerme, lo observo. Me duele su cara esculpida por el sufrimiento. Antes, sus rasgos eran firmes. La primera vez que lo vi, me lo imaginé tallado en algo muy duro. Ahora esas líneas están como cernidas. Tamizadas en la atmósfera enrarecida de un sepulcro. Así debe de haberse visto Lázaro resucitado. Le descubro unas canas salpicando su barba, su cabellera. Una palidez rara. Es cierto que estas errancias parecen hacerle bien. Duerme mejor, pero la pesadilla y el rechinar de dientes no lo abandonan. El dormía como un niño, respiración tan suave. Nunca supe lo que era un ronquido y me reía cuando

las amigas reclamaban contra esos hombres suyos que no las dejaban dormir... Me deslizo de la cama, me siento en el suelo y mis ojos quedan a la altura de tu cuerpo. Tú, yaciente, un brazo bajo el pecho y el otro sujetando la cabeza. Revueltos los cabellos. La espalda ligeramente curvada muestra una piel cubierta de sombras como latigazos que antes no tenía. Se hunde en la cintura para emerger en el promontorio comprendido entre las caderas enjutas. Nada más desvalido que estas nalgas nunca expuestas al sol. Me detengo en las ramificaciones de venitas moradas resaltando sobre la piel pálida de los muslos, sombreados de oscuro vello. En la trabazón de músculos de las pantorrillas resaltan venas nudosas que se pierden en los tobillos. Duros y secos los talones, con algo de cuarzo levemente traslúcido. Sentada en el suelo, mi mirada en el nivel de tu cuerpo. La cama como si fuera la tierra. Qué mínimo bulto es un cuerpo. Leve promontorio del anodino e indefenso trasero pateable, golpeable, invisible para quien recibe la humillante descarga (dicen que los oficiales de Napoleón eran obligados a caminar apretando un 'sous' para mantener firmes los glúteos)... Apoyo un dedo en el hueco poplíteo. Siento latir una arteria. Te volteas y murmuras algo. Sigues durmiendo. Entreabres brazos y piernas. El pecho sube y baja con dulce ritmo. El vientre parece ablandarse en torno al delicado cráter del ombligo. Desde allí una línea de vellos se encuentra y pierde en la ramazón donde se recoge el sexo. Sube y baja el vientre. Sube y baja el pecho. Hundidas las tetillas que se podrían endurecer al contacto de las yemas. Sereno el rostro en el que parecen haberse distendido las arrugas de la frente y los ojos. Un mechón de pelos húmedos apegados a la frente. Pobre cuerpo indefenso que provoca mi ternura y algo de tristeza. Me recuesto a tu lado y extendiendo furtiva tu brazo para apoyar en él mi nuca...

Mauro se va a París. No quiere ningún encargo. Maldad. El sabe cuánto me gusta algo comprado por él, pues

tiene mejor ojo que yo para los colores. Me dice que estará de vuelta en cinco días, una semana a más tardar.

Pero pasan dos y ni una noticia suya. Ya empiezo a fantasear con cosas terribles. Por fin, me llama. Ha aceptado un trabajo. No volverá tan luego. Me va a escribir. Me recomienda que no falte a un seminario en Split: "no te preocupes por mí".

Su decisión me deja de una pieza. Pero esto puede ser un buen síntoma.

Sin embargo, parto a Yugoslavia con una tristeza insoportable.

Se me antoja bajar en Venecia y pasar allí una jornada. Me arrepiento cuando el tren ya ha partido. ¿Qué voy a hacer? Es la primera vez que recorro una ciudad sin Mauro. No. No puede ser tanta mi dependencia. ¿Será que, so pretexto de su via crucis, me estoy justificando para no ser yo misma?

Intento el recorrido que antes hicimos juntos. Voy al mercado. No siento gusto ni ánimo en mirar nada. Me meto en una fundición de vidrio y estoy mucho rato observando a un trabajador que juega con la burbuja suspendida en la pipeta. Compró una pesada bola pisapapeles para mi colección. Un azul perfecto, con reflejos de cola de pavo real que varían en los cortes de las facetas. Canales. Iglesias. Plazas. El Puente de los Suspiros. Qué refinada tortura: realmente desde aquí la vista de Venecia es espléndida. Me siento una prisionera que ve el mundo por última vez, metida en el pellejo de una víctima de los dux. En las mazmorras me vuelve a espantar el ingenio de los torturadores para lograr ese milagro acústico que les permitía escuchar las conversaciones de los encarcelados. En una sala me topo con una exposición de cinturones de castidad. Los turistas ríen. Quisiera llorar.

En Split me olvido de todas mis penas. Elvira y Juan Octavio, profesores argentinos, son los gauchos más gauchos de toda la tierra. Se inicia una amistad magnífica. Me invitan a Belgrado. Habría un trabajo para mí: necesi-

tan a una lectora de castellano en el Instituto de Lenguas... Me maravilla la idea de hacer clases otra vez. ¿Podré trabajar en algo separada de Mauro? Y sin saber de él... Estoy en el aire. Vacilo mucho. De todos modos, les dejo mis antecedentes. Esta expectativa me altera tanto que recorro el palacio de Diocleciano, esa impresionante aglomeración simbiótica de estilos y etapas diversas de la historia, dándole vueltas a una sola idea: ¿sería capaz de vivir sin Mauro?... De vuelta a Parma, sólo pienso en eso.

Me esperaba cualquier cosa, menos el tenor de la carta de Mauro:

“Morenucha: Aunque te extrañé, tomé una decisión, me voy dentro de pocos días a Maputo, incorporado a un equipo de profesores de la Facultad de Humanidades. Debo —quiero— partir solo. Amiga, más que amiga, en las buenas —escasas— y en las malas —pletóricas—: lo serás siempre; para eso no hace falta vivir juntos. Hace mucho tiempo —en otra vida— decidimos emprender una hermosa aventura, se frustró, no por culpa nuestra. Permíteme, al menos, no traicionar el impulso que me llevó hasta ti. De la catástrofe quedan sobrevivientes; cojos, mancos, desgobernados, ciegos, sordos; en fin, yo soy uno de ellos, irrecuperable, y esto va más allá de tus afanes, de tu vocación solidaria: quiero estar sometido a una rutina sin alteraciones (esto que te diré no es crítica, sino constatación): no puedo soportar tu ritmo: varias reuniones a la semana, cine, teatro, conciertos, exposiciones, cenas. Antes me gustaba todo eso, ahora, no, y no tienes por qué renunciar a tus intereses. Cada día tengo menos ganas de conocer a otra gente, de conversar; me gusta estar solo, caminar solo; será que me acostumbré a la incomunicación, y tampoco tengo ganas de continuar ahora con mi trabajo sobre Miranda, ése que me ilusionó hasta en los días más negros, ni seguir con el proyecto de novela, ni seguir con otros trabajos. No quiero testigos para mis manías ni que éstas fastidien a nadie. Habría sido bueno para mí saber que mi compañía te hubiera sido necesaria y favorable,

Nucha fuerte y generosa, sabes que no es así ni podrá serlo. No debiera decírtelo, Nucha (sé que entenderás cuán rectamente hablo, como fue costumbre entre nosotros), pero sufro como un demente cuando llegas tarde, cuando buscas un escape. Un sentido maldito me permite adivinar con quién has estado. Más aún: adivino con quién quisieras estar y cómo lo evitas para quedarte conmigo. Pero no quiero hablar más de esto.

Morena, en nombre del ayer y del ahora (acaso también del mañana), no tengo derecho a convertirme en esclava de un sueño muy lindo que se convirtió —nos lo convirtieron— en pesadilla; tampoco te quiero cerca de mí como hermana solterona. ¿Te acuerdas de Kafka? Nos impresionó mucho su diario, una reflexión que jamás imaginamos podría transformarse en vivencia: soledad de dos, peor que prisión más exilio, igual 'katorga' o prisión en el exilio... Nucha, no te prometo escribirte, ya sabes, falta de noticias, buenas noticias. Creo, sí, que te haré llegar algunos comentarios sobre mi nuevo trabajo. Había pensado molestarte pidiéndote me enviaras algunos libros. Lo pienso mejor: no vale la pena; a ti te servirán mucho. Hazte cargo de todo y dispón a tu antojo. Morena, Nucha, Nuchita, Ita, que nada te corte las alas. Quisiera decirte algo amable, o gracioso, al menos. No se me ocurre nada. *Ti voglio bene. Ex-Mauro*".

¡Maputo! Me tiro al suelo a llorar. Mauro, cómo puedes haberme hecho esto. Me habría ido contigo. Cómo has podido firmar de ese modo. Quieres destruirme. Eso es venganza tuya. Por qué. No me entendiste nunca. Te azuzaba, te apremiaba, porque me niego a aceptar tu derrota. Me niego a aceptarte 'desgobernado'. Mauro, yo también soy sobreviviente. Contigo me he acostumbrado a soportar la luz que hay afuera del sepulcro. Y con qué derecho te pones a adivinar si he estado con alguien. Con qué derecho. Yo elegí libremente estar a tu lado. Y cumplo. Y puedo cumplir hasta la muerte. Pero ni antes, ni ahora ni nunca voy a darte cuenta de mis salidas ni de con

quién me quedo o paso un rato. Y si 'evito' a alguien, no es por ti, es por mí. ¡Y también por ti, idiota! Porque a veces creo hallar en otro algo, un destello de ti, de quien eras tú. Y me entran afanes de ser como tú me querías, querida por ti, tu querida, por sobre todo. Imbécil. No entiendes nada... No me has puesto remitente. Ni siquiera eso. Pero te voy a perseguir y lanzar a la cara todo lo que estoy pensando ahora. Ya vas a saber cómo sufre un demente. Canalla, machista infame, ni siquiera tienes el coraje de decir que me amas en castellano. Estás imitando a Borges, la única vez que hizo una declaración de amor, la hizo en inglés. ¡Mauro! ¿Qué nos han hecho? ¿Crees que voy a poder vivir sin ti?

Si no fuera por la proposición de los Octavio, moriría, me cortarían las venas. Haría algo horrendo. Para que mi cadáver le pesara a Mauro más allá de la muerte...

Llamo a Juan Octavio: acepto. ¿Puedo irme de una vez por todas? ¿Ya?

Sueño toda la noche, perdida en esa ciudad que sólo aparece en mis sueños, esa ciudad que existe dentro de mí, ofreciéndome su diversidad de modo recurrente... Me despierto buscándote. Me cuesta un poco ubicarme. La cama se me agranda. Demoro un rato en recordar que te has ido. Me desperezo. Descubro que estoy tranquila. Aliviada y liviana. Sí: estoy contenta. Lamentarme e inventar tretas para resufrir tu ausencia sería deshonesto. Una forma de traicionarte. La peor, acaso. Traicionarte a ti y a mí misma. No mereces tal injuria.

Me pongo a encajonar libros. Impresionante colección de diccionarios, nuestros tesoros de literatura latinoamericana, de Colómbeia... Me llevaré todo. Cuán escasos son nuestros bienes, Mauro. Con tan poco se veía bonito este hogar nuestro. Ahora, sin los libros, quedan los ladrillos y tablas de esa estantería que debiera figurar como blasón en la bandera del exilio... Toda tu ropa la llevo a la tintorería. Los recibos y un dinero los entrego a esa compa-

triota que junta ropa para mandarla al interior. Doy la cama, otros muebles, los afiches, las revistas. Todo. Menos mis ollas y útiles de cocina. Cómo entiendo a nuestros antepasados precolombinos, enterrados con sus cacharros... Hay cosas tuyas que no puedo abandonar, pero tampoco arrastrar conmigo: tus pipas, tu caja de tabaco, el ajedrez, la leontina de tu abuelo. Le pediré a un amigo tuyo guardar todo esto. Quemo mis cartas y mis fotos, todo eso atesorado por ti en una cajita. Llamo a Reillard. Fue tu condiscípulo, juntos estudiaron, juntos estuvieron en prisión, juntos salieron al destierro. Le cuento de tu carta. El sabía del envío de esa solicitud de trabajo a Maputo. Disimulo lo que estoy pensando de ambos, sórdidos cómplices. Algo me choca en Reillard: entre receloso y confianzado. Ambiguo. No podría ser mi amigo jamás. Ahora me doy cuenta: para él, yo podría ser cualquier cosa, menos una amiga verdadera. ¡Ah, Mauro! Es triste constatar que los 'amigos comunes' eran TUS amigos. Yo dejé de tener los míos cuando te conocí...

La primera emboscada de los dioses es la nostalgia
es el juego insensato con tu alma
la malhadada quimera del regreso

Yorgos Sarandis: *Odiseo*

Belgrado en pleno verano. Huele a fresas. Es diferente, singular. Su fealdad permite estar siempre descubriendo bellos rincones, callejuelas, parques, viejas plazas. Es de esas ciudades que se meten adentro. Como la mía. No como Praga, por ejemplo, que provoca dolor de tanta belleza eternamente ajena. O Roma, burlándose siempre, esquiva, de los transeúntes con sus cámaras, sacando fotos más feas que las postales al alcance de la mano, imágenes que nunca reflejarán su color, su ambiente, su luz.

Estas ruinas del Kalemegdan, la fortaleza turca emplazada en la colina junto a la dulce confluencia del Sava con el Danubio, ruinas sobre ruinas sobre ruinas: celtas, romanas, libro vivo de un pasado guerrero y de un valor indomable para rebelarse contra todo invasor, me emocionan tanto como esas calles con medallones o retratos de héroes siempre con flores. Perfiles o relieves de muchachos altivos, sonriente juventud detenida, ¿será éste un pálido fulgor de la inmortalidad?

Me siento a tomar un helado frente a un viejo hotel. Dos muchachos barbudos se encuentran y se saludan con un beso en la boca. Verdadero calambre en el estómago me hace doblarme... Ibamos caminando cuando encontramos la taberna bajo el nivel del suelo. Descendimos por la escalerita. Una fila de hombres: bebían vodka. Como los gallos: toda la coquetería en la cresta. Gorros de pieles suntuosas. De repente entró un viejo muy alto, sueltas las orejeras de un gorro como de ardilla gris. Botas de fieltro, el capote casi rozando el suelo. Barba de pope, bigotes

descomunales, pero unas cejas renegridas y ojos acerados le daban un aire de juventud. Pidió su botella, su vaso, los arengó a todos, muy serio, pero los hacía reír. Después inició otro discurso. Ahora estaban todos muy atentos. Su voz vibrante, de sonoridades infinitas, ni violín ni órgano podrían imitarla. Pasión, despecho, ironía, sufrimiento, burla. El viejo se transformó como un joven enamorado. Movía sus dedos largos, esas manos de finas muñecas con gestos precisos, rubricando las palabras. Se irguió con desdén, se inclinó vencido. Lo ovacionaron. Se nos acercó y abrió los brazos en ademán de abrazarnos. “Yésenin —decía—, Yésenin kaput”. Mojó un dedo en su vodka y dibujó un sobre en el mostrador de hojalata... Nos hablaba. Sólo dijimos el nombre de su país. Gritó, me besó la mano y luego estrechó a Mauro besándole las mejillas y los labios. Todos los hombres nos rodearon. Mauro no podía eludir los besos. Brindis tras brindis, música de los vasos. Nos despedimos estrechando manos y un coro nos seguía: “bratia, bratia”.

No me he dado cuenta todavía de que estoy llorando y sonriendo: era tan bello ese viejo. Si hubiera podido fotografiar la escena de los dos barbudos: uno besando y el otro escabullendo la cara...

Elvira me presenta a Rade, traductor de los poetas latinoamericanos y españoles, quien me invita a su casa. Qué bella es Nadia, su mujer. Tienen unos hijos fantásticos: quieren comprar la Plaza de los Estudiantes para ellos solos. Ponen su biblioteca a mi servicio. A ellos recorro en todos mis apuros. A través de Rade empiezo a comprender el vínculo de este pueblo con su tierra, algo especial. Parece no haber yugoslavo que no tenga su casita de campo, donde preparan las conservas para el invierno, los licores. Rade es señor de su aguardiente y esclavo de su vino. Me introducen generosamente a ese mundo de la hospitalaria y orgullosa Serbia.

En Belgrado puedo caminar de noche sin temor alguno. Vuelvo a reencontrarme con seres capaces de hacerla sentirse a una dueña de la ciudad: el zapatero remendón,

el viejucu que toma los puntos de las medias, la costurera, la proveedora de huevos y queso. Todos me preguntan de dónde soy y me hago experta en dibujar esa suerte de triángulo que podría encajar en Africa, recalcando a uno de sus costados un trazo largo como machete, facón o alfanje.

En esta ciudad empiezo a rescatar la mía. En verdad, yo tengo dos ciudades. En una nací, nacieron mis padres, mis abuelos, bisabuelos, choznoabuelos: así nos dijo la madre cuando pequeños y yo pensé que los últimos eran unos abuelitos enanos, recortados como los chongos de escoba... La otra ciudad se ha ido conformando, creciendo, variando en infinitos sueños recurrentes. Podría compararse a retazos o detalles de los lugares por mí recorridos, pero no se compara a nada existente sobre la tierra. Allí hay comenzada una inmensa construcción. Anoche volví a soñar con ella.

Es la obra gruesa de una fábrica. Muros de concreto armado, muy sólidos. Perfiles de fierro a modo de vigas y soportes. No hay techo. Todo desmantelado. Una escalera de caracol, también de fierro, me atrae y la subo. Descubro un desván. Forma parte de la obra, pero está oculto. Tiene techo. Allí se acumulan baúles, pantallas y pies de lámparas, una silla de Viena con el asiento de junco roto. Arrimada a la pared la bella cubierta de una mesa redonda; en otro rincón, la piña central de la misma mesa. Al espejo veneciano le reluce el marco, pero la luna está extrañamente opaca. La bocina de un antiguo gramófono; saltadas las flores de nácar de la máquina de coser de mi abuelita. Un reloj de péndulo sin punteros; quebrado el taco de billar con cache de marfil de papá. El peinador de la otra abuela no tiene gavetas y el catre de bronce no tiene perillas. Cubierta de verdín la inmensa paila de cobre para hacer el dulce de membrillo. Sin ojos ni peluca mi muñeca de porcelana. Sueltas las tapas del Libro de Sueños de mamá: ese libro era la clave, pero ella no me dejaba leerlo; ahora descifro su bella letra, pero no puedo entender todo (al despertar sólo recuerdo que soñar con

piojos es riqueza y anuncian peligro las aguas turbias). Todas las cosas de ahí son bellas, pero ninguna está completa. El desván tiene una puerta muy sólida, puesta la llave. Abro y salgo a una callejuela. Como quiero volver, aprieto bien la llave en un puño. Cruzo la calle y veo el desván como una casa bajita, sin ventanas, pero que oculta la gigantesca construcción trasera. Regreso y lo aprecio mejor. Es acogedor, amplio, podría ser una hermosa vivienda. Allí he jugado antes con mi madre. Desciendo la escalera. Me impresiona mucho la construcción monumental. Sé que la empezó mi padre. Antes de morir sólo alcanzó a levantar los muros, la tremenda armazón como castillo. No es una ruina, sólo que está inconclusa y no sé cómo se podría acabar. Yo quisiera vivir aquí, pero no tiene techo y no se puede acomodar ningún espacio a modo de cuarto, pues es un raro laberinto abierto. Pienso que se necesitarían muchos materiales y muchos operarios para terminar esta obra. Tan rara, limpia, toda gris, revocada con mezcla de cemento y arena. Ahora noto que en sueños anteriores ha habido variantes: los muros más altos o más bajos, más o menos intrincada la disposición de columnas y niveles interiores. Vuelvo a atravesar el patio y me dirijo a una casa que da a la calle principal, entrada verdadera. No sé cómo es, pero es LA CASA. Nunca, nunca puedo recordar sus detalles, pero allí jugábamos con mamá... En otros sueños han sucedido cosas en la obra. Una noche tenía un inmenso anfiteatro donde había un mitin y participaba mucha gente asesinada. Otra vez era mi lugar de trabajo —la sala de redacción— y estaban todos mis colegas... No todas las veces al despertar logro recordar los detalles. Está generalmente solo, desmantelado, no obstante, nunca me produce miedo. Allí yo estoy segura.

Rade y los Octavio se pusieron en campaña para conseguirme un departamentito. Un alquiler soportable. Qué alegría siento de vivir en una calle cuyo nombre es Chaplin: por primera vez encuentro esta forma de homenaje a Carlitos. Dispongo de un dormitorio, baño, cocinita con

mesón tipo bar, abierta a la sala. Bastantes anaqueles para mis libros. Ordeno estos tesoros. Separo todo lo que servirá para mis clases. En el Quevedo encuentro una hoja de papel de seda muy intrigante. Leo la página. Un párrafo subrayado por mí:

“Dos cosas no pueden faltar al hombre: si vive, muerte, si muere, sepultura (...) Fuera della ninguno puede salir (...) No mudo patria sino lugar; a cualquiera tierra que llego, llego a mi tierra. Ninguna tierra es destierro, empero es otra patria (...) Patria es el lugar donde se está bien. Aquello porque se está bien, en el hombre está, no en el lugar; y afirmo que está en su mismo poder la fortuna desto (...) Dejaré mi casa por otra, y por otro lugar el mío; mas nunca podrán hacer que deje mi tierra. Saldré del lugar de donde nací, mas nunca del lugar para donde nací...”

Salí de allá metiendo a última hora en el bolso este libro. Leo la cuartilla de papel copia, casi transparente. Toda escrita a máquina con mayúsculas. Me cuesta recordar de qué se trata. Ah. La hallé un día en una canastilla de materiales sobrantes, en la Sala de Redacción. Un relato inconcluso. Tal vez una carta al director. No sé cómo fue a dar entre estas páginas, justo entre estos “Remedios de cualquier fortuna”. ¡Si parece un mensaje del más allá!

“El día primero de mayo de 1968, desde Electroluz se trasladaron los operarios Juan Estévez y Aliro Rocha al fundo “La Rosa Negra” a participar en un match de fútbol para reforzar la institución deportiva del fundo mencionado. Al finalizar el partido, siendo más o menos las diecinueve horas llegó a la cancha donde se realizaba el encuentro Eracrio Luna, también éste operario de Electroluz. Terminado el encuentro, la delegación deportiva se trasladó a la casa de don Paulonio Laínez, en donde fueron recibidos con una atención de once-comida los

señores Matamala, dueños del fundo denominado “La Antiguana”. Durante la comida, en demostrado estado de intemperancia, los señores Matamala quisieron reñirse entre ellos mismos por asuntos personales. Los operarios Juan Estévez, Aliro Rocha, Eracrio Luna, Noé Rubio y Segundo Rubio solicitaron al señor Paulonio Laínez que los trasladara en su camioneta hasta la salida del fundo “La Rosa Negra”. Durante el trayecto el operario Eracrio Luna le pidió al señor Laínez que parara la camioneta frente a la cancha de fútbol para pasar a buscar la moto que había dejado en ese lugar. Este señor Laínez, que conducía la camioneta, se negó a parar cuando el señor Luna le pidió que se detuviera. El señor Laínez siguió corriendo a mayor velocidad. El conductor, señor Laínez, al ver a Luna afirmado en la baranda, empezó a orillar la camioneta, rozando bruscamente los espinos que había al borde y frenando, con claras intenciones de perjudicar a Eracrio Luna y provocando un tumulto entre los pasajeros que iban en la carrocería. Al parar la camioneta, después que el señor Luna se había tirado sobre la marcha, el señor Laínez, unos metros más adelante, fue de inmediato donde el señor Luna. Mantuvieron una discusión donde Luna pedía explicaciones al señor Laínez por su anormal actitud y donde el señor Laínez, a su vez, le exigía el pago del espejo retrovisor, que él mismo por su mala conducción había quebrado. Esta discusión terminó en una agresión directa de parte de Laínez hacia Luna. Este se defendió mientras sus fuerzas se lo permitieron, ya que de la carrocería de la camioneta se bajó un grupo de aproximadamente quince personas, peones del fundo, más los amigos de Luna. Este se encontraba en el suelo a consecuencia de los golpes recibidos. Le decían que si no pagaba el espejo, le iban a cortar la cabeza a puntapiés. Viendo que Luna no tenía plata, repararon en su reloj pulsera. Acordaron quitárselo como manera de hacerse pago del daño del espejo. Los compañeros de trabajo de Luna: Juan Estévez, Aliro Rocha y los hermanos Rubio, solamente se limitaban a mirar la agresión, no atreviéndose a

intervenir por el gran número que formaba el grupo de Paulonio Laínez. Intempestivamente llegaron al lugar de la pelea cuatro personas a caballo que procedieron a la defensa de Luna. En donde se formó una riña que no se veía quién daba ni quién recibía. Ni se sabía quién era amigo o enemigo. Aliro Rocha, en un esfuerzo desesperado, logró sacar hacia un lado al agredido Luna que estaba aturdido y malherido a causa...”

Siendo tan minucioso el relato del improvisado reportero (¿el propio Luna? ¿Rocha o alguno de los Rubio?), tan riguroso el orden lógico de los acontecimientos, tan acelerado el desencadenamiento de la violencia...

Ya han pasado tantos años. Al releer la cuartilla anónima, este fino papel de seda, aún más que las hojas de papel biblia, se convierte en un invisible cordón umbilical. Me asomo por la ventana (un decir: miro a través de los vidrios dobles): oscuros troncos y ramazones resaltan en la infinita nieve sólo desafiada por las urracas: parecen lachos de barrio con su plumaje gris, su chalina blanca, el andar desafiante, la cabeza enhiesta... Y de pronto, muy nítida la cancha polvorienta donde está abandonada la moto. Por el camino se precipita la hilera de retorcidos espinos con sus copitos amarillos y olorosos. Diviso a Era-crio tendido en el suelo, humillado, mientras sus amigos, impotentes, no atinan a defenderlo. ¿Quiénes serán esos jinetes, vera imagen del Justiciero cuadruplicado? Cierro los ojos. La reunión del sindicato acordando celebrar el primero de mayo con un campeonato amistoso para ejercitar la unidad obrero-campesina. En la reunión siguiente habrán expuesto el incidente. Conclusión: escribir una carta al diario, discutiendo los términos entre todos, con la esperanza, acaso con la certeza, de que se va a publicar. En todo el país se conocerían los desmanes de los patrones de “La Antiguana” y “La Rosa Negra”. Ya verían esos caballeros que aún hay justicia y que no es tan fácil transgredir las normas sociales y de hospitalidad. Ellos comprarían muchos ejemplares del periódico y los repar-

tirían entre peones, deportistas y obreros. Todo el pueblo conocería las tropelías de Paulonio y la fea conducta de los Matamala... Sólo que la denuncia se traspapeló en una canastilla. Habrán comprado el diario muchos días seguidos. Defraudados. Otro chasco. A medida que pasaran las semanas y se curaran las contusiones, disminuiría la indignación. Otros sucesos irían cautivando su interés, cambiando sus vidas. Nuestras vidas.

Este párrafo subrayado, esta hoja transparente me parecen un anuncio, no sé qué, pero algo importante. Veo a mi madre abriendo la Biblia al azar. El primer versículo en el que se posaban sus ojos era el Mensaje. Ahora he sentido algo así. Y la evocación por mis ojos, piel, nariz de ese paisaje, a pesar de mí misma. Como si tuviera las flores de los espinos pegadas en las puntas de las pestañas y viera a través de un tul amarillo todo el entorno...

Me pierdo en las calles de Belgrado. Tampoco obedecen al esquema colonial de las manzanas españolas. Poco a poco voy descubriendo esta ciudad austera, con algo de campamento militar. Un día de éstos se produce el inevitable encuentro con alguien de la diáspora. ¿En qué lugar del mundo no hay ahora sembrado o aventado un compatriota? Nada menos que una condiscípula del liceo. Era alegre, pícara, buena deportista, muy generosa. Me cuesta reconocerla, tan arrugada, flaca, quejosa. Cubierta de joyas: anillos y aros de brillantes, pesadas cadenas y pulseras de oro. No es frecuente ver en la calle, menos en ciudades como éstas, en pleno día, a alguien con tanto lujo encima. Me invita a su casa, a almorzar el domingo.

Llego donde Nora. Solita. Su familia salió a pasear.

— ¿No te quedarías por esperarme a mí?

— ¿Se te ocurre? Me carga salir de paseo.

Le cuento que vengo de ver en el Museo un cuadro del Bosco, una tabla patinada como un ícono, algo que me provocó una emoción tremenda. Me quedo atónita cuando me dice:

—¿Estás loca? Andar viendo cuadros cuando allá se sufre tanto.

—Pero, ¿no has ido nunca al Museo Nacional? ¿No llevas cuatro años viviendo aquí?

En silencio se dirige a preparar unos tragos. Abre un estante. Me ofrece whisky, vodka, ron, gin, slivovica, rakia... Uf. Ni en una cantina había visto tanto trago. Por bromear le pregunto si tiene maotai. Muy tranquila saca una bellísima ánfora de porcelana y vacía con cuidado el alcohol de penetrante aroma en una copita tallada.

Me cuenta que no sale nunca. No soporta estar con mucha gente. Ve televisión. No ha ido jamás al teatro. Casi no va al cine. Su tristeza es irremediable. No aguanta el exilio. Se acostumbró a vivir aquí sin saber el idioma. Empezó a estudiarlo, pero no pudo resistir el ambiente: asiáticos, árabes gritones y revoltosos, africanos, un guirigay de lenguas. Nunca pudo comunicarse con nadie. En fin, puras quejas... La convenzo para que vayamos después de almuerzo a orillas del Sava. Está por clausurar una exposición de Kokoshka. Trato de motivarla diciéndole que es un praguense de esos que sufrieron exilios horribles, como Erich Maria Remarque, los hermanos Zweig, qué sé yo. Le digo que en Praga no me fue posible hallar nada de ese maestro y que descubrí de él una sala completa en Berlín. Quiero contagiarla por esas pinceladas, esa audacia, ese humor cáustico. Por fin la convenzo. Pasamos una tarde linda. Después vamos a tomar café. Conversamos mucho. Me pide que la acompañe a su casa. Ya es de noche.

Ya están ahí el marido y los hijos. Departimos un rato y luego me van a dejar en su auto hasta mi callecita de Chaplin. Los comprometo para que vengan a comer un día determinado. Grande será mi sorpresa cuando, llegado el día, aparezca Tuco, el marido, sin Nora. Conversación cordial al principio. Único tema: el allá. A través de sus palabras vislumbro un micromundo dividido y subdividido, intriguillas y su poderoso afán de poder. Parece ridículo ese afán en un exiliado, pero se da y el jefecillo

puede ejercerlo manipulando, indisponiendo, prestando dinero o negándolo, ejerciendo dominio y exigiendo su-
misión, incondicionalidad, dependencia. Me habla de los
conterráneos que aquí viven. Es costumbre recibirlos
cuando llegan a casa de uno, darles alojamiento si es pre-
ciso, en pocas palabras: tener la casa disponible para to-
dos. Me obsesiona el zafiro azul de su anillo. Tuco es ta-
jante. Reitera que él es el jefe de toda la colectividad
nuestra en este país. Amablemente —bueno, con toda la
amabilidad que logro reunir, con la voz más suave posi-
ble— le digo que mi casa no es estación de ferrocarril.
Ningún problema si quien desea venir me llama antes por
teléfono. Reuniones en mi casa, no, pues tienen local. Yo
tampoco llego de sopetón a ninguna parte. Mi tiempo
no siempre está disponible: lo organizo yo para mi traba-
jo y estudio. Me pregunta qué idea tengo de la solidari-
dad. Digo de todo corazón que no lo he pensado: hay
cosas como el amor o la solidaridad que no se piensan, se
hacen. Cambia el giro de la conversación y se pone a ha-
blar apasionadamente: soy dura, despreciativa, lo miro
con indiferencia, displicencia, qué sé yo. El fue hombre
importante y seguirá haciendo valer su importancia. El
podría ser un buen amigo mío...

Pronto no voy a recibir una sorpresa, sino una puñala-
da arterial. En la revista del exilio—de la cual Tuco es direc-
tor, ideólogo y autor, se publica una carta apócrifa, data-
da en Argel, donde el presunto corresponsal se mofa de
los desterrados que visitan exposiciones y museos o asis-
ten a conciertos, olvidándose de la patria doliente...

Hago mis clases de castellano tres veces por semana.
Juan me ha conseguido la corrección de galeras de una re-
vista para América Latina. Me matriculo para acometer la
magna tarea de introducirme en ese idioma. Me demoro
una semana en aprender sólo a nombrarlo: ¡srpsko-
hrvatsko! En mi clase hay una señora etíope de belleza
irreal, así debe de haber sido la Sulamita. Stratis, un mu-
chacho griego, estudia acompañado de su madre, ambos
de luto riguroso, él nunca abandona su 'komboloi', ese ro-

sario que sólo cambia de mano para escribir. Los árabes son unos ocho, también todos soban komboloi. Dos médicos coreanos muy elegantes y severos, pero corteses, llevan en la solapa grandes botones con el retrato del presidente de su país. Tenemos una profesora estupenda: Mirijana, de fuerte personalidad y gran sentido del humor. Imposible distraerse en su clase. Ella es quien logra romper los recelos y consigue saber quién es cada uno, acercarnos, establecer diálogos.

La ciudad, el trabajo, la disciplina cotidiana me impiden pensar en todo lo recientemente vivido. No tengo noticias de Mauro. Le escribí a Reillard para que me comunique cualquier noticia que de él tenga y le haga llegar mi dirección. Tengo el palpito de que él sabe el paradero exacto de Mauro, pero éste lo comprometió a no decírmelo.

Mi soledad es grata. No paso semana sin ver a Elvira, con quien voy al cine o al teatro. A veces ceno con ellos. Disfruto en ese hogar con dos niñas maravillosas que hacen diabluras, tocan el piano, me muestran sus deberes, sus juguetes, sus colecciones. Rade y Nadia también me otorgan su hospitalidad, tan hermosa que me impide sentirme desarraigada. Conozco a Olga, una mujer de origen griego de temperamento fascinante, quien me invitará a su casita de campo en Pesak. En ese lugar de ensueño aprendo a gozar de cosas tan simples como recoger flores, caminar por el bosque. No faltan los actos, veladas, seminarios en la Casa de la Juventud. Allí se celebran las efemérides de todos los pueblos del planeta. Chipre, Angola, Guinea Bissau y Cabo Verde, Palestina, Nicaragua, dejan de ser para mí nombres en el mapa o en las páginas internacionales de un periódico. Se convierten en conglomerados humanos cálidos, palpitantes. Ya nunca más podré leer las noticias sin inquietarme por un amigo de cualquier lugar de la tierra. Míos serán una amenaza a Managua, un atentado en Huambo, un tornado en el Caribe, una bomba en la estación de Boloña, una huelga en Catavi, los bombardeos del Líbano. Tengo amigos en to-

das partes. El globo terráqueo no está desierto.

Ahora estoy estudiando. Me devano los sesos con estos verbos que no sólo se conjugan, con sinónimos para diversos aspectos, sino que también tienen género. Llega uno de los muchachos del curso de serbiocróata. No. No viene a estudiar sino a invitarme a una fiesta de cumpleaños. Qué bonito gesto. Sólo que no se me ocurriría ir a una fiesta de estudiantes. No estoy acostumbrada a ir a fiestas, o perdí la costumbre. Sería un pájaro raro. Mi presencia terminaría por incomodarles. Tampoco tengo vocabulario para conversar con ellos.

—Ve a vestirme. Te espero. A las fiestas no se va a hacer discursos.

Se instala en mi sofá y se pone a mirar mis papeles. Habrase visto... Este es Zlato, del grupo árabe. Lo llamamos así porque el primer día de clases no sabía ni saludar, pero a todas las mujeres les decía “zlato moje”. No tardó mucho en decirle también así a la profesora. Yo te voy a hacer ‘tesoro mío’, le dijo Mirijana. Ven a la pizarra. Empezó a hacerlo trabajar sin compasión. Cada vez, después de pasar lista llamaba: Zlato, adelante. El resultado es que él se ha convertido en el mejor alumno. Claro que tiene el don de lenguas: habla griego con Stratis, francés con los coreanos, inglés con la etíope. Envidiable esa facilidad.

—Zlato, no voy a ir a la fiesta. No puedo. Tengo mucho trabajo. Créeme que estoy feliz, feliz de que te hayas acordado de mí para invitarme. Esto es más lindo que estar en la fiesta misma. Yo quiero hacerte un regalo...

Tomo el pisapapeles azul y se lo ofrezco. Pone una cara de niño, como si no creyera que esta bola facetada es para él.

—Lo más bonito que me han dado nunca. Pero no me voy sin ti. Echa un vistazo en la estantería, saca un libro y se pone a leer, sentado en el suelo. Está visto que no me voy a librar tan fácil de Zlato. El es el líder de ese grupo que al principio me chocó tanto. Turbulentos, bruscos. Me molestaba profundamente el modo que tienen de mirar a las mujeres, con descaro. En la práctica del idioma

toda frase, todo ejemplo, lo relacionaban con la mujer. Pero Mirijana los obligó a cambiar. Ella parece sacada de una revista. Muy bella, esbelta, vestida a la supermoda. No ríe con la boca sino con los ojos de un extraño color violeta. Un día, la lección de la Familia: Zlato, qué hacen tus padres y tus hermanos. Mi padre es ingeniero; mi madre, economista; mi hermano mayor estudia medicina, mi hermana menor está en cuarto grado... Zlato, estás repitiendo lo que dice el libro. Habla de TU familia. Zlato calla. Uno de sus compañeros dice: no puede, los mataron a todos. Mirijana se excusa y sigue explicando gramática. En una ocasión se habla de la escuela y de los trabajos voluntarios: niños y niñas de un curso han ido a construir una carretera, solos, sin adultos que los acompañen. Aquí se arma una zalagarda. Risas. Mirijana impone orden. Ahora es Zlato quien explica: nunca ninguno de sus compañeros imaginó que muchachas y muchachos podían estudiar en una misma clase ni, menos, irse varios días solos, lejos de sus casas, sin la familia, juntos los adolescentes...

Me pongo un vestido negro y un collar de nácar. Tomo la cartera. Zlato me mira con detención:

—Tienes ropa más bonita. Ese vestido es muy feo, como el luto de los griegos.

Me quedo pasmada. Aún no he pensado qué responderle cuando el muchacho se ha metido en mi cuarto. Abre mi closet y empieza a revisar mis vestidos.

—Este es el vestido que me gusta —saca una túnica de estampados rojo laca y la deja sobre la cama, yendo luego al tocador—, y este collar.

Me tiende el collar de corales. Se sienta en el taburete y comienza a oler los frasquitos. Mocoso de mierda. Voy a tener que echarlo. Trato de controlarme.

—Zlato, ¿crees que es cortés, caballeroso, entrar en la habitación de otra persona y entrometerse, trajinar, curiosear, revisar sus cosas, cosas de uso íntimo?

Me mira como si no entendiera palabra. Hago una mezcolanza en serbio, italiano, inglés, francés, buscando

el modo de hacerme entender.

—Estás loca. Estas cosas las usas, se te ven. Estos perfumes los usas y se huelen. Esto no es íntimo. Mira, ponte éste, es el que me gusta más. Y date prisa. Vamos ya.

Me ofrece un frasquito. No me repongo aún de la impresión cuando me hallo montada en el destartelado carro de su grupo.

Estas cosas me pasan sólo a mí... Zlato me conduce a la residencia. Han acomodado una de las habitaciones sacando todas las camas al pasillo. En el suelo, un tocadiscos y una lamparita egipcia en bronce y vidrios de colores. Pebetes de sándalo. Sólo han dejado el estante de libros, los afiches en los muros. No entiendo ni el calendario, pues usan otros números. No sé por qué los nuestros se llaman 'árabes'. Muy formales, me ofrecen una tacita de café aromado con cardamomo. En un tablero tienen canapés y bandejas de ratlokum, baklava y otros pastelillos. Llegan más jóvenes. No sé cómo cabe tanta gente en este cuarto. Comienzan a bailar algo parecido al kolo. Kolo, jora, no sé. Todas estas danzas tienen algo de común: la ronda, el ímpetu, el desborde vital. Da lo mismo que la bailen hombres solos, mujeres solas o parejas (Rade me ha invitado a ver una película donde los hombres aparecen bailando el kolo sin música y con zapatillas de fieltro: así bailaban durante la resistencia a los turcos, en silencio; es posible que así también hayan bailado los partisanos de Tito en la última guerra, misterio de la danza, poderoso impulso interior, con la música adentro). Llegan más ocupantes de la residencia: jóvenes de distintas ciudades yugoslavas, rubios eslovenos, altísimos montenegrinos, enjutos gitanos y africanos, bolivianos, mexicanos. Siguen los bailes. Tengo ganas de tomarme un trago, pero estos anfitriones deben de ser los únicos habitantes del mundo y sus alrededores que hacen una fiesta sin alcohol... Estoy contenta. Fue bueno haber venido. Estos se van a amanecer, pero no quiero descompaginar mi día de mañana, así que le pido a Zlato me lleve a casa.

No bien he abierto la puerta de la casa cuando Zlato

me pregunta si quiero tomar café. Obligada. Se saca los zapatos y va hasta la cocinilla. Ubica las tazas, una bandeja y me ofrece el café espeso, retinto, dulcísimo. Le digo que nunca había tomado un café así.

—Esta es la verdadera forma de preparar el café. Así debe ser, como los ojos de la mujer amada.

Termina de beberlo. Me pregunta si le prestaría unos libros, un par de diccionarios.

Tengo amarga experiencia con esto de prestar libros. Le explico que él y sus compañeros pueden venir cuando quieran a consultar mis libros, tienen que comprender, pues yo también los estoy ocupando. Acepta. Besa mi mano y se despide.

Me acuesto feliz. Tendré que retribuir de algún modo a estos chiquillos. Voy a invitar a todo mi grupo. Será también como una fiesta de fin de curso.

Mauro, anoche soñé que eras mi padre. Habías muerto. Te estaba viendo como él: con los ojos claros, el sombrero ladeado, de pie ante la Casa de los Sueños. Yo sabía que eras mi padre. Venía corriendo a abrazarme a tus rodillas y ahora eras tú... Desperté con una sensación horrible: soy más vieja que mi padre. Ahora comprendo a mamá cuando, ya viuda, nos decía: “ese cobarde no se atrevió a vivir”. Pero mamá, si murió enfermo, estuvo tanto tiempo en el hospital. “Así será, pero no tuvo coraje para seguir adelante. Renunció. El que muere, renuncia”. Y lo afirmaba como si la muerte se produjera sólo cuando se quiere. Lo increpaba, tal si estuviera ante ella, le enrostraba su cobardía, el haberla dejado con tan tremenda carga...

Mauro, no me has escrito. Nada sé de ti. No vaya a ser que toda tu transformación sea una renuncia... No te puedo recordar cómo eres. Miro tus fotos, ésta que tengo en el velador te la saqué ante la iglesita de la calle Arbat. Tienes esa actitud hermética y resignada al mismo tiempo, como con una determinación que no logro adivinar. Antes, cuando nos separábamos, aunque fuera por un par de

días, no era mi cabeza la que te echaba de menos. Mi memoria estaba en la yema de los dedos, en el escalofrío recorriendo mi columna, en el dolor en la boca del estómago. Tu imagen era a mi piel lo que la faz de Cristo al velo de Verónica. Ahora es sólo una idea. Y el eco de un grito que pugna por aflorar desde el sueño. ¿Será que tengo que vivir como memoria de mis muertos? ¿Será que mi destino es conservar la imagen de un padre muy joven y de un hombre detenido en el tiempo? A lo mejor, sólo es sobrevida... Vencer la tentación de quedarse metida en la cama, de no lavarse, de no salir a la calle, de no ver gente.

El día de mi fiesta me ha dado trabajo. A falta de sillas, confeccioné infinidad de cojines en casa de Elvira. Nadia me enseñó a preparar unos pimientos asados y me regaló un frasco de pepinillos con uvas en salmuera. Olga me introdujo en los misterios de la halva y la baklava. Esta cocina turco-árabe-griega, balcánica es para señoras que no salían de su casa ni trabajaban en otra cosa, ni estudiaban...

Llegan mis huéspedes elegantes y formales. Stratis excusa a su madre y pone sobre la mesa vino de resina. Los árabes me traen uno de esos pañuelos pata-de pollo en blanco y negro que ellos usan en la cabeza. Zlato se aparece con un ramo de flores. Qué lindo, siglos que no recibía flores, se lo digo. Sulamita ríe. Mirijana me hace ver que estas flores están sin envoltorio. No entiendo. Ella, con voz de la que usa en clases: Zlato, ¿y esas flores? El pone cara de falso arrepentimiento. ¡Zlato! ¿De qué iglesia te robaste esas flores?

Por un rato se impone el rodar de las cuentas de los komboloi, como si fuera posible palpar el tiempo. Pero pronto se inicia la charla, el bullicio, la inevitable algarrabía de estos muchachos. Se enamoran de los diccionarios y los mapas, ya famosos.

Por cierto, vendrán con frecuencia a consultarlos, aunque yo no prosiga el curso. Me demanda demasiado esfuerzo el idioma y han aumentado mis responsabilidades en el trabajo. Tengo que decidirme por lo último.

Cuando menos lo esperaba, me llega carta de Mauro:

“Nucha: Claro, ya pasó un rato desde que empecé a trabajar en este mundo totalmente distinto a todo lo conocido, donde no es el calor, no son los arroces y otros granos caminantes, si no se los guarda dentro del refrigerador (hay pocos refrigeradores para la población), no es la falta de medicinas, no es la pobreza (con decirte que es inminente la hambruna, no me extrañaría que mandaran a los delincuentes presos a la calle por falta de comida), no es la variedad y complejidad de este mundo africano y del singular proceso que vive Mozambique, tampoco tu ausencia, lo que me fue sumiendo en la crisis. Bueno, ahora no estoy en Maputo, sólo que me sigo sintiendo allá y espero retornar pronto. De ti tengo la memoria en algún lugar de mí, latente, pero a veces resucita en un sueño, frase o asociación de ideas, rescoldo inseparable de ese tiempo cortado, vives en lo que yo fui. Soy como la lombriz seccionada cuyas dos partes siguen viviendo independientes, tú estás en la parte que siguió arrastrándose al fondo de la memoria y yo, desgajado, aquí. No te echo de menos, pero siento que tú me ayudaste a flotar un buen tiempo, desde que salimos de allá (sin contar el intervalo en que sólo tu fuerza me ayudaba a resistir). Pero no podías impedir que yo terminara por ser la flecha idiota, inmóvil, suspendida en el espacio, atajada, sin caer. Morena, ni tú ni yo hicimos nada para que dejaras de ser mi cuarto número. No sé cómo me fui ahogando en un mar de cosas del pasado inmediato que me borraban el presente. Me refugié en el trabajo, hasta los sábados y domingos. No sé si te habrán llegado algunas revistas con artículos y ensayos míos, sólo la novela no la pude retomar; una novela es la elaboración de la realidad, es presentar como legítima cada vivencia de la ficción, no, no pude, estaba demasiado abrumado como para meterme en ese juego. No sé cómo se desencadenaron todos los problemas resultantes del Antes y del Ahora cortados por un precipicio, porque ese precipicio, esa zanja, ese hueco insondable me impide unirlos. Bien, intenté tres veces la despedida final;

usé pastillas, crucé calles, desafié vehículos, me sumergí en zonas peligrosas, pero en vano, hasta que opté por un río. Ahí, no más, llegué; desperté en un hospital; recibí cuidados, afecto, atenciones, todo el calor que pueden dar los mejores seres humanos y, de ahí vine a dar a una clínica psiquiátrica: aquí me tienes, no sé qué va a pasar, ya no estoy ahogándome en un turbio fondo marino, suspendido en una burbuja, flotando. Sé que estás bien. Aquí he encontrado un verdadero hermano, un colega que hace un postgrado, marido de una mujer que vive en tu ciudad, ella te conoce y parece haberte nombrado en algunas cartas. Imagino que habrás pasado más de un contratiempo, aunque, Nucha, creo que si fuiste capaz de soportarme desde que salimos de allá, estás preparada para cualquier cosa. Quiero pedirte algo importante. Yo tenía necesidad, apremio, no de escribirte, no de verte, pero sí de comunicarme contigo (tal vez también quiera hacerlo más adelante, eres el único ser que estuvo “a la altura de mi corazón”, no habrá otro, amiga del antes y del ahora, tú habrías sido la única que hubiera podido ayudarme a salvar el precipicio, si eso hubiera sido posible). El favor que te pido es el siguiente: no hagas amago de verme, yo no podría resistirlo. Nunca, por ningún motivo, aunque yo te llamara, tú no deberías acudir. Yo soy otra persona. Tampoco quiero que veas las cicatrices en la cara y en la cabeza, resultantes de la caída y, conste, tales cicatrices son lo de menos. Me han dicho que pronto podré abandonar este lugar, trabajar de nuevo; acaso vuelva a Maputo, me siento comprometido como nunca con quienes me salvaron (profundo error, no puedo recriminarlos). Esta reanimación me ha impulsado a escribirte (a veces, al despertar, vislumbro que me he soñado como era antes, cuando fuiste mis andamios, y en alguna parte del esqueleto, de mi desamparada envoltura, de los torrentes linfático o sanguíneo, percibo una débil memoria, una vibración irrecuperable: Nucha; es así como algún sueño, alguna divagación, suelen ser cruzados por tu sombra amable). Chao, etimológicamente chao. Ex-M”.

Así, con esa malvada preposición seguida de una inicial. Y con esos paréntesis. Yo, rescoldo, sombra amable. Maldito, miserable. Esto me duele más que saberte en una clínica. Sádico. Perverso. Tanto, que por segunda vez me impides el derecho a responderte. Y ahora me sales con esto. Cómo me haces falta bueno y sano. Te arrancaría los pelos, te rasguñaría, como lo hice una vez, hasta que mis uñas quedaran llenas de tus pellejos. Te mataría sin lástima. Mauro, ¿por qué?, ¿por qué? Pobrecito, pobrecito mío. No tienes vuelta. Te quebraron tus resortes. Te descoyuntaron el alma. Mauro. Y te da por hacerte el héroe. Quieres 'salvarme'...

¡Quiero ir a buscarte! No puedo suscribir el pacto estúpido que me propones.

Empiezo a buscar a Yarmila, la esposa de ese becado. No sabe nada. No tiene idea de nada. Le pido el teléfono de su marido. Lo llamo. Le suplico vaya a ver a Mauro, a los médicos, y me comunique de inmediato si puedo visitarlo. Estoy dispuesta a partir en seguida.

Pasan largos días. Viene Yarmila a verme. Su marido le ha mandado una nota para mí: cuando yo lo llamé, Mauro ya había salido de la clínica. Había salido del país.

Me quedo tragando soledad a pausa. Inane.

El sol de hoy
no verá a estos jóvenes.

Han entrado de pie en la Muerte.

Han entrado en nuestro corazón
por esas sendas por las que los grandes vendavales
vienen a barrer nuestra conciencia enmohecida.

Han entrado en nuestra vida
por esos llanos por los que se abalanzan jinetes feroces,
que transportan en la mano el huracán.

Y que la lanzan en el pecho de las cosas, y que demuelen
nuestras ruinas, para que los albañiles puedan construir.

Los jóvenes que ahorcaron
hoy día, a primeras horas del alba,
en Nicosia

Teodosio Pieridis: *Canto fúnebre a los ahorcados de Nicosia*

Tendré que ir a Sarajevo. Qué felicidad participar en un equipo de traductores para una asamblea internacional de medios de comunicación. Es bueno poder hacer algo, aunque sea de lejos, vinculado con la profesión de uno.

Zlato me pregunta si puedo dejarle las llaves. Quiere venir a estudiar durante mi ausencia. Tentada estoy de hacerle unas cuantas recomendaciones, pero a veces este muchacho me intimida con una extraña seriedad que no se compagina con su ánimo bromista. Bueno, ahí le queda el departamento por unos cuantos días, a su disposición.

Llego de noche a esa antigua ciudad turca. Ya instalada en el hotel, nos invitan a una reunión preparatoria. Mañana temprano nos vendrá a buscar un autobusete para conducirnos al lugar de trabajo.

Al amanecer me asomo por la ventana y veo un cerro sembrado de casitas hasta el tope: un panorama asombrosamente parecido al del mayor puerto de mi país. Mientras admiro el paisaje, buscando un funicular, me abochorno. ¿También voy a andar buscando en cada paisaje la similitud con los míos? Tuve tanta rabia con unos paisanos en Venecia. Ibamos al Museo Guggenheim. De repente, uno dijo: mira, igualito que allá... No se veía nada. Salvo una enredadera de hiedra en el muro de ladrillos.

Tengo una curiosidad: saber cómo fueron los turcos en realidad. Aquí estan vivos los recuerdos de sus otomías, pero he visto los puentes sobre el Drina, he recorrido tanto el Kalemegdan y siento admiración por sus constructores. Asunto difícil de mentar en lugares donde aso-

laron y dejaron su simiente...

Trabajo no falta. Cotejar traducciones, hacer resúmenes, revisar ponencias. Delegaciones de todo el tercer mundo. En ocho días no alcanzarán nunca a tratar tanto tema: monopolio de la tecnología, manipulación de la noticia, desinformación...

En los intervalos para el almuerzo, Nina, mi amiga yugoslavo-latinoamericana, con quien compartimos cuarto, me invita a recorrer la ciudad.

Por primera vez cruzo el puente del río Miljacka, el mismo en que Gavrilo Princip disparó contra el archiduque Francisco Fernando. Un puente de nada en un afluente pequeñito del Drina. Más corto que cualquiera de los puentes montados en el escuálido y traicionero río de mi ciudad natal. En este puentecito se produjo el atentado. Al cruzarlo, al otro lado de la avenida, está la casa en que se reunían Gavrilo y sus compañeros de la agrupación la Joven Serbia (Serbia con be, me dice Nina, aunque salga de otra laya en los diccionarios, pues no puede inducirse a error a nadie y pensarle etimología latina, asociándola con 'servus'; por respeto a sus habitantes y a su tradición, no escribirla jamás con uve, es como la equis de México). Esos muchachos estaban dispuestos a hacer algo, porque no aceptaban el dominio austríaco. Justicia y libertad era su lema. Buscaban un camino, no los caminos del mar que eligieron tantos yugoslavos, jóvenes como ellos, casi niños, para eludir el servicio militar bajo bandera austríaca, enrumbando a una América mítica. La imaginaban en el centro de la del norte, pero llegaban al istmo donde se estaban iniciando los trabajos para unir dos océanos; o a los yerbales de Paraguay; o a las estancias ganaderas australes; o al más ardiente y desamparado desierto a descostrar caliche... Gavrilo Princip no sabría jamás, encadenado a un muro hasta su muerte, agonizando a pausa, mientras la tisis le revenía los huesos empujados en apegarse al pobre pellejo lacerado, qué sucesos desencadenó su disparo... Veo una foto suya, ampliación de una en la que los grandes ojos parecen penetrar la bru-

ma sepia. Ardientes ojos en un rostro de juventud detenida...

Junto a la sombra de Princip iremos recorriendo la ciudad en cada rato libre. Zocos donde se venden tapices o filigranas de cobre y plata. Cada uno tiene su divancito. A lo lejos, en su roca, la fortaleza parece vigilar.

Vamos a la biblioteca más rica y antigua de los musulmanes, sin poder apreciar los venerables palimpsestos cuyos signos a ratos me parecen bocetos de una circunvolución cerebral. Cruzo cementerios cubiertos de suave césped de donde emergen raras flores de piedra: orgullosos, viriles turbantes esculpidos en una diversidad que revela múltiples matices jerárquicos. Pétreos turbantes de muertos hoy anónimos anuncian gradaciones de una desaparecida escala social.

Las medersas, los mercados, los albergues para caravanas completas hablan de un pasado bullente, cruce de caminos ¿puerta de Oriente o puerta de Occidente? Me encuentro con un amable sefardita que me habla con lengua de Mio Cid. Su familia procede de Valencia y fue expulsada hace cuatrocientos años. Aquí se radicaron, mantuvieron lenguas y costumbres en una ciudad entonces acabada de nacer. Me dice que en Sarajevo convivieron por siglos en armonía etnias, lenguas y religiones diversas... hasta hace muy poco: él es uno de los escasísimos sobrevivientes de la última guerra. Se salvó por raro azar. Fue uno de los combatientes de la brigada yugoslava en España, luego prisionero en un campo de concentración de Francia, enviado después a un campo de trabajo en Alemania. Desde allí huyó y —cuenta— nada ni nadie lo estorbó en la larga travesía a pie hasta que logró encontrarse con los partisanos de Tito para seguir luchando... Nos vamos a cenar a un restaurante muy antiguo. Los zocuchos del patio otra vez fueron las cajas fuertes de los comerciantes. Como es de rigor, pasamos por la cocina para elegir la comida. Un orgulloso cocinero nos muestra miniaturas de cebollas, pepinos, calabacines, berenjenas, pimientos rellenos, otras verduras, quimbombós. De allí, a un comedor muy her-

moso donde suena una música lánguida y sensual, la misma que nos acompañará durante toda nuestra permanencia. Siento mezcladas la música india y la andaluza en estas melodías turcas, a ratos unas notas dolientes y desgarradas, propias de las canciones de ghettos. Brindamos con vino 'venas del Mostar'.

En las noches recorremos los cafés llenos de jóvenes y chicas que olvidaron para siempre como esos fueron centros exclusivos para hombres.

Ante la mezquita se venden zapatillas tejidas con finas agujas en dibujos geométricos. Los creyentes se lavan en la pila, se descalzan y ponen esas gruesas calcetas. Entran en el templo, se arrodillan e inclinan la cerviz apoyando la frente en las más soñadas alfombras. Tabriz, Samarkanda, todo el oriente en esos tapices. Destaca una de tonalidades claras, irreales, la de mayor tamaño, la más tupida y sedosa, de más caprichoso dibujo: regalo del shah de Irán a esta mezquita...

En las noches, Nina y yo charlamos antes de dormir. Gozo con su imaginación, con su humor. Una vieja le preguntó, notando el acento, si no sentía nostalgia por su país. Se puso furiosa: ¿has visto qué impertinencia? Querer meterse en mi intimidad. Hay que ser intruso como para andar preguntándole a la gente si siente nostalgia... Me cuenta la historia del santo pãtrono: un ícono que tiene unos quinientos años en la familia de su marido. Hasta salvado de incendios está. Cuando ella llegó a este país, encontró al ícono tumbado en el gallinero. Lo limpió con todo amor y lo colgó en el desván. No corrían buenos tiempos para los excesos de devoción. Un día fueron a una exposición de pintura popular. Llegó, desempolvó al santo patrono y lo instaló en la cocina, al lado del estante de libros con recetas. El marido se resignó. Ahora lo trasladó al escritorio, pero ya tiene pensado ascenderlo de rango e instalarlo en la sala, junto a los quiteños que le trajo su madre... Me ha invitado a su casa, a conocer a su esposo e hijos. El luchó en las brigadas internacionales y fue maquis...

A la hora del café se me acerca una joven bosniaca que también está trabajando en este congreso. Habla castellano con mi propio acento. Dice que estuvo alojando en mi casa, cuando vivíamos en Eslovaquia. Hace tantos años... No consigo recordarla. Sí, andaba en luna de miel con su marido. Recuerda que Mauro y yo les mostramos la ciudad, el castillo, los invitamos a tomar vino a la bodega de los pequeños franciscanos... Me da tantos detalles y no logro recordar:

—Cierto, estábamos todavía estudiando, él becado aquí. Después que terminamos la carrera nos fuimos a tu país. Yo creía que para siempre...

Es tan bonita, jovial, con unos ojos muy alegres, respira salud, bondad.

—Tuvimos cuatro hijos y yo esperaba otro, ya estaba en el sexto mes. El era ingeniero en una de las minas del norte. Pero el día del golpe, yo estaba en la capital con los niños. Me llevaron al estadio, acusada de ser extranjera que iba a matar soldados-de-la-patria. A los niños los llevaron a distintas comisarías. Me torturaron hasta que aborté. No recuerdo mucho, porque me estuve desangrando muchos días, medio desvanecida. Me trataron en el hospital de campaña que tenían en el mismo estadio. Después me soltaron diciéndome que a mi marido lo habrían fusilado. Salí como loca. Más encima me decían que debía abandonar el país en cuarenta y ocho horas. Los amigos lograron reunir a los niños. Figúrate que el mayor tenía entonces sólo siete años. Todos nacieron allá, como su padre...

Majda me invita a conocer a sus hijos. Al fin de la jornada partimos a su casa. Un barrio nuevo de Sarajevo, con menos ambiente oriental. Sólo la música, las tiendas, los olores son los mismos. Y esos ojos bosniacos tan intensamente negros. A la entrada del departamento, una fila de zapatitos. Los niños son muy hermosos. Sólo el mayor habla un poco de castellano. Muy rara vez. Otras se niega. El médico le ha dicho a Majda que no se le ocurra forzarlo. No quiere recordar nada de allá.

Sobre los veladores, encima del ropero, en las paredes, sobre la mesita de centro, fotos de ese joven padre detenido en el tiempo.

Majda me habla de él como si estuviera vivo:

—Míralo, es tan bello. No sabes cuánto me quiere. Con decirte que no me deja ni cocinar. Me consiente.

Sirve café, rakia, fresones en almíbar y sigue hablándome de ese hombre que sonríe desde las fotos. Los niños han bajado con sus bicicletas al parque de juegos.

Mucho tiempo después volveré a ver a Majda en el Centro de la Juventud. Nos han invitado a una reunión con los Ex-combatientes y Sobrevivientes de Campos de Concentración. Viejos y viejas con esa dureza de los eslavos que suman años sin verse decrépitos. Miro con espanto esos números tatuados en sus brazos. Hablan de horrores alucinantes. Uno muestra su brazo: una cifra pequeña. Cuenta cómo dio todo de sí, cómo doblegó sus debilidades y forzó su voluntad para sobrevivir.

Después de oír esos testimonios, llaman a Majda y la invitan a hablar. Es tan joven, podría ser nieta de cualquiera de ellos. Narra su vida. Describe los días pasados en el estadio, cómo torturaban a las mujeres. Habla de su marido y de otros hombres que fueron fusilados en la mina. Demoró un tiempo en saber cuánto les costó a sus amigos rescatar a los niños, que de las comisarías los iban a mandar a orfanatos...

Los ex-combatientes, los ex-prisioneros de los campos de concentración lloran en silencio.

He pasado un año nuevo sola. Salí a caminar por la nieve. Todas las ventanas iluminadas, nadie en las calles. De vez en cuando un shiptar, un basurero albanés, musulmán, que no celebra este año nuevo, limpiando las calzadas... Crucé el parque y en la nieve sólo quedaron mis huellas.

Los estudiantes suelen venir. Zlato llega cada vez con

flores sin papel. Una tarde me pide permiso para quedarse preparando un examen. Sentado o echado en la alfombra, desparramados sus mapas, sus apuntes. Revisa, coteja, trabaja absorto. Nunca he sabido exactamente qué estudia. Geografía, matemáticas, física. Prepara café. Trajo pastelitos de semillas de amapola y caramelos de sésamo.

En la mañana lo encuentro profundamente dormido sobre el sofá. Semidesnudo. Dios. Nunca había visto una espalda con tantas cicatrices. Quemaduras, costurones, huellas de puntos, como incrustaciones nacaradas en retazos de piel indemne, tersa, verdosa. También los brazos con cicatrices. Duerme como si hubiera abandonado su cuerpo, pero parece percibir que lo observan. Se voltea. ¡Oh! En el pecho tiene unas cicatrices simétricas. No puede ser. Estas son marcas de tortura. Pobre niño. Tan serena su cara de color aceituna verde. Sus rasgos serían casi infantiles si no fuera por la fuerte nariz. Un perfil duro. El pelo ondulado, con visos aleonados, a ratos del color de la propia piel, le tapa la frente. Si no supiera que es él, no lo reconocería. Un rostro sereno, pero resuelto. Cerrados los ojos tan vivaces, parece que hubiera partido a otro mundo.

Luego que he preparado el desayuno, lo despierto. Algo balbucea. Incomprensible.

Estoy enmantequillando las tostadas cuando Zlato me dice que quiere venirse a vivir acá.

Inefable. Ni siquiera pregunta. Sólo afirmaciones. Una vez más tengo que dominar el impulso de echarlo. Qué maneras son éstas de imponer presencias, de invadir la privacidad. Mierda, mierda, si yo estoy que no me soporto a mí misma, incapaz de resolver mi angustia. Amarrada. Ese huevón que se despide “etimológicamente chao” me tiene esclavizada. Tengo miedo, pavor de que le pueda suceder algo peor...

—Zlato, me gusta vivir sola. Este departamento es muy pequeño como para compartirlo. Por cierto, puedes venir cuando quieras preparar algún examen. Yo sé que en la residencia están amontonados. Te entiendo. No to-

do el mundo se puede concentrar en medio del ruido de los demás.

—Yo puedo concentrarme... Permiso, voy a ocupar tu baño.

No sé si estoy muy susceptible, pero creo haber notado un “tu baño” recalcado, burlón. Lo oigo cantar a gritos, como si estuviera entre dunas. Ya veo, ya me hago a la idea de encontrar ese baño convertido en laguna. El vapor va a llegar hasta el pasillo. De seguro, las toallas estilando... Dios mío, estoy con la neurastenia viva. En la residencia, creo que tienen agua caliente sólo dos veces a la semana.

Ya me he puesto en onda corrigiendo unos ejercicios cuando me distrae el grito:

—¿Dónde tienes el desodorante?

Me levanto enfurecida. Ahora ya no aguanto. Entro en mi pieza y ahí está Zlato, en mi taburete, hurguetean-do mis gavetas. Ni se apercibe de mi presencia. Estira una prenda de mi ropa interior.

—Deja eso.

Empieza a peinarse con mi cepillo.

—No. En este bric-à-brac estoy tratando de hallar una cosa.

—No te tengo nada, Zlato. ¿Qué buscas?

—El misterio femenino.

—No seas absurdo. No tengo tiempo para niñerías. ¿Puedes salir de mi pieza?

—De poder, puedo. No son niñerías. Estoy tratando de descubrir el secreto de una mujer gruñona e insop-
table.

—Bien bonito. Abusas de la confianza y más encima me insultas.

—No insulto: verifico.

—¿Se puede saber qué consideras un secreto?

—Averiguar por qué, si eres tan antipática, me gustas tanto.

—Fuera, Zlato. Te agradecería que no volvieras. Ya has colmado mi paciencia.

Se pone de pie con mucha calma, enrollada mi toalla en sus caderas. Va a la sala. Se devuelve y voltea el portarretratos con varias fotos de Mauro.

—¿Por qué tocas eso?

—Acabo de entender por qué mis antepasados se negaban a reproducir la figura humana.

Sin ánimo, me tiendo en la cama. Zlato me llama. Ya ha recogido sus papeles. Parte.

Pasan varios días y no vuelvo a saber de él. Empiezo a sentir remordimientos. He sido muy dura con él. Un hombre sin familia. Esas cicatrices. Qué vida habrá llevado. Sin hogar. Otras costumbres. Un mundo donde las mujeres están marginadas. Sólo la violencia ha conocido. He sido injusta. ¿Qué le puedo criticar fuera de su intrusidad? ¿Cómo no he sabido apreciar su alegría, su buena voluntad, su ingenio? Se ve que no tengo vocación de madre. Si hubiera tenido un hijo a poco de casarme, sería un muchacho como Zlato, un poco menor, claro. Acaso igual de revoltoso, desordenado, gritón, hambriento. Como él hurgaría mis papeles, mis gavetas. Estaría horas metido bajo la ducha hasta que el vapor pudiera cortarse como un queso... No. No. Trato de espantar estos pensamientos. ¿Qué habría hecho con un hijo y sin Mauro? Y ese niño sabiendo que su padre se desmorona. Desterrados, sin hogar... Hago un esfuerzo penoso para zafarme de tan morbosas fantasías.

Una noche ya estoy acostada cuando suena el timbre. Zlato. El bolso en bandolera. Un ramo de flores en papel de regalo, con moño de cinta y el dorado sello de la floristería. Siete soberbias rosas granates. No he acabado de invitarlo a pasar cuando ya está adentro, descalzándose.

—¿Puedes dar de comer a un hambriento?

Sonrisa burlona. Su mirada es intensa. Levanta la barbilla y enfoca los ojos como rebuscando. ¿No será miope? Se lo pregunto. Sin responder, se pone turno y acerca su cara a la mía:

—Más bien deslumbrado. Estoy sufriendo un espe-

jismo.

Se pone muy serio y apoya sus manos en mis hombros:

—Tengo muy buena vista. Hasta para ver que no me quieres. Por eso vengo ahora a despedirme de ti. También se puede celebrar el no-amor. Hagamos una fiesta del no-amor.

—Zlato, ¿qué dices? Sabes que te aprecio. Eres buen amigo, buen compañero...

—Esto sí que es el peor insulto: “buen amigo, buen compañero”...

—No me interrumpas. Ni tú ni yo hablamos nuestras respectivas lenguas. Eso contribuye a malentendidos. Pero tienes que comprender...

—¿Comprender qué? ¿Tus prejuicios? No quiero oírte tonterías: tu edad, algún fantasma que tendrás metido en algún rincón del cerebro... El que hayamos nacido en terceros o cuartos mundos no justifica el tener la cabeza subdesarrollada.

Golpea mi frente con la suya.

Va a la cocina, abre el refrigerador, busca por aquí y por allá.

—¡Zlato! Esto es abuso de mi hospitalidad. No te permito que te metas en mi casa y hagas lo que te dé la gana...

Este muchacho bruto viene, me toma en brazos y me alza, dando vueltas por la sala y remedándome:

—No te permito, no te permito. Mi casa, mi casa.

Me echa en el sofá, arropándome con la manta.

—Mujer, hablas como caricatura de señora feudal. A ver, a ver, puedes decir cualquier cosa, todo está permitido, menos una vulgaridad como: yo-podría-ser-tu-madre o si-no-te-vas-grito...

Me da ataque de risa. Reímos juntos.

—Ahora te quedas aquí, tranquilita, mientras yo invado TU CASA. Entretanto, piensa si eres libre o si sólo has adoptado una pose.

Se pone a cantar en su algarabía mientras prepara el

café.

—¿Vas a comer?

Niego con la cabeza. Hace un sandwich. Después viene y saca del florero unos lindos claveles, lanzándolos al canasto.

—Estas flores no me gustan. A lo mejor te las dio otro...

¿Eres libre? —lo interrumpo.

Riendo coloca las rosas. Enciende dos cigarrillos y me pone uno entre los labios. Va a la cocina y trae la bandeja y un platito con ratlokum.

—Zlato, ¿por qué siempre me das dulces? En realidad, trato de no comerlos.

—Muy simple: me gustan. Y cuando tú los comes, los saboreo yo.

Me siento invadida de ternura. Es conmovedor. Ahí, sentado en la alfombra, bebe su café, como siempre, lentamente, degustándolo, reconcentrado. Es verdad. Esa misma aplicación la pone en el estudio, en la discusión, en el humor. Es una intensidad de vida, de disfrutar cada acto.

Interrumpo mis reflexiones:

—Desciende de tu trono, oh, princesa. Siéntate junto a tu rendido vasallo.

Me deslizo hasta el suelo y nos quedamos en silencio. Mirándonos...

Cómo es posible. Cómo no me había dado cuenta. Es tan hermoso. Es tan dulce su sonrisa, que me duele. No puede ser. No puede ser. Esto es un milagro. Y un milagro no se puede explicar. Podría pasar horas, días contemplándolo. Embelesada. Es tal su encanto que no me dan ganas ni de acercarme. Me basta con mirarlo. Noto que me transformo: me contagia su belleza. Me descubro más ágil, más liviana y flexible. Podría volar. Nueva. Alegre. Enniñecida. Poderosa.

A un tiempo nuestras manos se buscan.

—Mujer, sabes que de ti dependía...

—Perdóname por haberte visto antes sin mirarte.

—Perdóname tú por no haber sabido evitar tanta espera...

Zlato llega como caballo de invierno. Se saca las botas y comienza a dar vueltas, cantando. Me pregunta si podemos invitar a cenar a unos amigos. Está radiante. No me lo dice, pero adivino que se trata de algo especial. Vamos al mercado.

A Zlato no le gusta que yo regatee:

—Piensa que son campesinos. No hay nada más duro que trabajar la tierra. Pierdes tiempo y economizas, acaso, unos centavos. Tu tiempo vale más de un dinar. Y siempre son ellos quienes se salen con la suya.

—Le estás quitando encanto al rito de comprar en el mercado.

—Cada día me convengo más de que tenemos antepasados comunes.

Y en menos de media hora estamos de vuelta. Con este hombre no se puede salir a comprar. Va, escoge lo preciso y paga. No rebusca ni se interesa por nada más.

Bien. Manos a la obra. El va a cocinar. Tiene para rato rellenando unas hojas parecidas a las acelgas y transformándolas en rollos diminutos. Después hace unas empanadillas. Yo me encargo del postre. Limpio la casa y pongo ramos de lilas en todos los rincones. Lleno una fuente de cristal con velas azules, rojas, amarillas. Sólo iluminaremos con esas velas y la lamparita egipcia. Distribuyo nueces surtidas, semillas de zapallo, girasol, garbanzos tostados en pocillos diversos. Todo en orden. Comemos algo y a dormir siesta...

Tú me vas a sacar de un sueño que se repite hace tiempo.

Estoy en mi ciudad, la de mis sueños. Hay una extraña plaza con un monumento de fierro, un triángulo o pirámide armada como mecano. Es trasparente. Tal vez inconclusa. Cerca de allí hay una sinagoga, pero de estilo turco, acaso una mezquita. Esta plaza es circular, escasa de árboles. Siempre que he pasado por allí está nublado.

En tranvía se pueden conocer otros sectores de la ciudad. Uno lleva a una carretera que conduce a los suburbios. Con otro se puede llegar a los pies de un cerro laberíntico, uno de cuyos senderos permite llegar a un zoológico. Un tercero lleva a un valle maravilloso donde están los castillos y palacios. Un panorama florentino, con el color rojo quemado. No es la luz de Florencia. Una luz dramática. El cielo es amaranto, con escasos claros turquíes entre nubarrones violáceos, orlados de oro... Ahora he subido a ese tranvía arribando al punto desde el cual se ve este cielo como perfecta cúpula y abajo, torres, torreones, muros almenados, unos tejados con azulejos multicolores, como el ayuntamiento de Bratislava. Casitas descendentes se han ido apegando a los castilletes... Algo sucede siempre que me impide descender a este valle. Quiero llegar a un edificio de cristal. Sé que debo ir, pero sólo alcanzo a llegar al mirador.

Ahora, tú me has despertado y hundo mi frente en tu hombro, procurando retener el sueño. Hay un detalle que se me escapa. Te empiezo a contar lo soñado. Muy quedamente dices:

—Sí. Cerca de la plaza del triángulo está también esa iglesia de piedra, no muy alta, con dos naves formando una ele y un altar en el ángulo...

—Zlato, ¿cómo lo sabes? ¿Acaso conoces esa ciudad? ¿Existe y sin conocerla la he soñado? ¿O te conté antes el sueño y no me acuerdo?

—No. No existe, pero yo también la he soñado.

—Zlato, no te estés burlando. Nunca he sabido que dos personas sueñen el mismo sueño.

—No me burlo —dices muy serio, pensativo—: la iglesia es baja, pero muy espaciosa, muy adornada, vitrales muy bonitos. Pero afuera la piedra es casi negra, cubierta de musgo o hiedra, a trechos.

—Cerca de esta iglesia ¿qué hay?

—Un depósito de estatuas muy bellas, pero están rotas.

Lo abrazo y escondo mi cabeza en su cuello.

— ¡Aníor! ¿Es posible que hayas soñado mi sueño?
¡Tú no eres de este mundo!

Se inclina sobre mí para mirarme un buen rato a los ojos. Está triste.

— ¿Quieres decir que voy a morir?

— Tanto, burro. ¡No me asustes! Cuando en mi país se dice que alguien no es de este mundo, quiere decir que es maravilloso, sublime, fuera de serie, como hecho a mano, encantador, amoroso y tierno, como tú. ¡No quiero oírte nunca hablar de morir!

— ¿Por qué te asustas? Si aún muertos, somos inmortales.

— Qué ocurrencia. Muy poética, mística, pero no me convence.

— Un viejo que conocí decía que no se precisa ser religioso para tener la certeza de la inmortalidad. Uno muere y el cuerpo se descompone en moléculas, átomos que siguen viviendo y actuando... Si tuviéramos hijos, ellos eternizarían nuestro código genético...

— No los tenemos...

— Hay también una inmortalidad social: la sociedad está compuesta por individuos; éstos pueden perecer, pero la sociedad humana es inmortal...

— Mientras algún miserable inconsciente no apriete un botoncito y desencadene la catástrofe.

— Sí, pero es potencialmente inmortal... Luego está el que ofrece su vida por el bien de los demás. Quien pretende prolongar su vida sin un ideal, es un muerto viviente, un cadáver. Hegel dice que los héroes no viven mucho, en general. Su vida se interrumpe como la de un cometa que rompe la oscuridad. Vive a muy alta temperatura y al mismo tiempo se inflama, y se quema, pero deja profunda huella.

— Zlato, has pensado a fondo en todo esto.

— No, sólo que admiraba mucho al profe de filosofía...

Ya están por llegar nuestros invitados. El primero en aparecer es un señor que no conozco. Hombre mayor,

con algo de profeta bíblico. Saluda. Silencio. El suave sonido de las cuentas del rosario de ámbar se escucha nítido. El profeta palpa el tiempo, arena que pasa entre sus manos, sujeta por invisible hilo, no se desperdiga. Con paso lento se dirige hacia el muro donde tengo colgado el largo y estrecho mapa. Lo observa con atención. Después dice, como pensando en voz alta:

—Señora, usted va a volver a su tierra. Podrían pasar muchos años, pero va a volver. Todos los desterrados podrán volver. Pudiera el tirano usurpar el poder un siglo, pero ustedes van a volver. O sus hijos. O los hijos de sus hijos...

—¿Acaso usted piensa que esa dictadura no va a acabar nunca?

—No, eso depende de ustedes. Me refiero a otra cosa: ustedes tienen un país que no les va a quitar nadie. Un territorio. Es duro el exilio, pero mucho menos cuando la conquista del retorno se sustenta en un suelo, unas montañas, valles y playas. Nosotros, en cambio, luchamos por una patria a la que le han arrebatado el suelo.

Me quedo atónita. Jamás había pensado en esto. No había unido la relación patria-tierra. Es espantoso. A todos estos amigos míos les han arrebatado su tierra...

Suena el komboloi.

—Por eso —dice el anciano— seguiremos, hasta recuperarla...

Llegan los demás. Hay un ambiente especial. Cierta solemnidad. Hago los honores, pero me retiro temprano. Se nota que ellos quieren hablar en su lengua.

Mis alumnos me invitan a un paseo a orillas del río. Andamos en bote y recorremos un bosque de paz. Siempre he admirado a la gente de estos países: conocen cada nombre de cada árbol, cada matita silvestre. Hay un vínculo con la tierra que nosotros no tenemos. Esto se nota también en la literatura, con extensas descripciones del paisaje y de cada elemento de la naturaleza. Un vínculo mágico con toda brizna de hierba, con cada terrón...

Encuentro un hongo precioso, verdadera ilustración de un cuento de hadas. Es rojo, húmedo, como sujetando el rocío. Lo arranco y observo con deleite. Una muchacha grita espantada. Todos me rodean: eso contiene un veneno mortal. Empiezo a asustarme. No me dejan tocar nada. Me envuelven las manos con pañuelos después que me las lavo en el río. No cojas nunca hongos, dicen. Si quieres comerlos, cómpralos en el mercado, los campesinos los conocen bien.

Llego al departamento y me encuentro con la cama llena de flores. Con rosas rojas dibujada la palabra amor en castellano. La bola azul aplasta un formulario de telegrama escrito a máquina:

“Mi vida, sólo a ti puedo confiar el único regalo que tuve. Y confiarte lo que más amo: tú misma. Soy para ti lo que siempre seré: el que ama la libertad, que ama la humanidad. Sólo con lucha y amor sin tregua vamos a mudar este mundo cruel por otro sin barreras ni fronteras. Un mundo de amor y paz. Justo. Libre. Z”.

Me quedo en blanco. Aquí. Sentada. Releyendo este formulario, esta despedida. Beso las flores una a una y las meto en un frasco. Tú las tocaste, Zlato. Acaricio la bola facetada. Me has encomendado el único juguete que tuviste...

Descubro que no tengo ni una foto tuya, Zlato, ni un objeto tuyo. Ni un libro. No conozco tu letra. ¡No sé tu nombre! Nada. Sólo el eco de tu algarabía. Un rumor. Un aura.

No podía ser de otro modo. Tampoco sacaría nada con averiguar tu destino.

Nunca más vuelvo a ver a tus amigos.

Seguir adelante. Trabajar. No perder la fe. Ni la esperanza. Cualquiera día vuelves. Seguro que cuando menos lo piense, abriré la puerta y te sorprenderé echado en el sofá o tirado en la alfombra, absorto en tus papeles...

Transcurre la vida. Evito pasar ante el Jardín Botánico donde veníamos a pasear. Es inútil. Si toda la ciudad la recorrimos juntos. No hay nada que sea ajeno a los días compartidos.

Las flores se han secado en la redoma. Cojo un pétalo y se quiebra entre mis dedos.

Me llega una invitación del Centro de la Juventud. Jornadas de solidaridad con los países que luchan por su liberación. Antes hubo otras, Zlato, y tú te luciste cuando faltó el intérprete en castellano, traduciendo nuestro discurso...

Asamblea solemne. Intervenciones en muchos idiomas, sucedidas de traducciones. Después, inauguración de una exposición en el amplio vestíbulo. Habla una directora de la Cruz Roja Internacional. Estoy deslumbrada por los focos de televisión. En seguida pasamos ante los paneles. Fotos y más fotos de hombres, mujeres, hasta niños. Desaparecidos. Escenas desgarradoras de tortura y muerte. Ciudades bombardeadas. Tumbas abiertas donde encontraron cementerios secretos. Todo el dolor de la tierra reflejado en rostros de madres que llevan escapularios con las fotos de sus hijos. Rostros congelados que claman por saber el paradero de sus deudos...

De repente, me quedo clavada. Sin aliento. La sonrisa audaz de Zlato, sus ojos burlones, el pelo alborotado. ¡Esa foto! Hay otras. Los conozco. Algunos fueron también del curso de idioma. No. No. No.

Se me acerca la señora de la Cruz Roja. No, no se dirige a mí, está hablándole a una delegación:

—Sí. Estos muchachos fueron becados en nuestro país. Son héroes. Mártires que cayeron por su patria...

Zlato, tú, mi cometa, te consumiste mientras dabas luz.

Dios. Dios. Y sigo de pie. Y puedo llevar este cuerpo hasta la calle y detener un vehículo y cruzar el centro de la ciudad. Llegar hasta mi edificio. Sacar la llave. Abrir la puerta. Entrar en este recinto que tú colmabas. Comprobar que no estás. Derrumbarme en la cama, no sin ver an-

tes la redoma llena de pétalos secos. Aullar como un lobo extraviado. Sin eco, mordiendo la almohada. Y el aullido rebota en el espejo y vuelve a mi oído para resurgir quebrado en sollozos.

Los Octavio me sacan de este dolor de muerte. Dolor sordo que debo amansar para dar el paso, para sacar el habla. Lo huelo en las sábanas, lo trago con el pan, me golpea los oídos como las cuentas de un rosario que juega con el tiempo.

Elvira me llama, afligida. Acudo. Me pide quedarme con las niñas. El hermano de Juan está muy grave. Tienen que partir. Pero se desencadenan las desgracias. No autorizan a Juan para pisar su tierra. Elvira se va sola. Antes de dos días llama para avisar la muerte de su cuñado. Juan se derrumba. Ese hombre recio llora repitiendo: no vale la pena vivir si te matan todo lo que quieres. ¿Por qué él y no yo? No voy a ver nunca más a quien me salvó. Por qué estoy vivo si mataron a mis colegas, a mis alumnos, hasta el médico de las niñas...

Está desesperado. Las niñas andan como sombras, ya no juegan. Comienzan a reír y se asustan. Ruego que Elvira llegue pronto. Juan no lee, no come, no trabaja. La casa está abandonada. Llamo a Rade, a ver si se le ocurre algo para sacar a este hombre de tanto desespero... Pero nunca falta lo irracional. La dueña del departamento que alquilan los Octavio, pide el desalojo de la noche a la mañana. Tienen que mudarse ya. Ahora veo a Juan sumido no sólo en el duelo sino en la grotesca trampa de la búsqueda de la casa y la preparación de la mudanza. No tiene idea de nada, porque Elvira es maga para resolver todos los problemas domésticos... Por fin Juan halla una casa. Acarrea todo de cualquier manera.

Se me quedará grabado por mucho tiempo ese cuadro: Juan con sus hijas, en un salón con el piano en el medio, desamparados. Por fin llega Elvira a ordenar y consolar.

Me acomete un solo impulso. Volver. Este país no

me pertenece. Todo el bienestar que aquí pueda tener es prestado, nada hice por ganarlo. Debo partir. Nunca podré escribir si aquí me quedo. Aprenderé un vocabulario como para leer apenas los periódicos y conversar con los amigos en un lenguaje primario. No puedo estar siempre abusando de la buena voluntad de Rade para que traduzca algún cuento mío y gestione su publicación en alguna revista o suplemento.

Escribo a mi hermana. Tiene que echarme una mano. Comprenderá sin muchas explicaciones. Nunca me apoyé en ella ni la abrumé con mis problemas. Por otra parte, ella los ha sufrido y muy graves. Su marido estuvo preso más tiempo que el mío. Les mataron a su única hija.

Vacilo mucho antes de pedirles ayuda. Que me consigan la visa para irme donde ellos están. Yo viviré allí una temporada, lo suficiente como para trabajar y preparar la vuelta al paisito...

La respuesta no se hace esperar. Cálida, afectuosa. No sólo visa, sino también pasaje.

Nos salvamos de los Cíclopes
y nuestro anhelo de llegar un día a Itaca
reavivó mil veces el rescoldo
de nuestra alma, que poco a poco se enfriaba.

León Kukulas: *Pequeña Odisea*

Vengo tan cansada del largo viaje. Me pesan las botas de fieltro. El sudor me brota por las orejas y el cuello y se me escurre entre los pechos. Cargada de bultos y atontamiento. Olvidé poner unos zapatos en la bolsa de mano. Me parece pisar sobre brasas. Tampoco puse un vestido más fresco. Atmósfera húmeda, caliente, esponjosa. Casi me provoca alborozo. No me puedo convencer de que ya no estoy pisando nieve. Aquí, toda vestida de lana, arras-trando el pesado abrigo de piel, me detengo ante la cinta sinfín aguardando las maletas. Miro a mi alrededor tratando de calmar la inquietud. ¿Y si nadie me está esperando? Ya termina el trámite aduanero cuando los diviso tras la inmensa mampara de cristal. Sara alza los brazos. Veo moverse sus labios. De Guido, mi cuñado, sólo diviso la cabeza encanecida. Por fin salgo. Los abrazo como si me estuviera ahogando. Qué felicidad. Tantos años sin verlos. Mi hermana se está pareciendo asombrosamente a nuestra madre. Nunca había notado antes esta semejanza. Les hallo algo de borroniento, como acuarela en papel muy mojado. Acaso ellos me encuentran tan cambiada, tan trajinada por el tiempo como los veo yo. Me zumban aún los motores en los oídos.

No sé de qué hablamos en el trayecto. Tanta pregunta. ¿Va uno a largar así no más todo lo acumulado? Unos cerros con muchas luces. Después, unos edificios enormes los van tapando... Otra ciudad para descubrir. ¿Se me irá dando hasta que yo la sienta muy mía? Las ciudades son como la gente: cuando se las deja, ya forman parte de uno para siempre... Descendemos del vehículo y entramos en una residencia imponente. Un departamento de película en el último piso. Me llama la atención el tapiz verde musgo que cubre pisos, ciellorraso y muros. Contraste con la madera clara de los muebles. Mesas de cristal suspendido en cromados tubos. Todo respira elegancia y bienestar. Elogio la belleza y frescor del ambiente. Sara suspira: "Sí, muy bonito, pero no como en mi casa". Río: niña, si ésta es tu casa. Y no puedo menos que recordar cómo nos reñían nuestros maridos cuando, recién casadas, nos

referíamos al hogar materno como “mi casa”. Me ofrecen trago, comida. Nada. Sólo quiero un tecito. Sin esencia de bergamota ni pétalos de rosa o jazmín o sutil ahumado. Sólo té rojo, oloroso, cargado... Una velada de atropelladas palabras e impresiones desordenadas. Falseamiento inevitable de las vivencias que conforman tan ancha laguna de vida. Un tanteo cuidadoso para no tocar heridas ni reparar en las cicatrices...

Caigo como costal a la cama. Sumida en un vértigo de luces, estrépito de motores, imágenes caleidoscópicas... Despierto trascordada. ¿Dónde estoy? No es éste mi balcón. ¿Dónde está el nido de la torcaza que vimos empollar? ¿Y la cinta plateada del Danubio alterada por siluetas de fábricas y chimeneas? Tampoco el sendero por donde te veía avanzar como tigre cauteloso. Ni los altaneros pinos rutilantes de nieve... Tras la ventana, una cortina de bambúes enanos. Al fondo, un cerro macizo, de verdores cambiantes. Tanto tiempo que no veía un cerro tan grande, como desgajado de esa columna vertebral andina: “la mano derecha indicando la cordillera; el mar hacia la izquierda y el norte al frente; a la espalda, el sur. No olvidar, haciendo la señal de la Santa Cruz con la cordillera al lado, sabrán siempre los puntos cardinales, el norte en la frente, no olvidarse”. Lección de geografía en una remota aula de la infancia aún más remota. Hasta la rosa de los vientos nos falló... Viene mi hermana y me lleva a la terraza. Penden de los muros trozos de palo de monte desbordados de parásitas. Y qué parásitas, orquídeas sólo vistas antes en urnitas transparentes aquí se me ofrecen con impúdica belleza. Voy descubriendo que sólo las plantas son de acá. Mantas y ponchos traídos de allá extienden su cálida textura sobre camas y divanes. Gredas y cestería de allá. En los muros, inmensas fotos de volcanes nevados reflejándose en un lago. Siento como una cuchillada en los riñones: multiplicado el rostro de mi sobrina. Ahí, chiquita, de la mano de su padre. Primer día de escuela, en el pelo gran moño de cinta. Sentada sobre una roca con el cuerpecito núbil apretado por el

traje de baño. Radiosa y coqueta junto a un chico de su edad. Verano de trabajos voluntarios, alza la mano con enorme guante protector, se le escapan los rulos por debajo del casco, rodeada de chiquillos. Sobre el tapiz verde musgo su juventud congelada. Hablamos de todo, niña, menos de ti que nos invades con tu presencia. Tampoco nos referimos a los motivos que hasta aquí nos trajeron, pero a ratos nos pesa algo imposible de orear, opresivo, casi tangible, este estar envueltos en un allá inventado (el allá es único, inconfundible, exclusivo, excluyente, clave y fórmula iniciática). Sara me consiente, afanosa de satisfacer hasta gustos de los que ni me acuerdo. El cambio de huso horario me tiene algo aplastada. Acostumbrarse a este calor tan sabroso, a la luminosidad empalidecedora de las sombras, a la gama de verdes fulgurantes. Y el oído acusa el goce de reconocer el idioma en todo momento. Salgo a la calle y me detengo a escuchar a la gente, a captar matices y tonalidades. Calor, color, sonido me avasallan y difuminan mi ciudad blanca montada en suaves colinas. En alguna de sus anchas veredas se pierde una sombra... Un coro de leones hambrientos me asalta si abro las ventanas, o artificio de rugido marino: bramido de motores que no amaina ni en las noches. Ardor de los ojos y la garganta. Narices sofocadas. Recomendaciones paralizantes: no se puede salir de noche, cuidado con la cartera, ni pensar en caminatas al atardecer... Quiero que me cuenten de acá. No hay caso. Siempre terminan por refugiarse en su casa, su patio, su parrón de allá. Bien. Trataré de aprender a ser de acá. Sara ha dispuesto todo para que me quede a vivir con ellos, pero no acepto. Alquilo un cuarto (no sé aún que esta será una peregrinación incessante, desgastadora, condenada a no tener mi propio espacio, perderé la correspondencia, los vínculos, errando de una urbanización a otra, de un barrio a otro, conociendo a mis semejantes en aspectos inéditos)... Un año nuevo tan extraño, como un sueño que no alcanza a ser pesadilla. Sara ha invitado a mucha gente, toda de allá. A las once de la noche, abrazos, brindis, el himno nacional de

allá y un llanterío peor que en un velorio. Una hora después, el zumbido de cohetes, el estallido atronador de los tumbarranchos, lluvia de fuegos artificiales, brindis y abrazos por el año nuevo de acá. Y de hora en hora otros brindis, otros abrazos, otros llantos. Por un hijo en Canberra, un hermano en Rejkiavik, otro en Odesa, los nietos en Montreal. ¿A qué hora habrá sido el año nuevo en Maputo? Borracho el globo terráqueo, trastocados todos los relojes. No pensar, no pensar.

He conseguido colaborar para una revista. Esas páginas culturales me imponen una disciplina que me hace mucho bien. Leo, leo, aprendo de acá. Voy a teatros, museos, galerías. Empiezo a tener amigos de acá. Me abren sus casas y sus talleres de trabajo. Velia y Gabriel. María Auxiliadora, con ellos se inicia un diálogo fecundo. Conozco a sus hijos. ¿Cómo no amar a los Denziles? El recibe un premio y me invita a la casa de los amigos donde se celebra la fiesta, me reciben como si fuera una pariente... Pero no logro contagiar mi entusiasmo a los de allá... Subo al carrito para un largo recorrido. Voy a pagar y descubro que no traje el monedero. Qué hago. Humillada, se lo digo al chofer. ¿Y cuál es el rollo, chica, te estoy diciendo algo acaso? Señor, no le puedo pagar. ¿Y cuál es el problema? Dos o tres personas tienden las monedas. El chofer no acepta y se despide galano... Le pregunto a un conterráneo arquitecto si allá le dijo alguna vez 'señor' a un chofer o a un operario. Me mira pensativo: no me acuerdo. ¿Pero cómo les decías a tus trabajadores? Mire, hombre, acaso. O maestro... Y me voy acostumbrando al tuteo de jóvenes y viejos que al principio me sulfuraba.

No me canso del verdor. Esos delicados gomeros que criábamos con tanto cuidado como si fueran sietemesinos, aquí son más poderosos que los baobabs del planeta del principito. Los filodendros se encaraman desaforados por los troncos. A una conocida le hablo de este portento y me dice con desdén: vas a llorar por los inviernos, a clamar por los otoños, tendrás verde hasta sentir asco... Nos

estamos poniendo malignos. Me duele y no cejo en el afán de comunicarme con todos.

Un amigo de allá, enfermo. Le hablo por teléfono. Lo noto animoso, pero me entristece el cansancio de su voz. Me cuenta que tiene carta para mí y pide disculpas por haberla abierto. No puedo evitar un malestar: tercera vez que se equivoca. Salgo de la oficina donde soy telefonista, secretaria archivera y redactora. Mis huesos disfrutan con el calorcito negado por el frío aire de los edificios modernos. La dulce sensación de desentumecerse, a poco andar se va transformando en cansancio redoblado, como la puna. Así es el sol del valle. Será por eso que las mujeres hablan como quejándose, con un lamento muy suave y cansino. Y caminan airoosas, pero con desgano, como reinas sujetando chancletas. Un cimbreo peculiar, debe ser el sol que las avasalla... Sigo caminando, compro una guanábana y la disfruto, sin darme cuenta de que estoy buscando un perdido sabor. Me quedan las manos pegajosas. Cada día busco una fruta distinta: mangos de pulpas mantecosas que disfrazan todos los aromas de todas las frutas imaginables; parchitas con semillas aromáticas envueltas en membranas; zapote de áspera corteza ocre para encubrir en llama envolvente una lujuriosa semilla azabache; lechosas descomunales con pepitas como monstruoso caviar ajengibrado, huevecillos o gérmenes casi fisiológicos; nísperos casi con el mismo sabor de nuestras lúcumas (ya estoy cayendo en el vicio de andar comparando con el allá). ¿Por qué será que tras el sabor de estas frutas hallo un imperceptible regusto a putrefacción? Algo sutil, indefinible, no alcanza a repugnar, pero es imposible no asociarlo con una calidad que se impone desafiante a ciertas horas como el morbo ciudadano... Por fin llego al edificio. Me anuncio por el intercomunicador. Se abre la verja. Espero ante una mampara con tres o cuatro cerrojos. Desciende la esposa del convaleciente. Muy seria. Su voz, tan de allá, de un sector de gente de allá: arrastrado rápido, relajación final, a veces aspirada, corte brusco de la frase. No me invita a pasar. Me entrega la carta y cierra la mampara. El

gusto de recibir nuevas de alguien querido opaca toda prevención. Me siento en la escalinata a leer. Me solicitan algo con urgencia. No sé en qué hora estoy: no reprimo el impulso y vuelvo a llamar. Ella desciende hermética. Entusiasmada, le cuento el contenido de la carta, acaso ellos podrían ayudar a conseguir lo solicitado.

—No creo.

—Pero tu marido debe saber.

—No-te-imagines-tú-que-por-un-problema-tuyo-le-voy a-interrumpir-la-siesta-yo.

—Perdona. No se me ocurriría tal cosa, pero si le pudieras consultar más tarde...

—Puedes recurrir a Pedro, Juan o Diego. A mí no me molestes. Ya sé lo conflictiva que eres.

—Pero qué conflicto. Si te molesté antes, podrías habérmelo dicho en su oportunidad...

Me interrumpe furiosa, acelerada. Los ojos brillantes resaltan en las ojeras. Pálido y deformado el rostro trágico. Salpica saliva. Espuma en las comisuras. Ni he iniciado una réplica cuando me cierra la puerta en lo que se llaman las narices. Ahí, en el vidrio de la mampara reflejándose mi cara atónita, gafa completa. Como una mendiga que pidió pan a destiempo. Sin entender. Tal vez su angustia por él. Reacción instintiva de apropiarse del marido débil, por fin el hijuelo que depende de una. O la interrumpí en su reposo, cierto, tenía puestos los rúleros. Todo es comprensible, menos su malevolencia, esa extraña acumulación de inquina. ¡Si no me ha visto más de cinco veces en mi vida! Me ha hablado de sus lecturas con petulancia, como deseosa de que yo la admirara. Pero qué le hice. Por qué. Dios, permite que me caiga muerta antes de volver donde ella... ¿Qué nos está pasando? ¿Seré yo la quisquillosa? Dentro de este ghetto que nos obstinamos en mantener, todos somos esferas que se rozan y mantienen suspendidas, pero infusibles... No, no le contaré nada de esto a Sara. Sobre todo, no adoptar la actitud de víctima, no cargar a nadie con el peso de los fracasos. Llegaré a su casa, le hablaré de algo entretenido, anécdotas, recuerdos de

mis viajes. Trataré de distraerla, de entusiasmarla con algo. Travesaremos un poco. A la hora de la cena, Guido se burlará de nuestro parloteo. Discutiremos. No quiero enturbiarle el ánimo con mis pesares. No sé cómo Sara es capaz de tanta dulzura después de haber sufrido tanto. Alquimista loca, anda buscando la fórmula para transmutar este tiempo en el irrecuperable. Se las ingenia para descubrir el grano o condimento que le permita repetir los antiguos sabores. Nunca queda satisfecha. Rezonga. Siempre encuentra que le falta algo: no logra la sazón de allá... Trato de sacarla del cerco de la añoranza tácita, persistente, de un país que no existe, al que se aferra. La belleza y juventud estáticas de mi sobrina nos atisban desde diversos ángulos. La ubicuidad de la pequeña vigía parece exigirnos algo: no olvidar su muerte, todas las muertes. Sarita era la dicha de la familia, la consentida de quienes no teníamos hijos... Todo se me confunde. No consigo recuperar esos días cuando la buscábamos a ella, a su padre, a Mauro. Fue la primera que hallamos. Roto su cuerpito... Qué hacer para no caer en esta neurastenia, en la red de muerte y recuerdo... Encuentro unos naipes. Asociados con antiguos juegos, veladas de invierno. Me nace el capricho de pedirle a Sara que me saque la suerte. Muy seca, me dice que ha prometido no volver a echar las cartas: "me anunciaron la muerte de la niña". Lloro con ese llanto mudo que tanto me angustia. La abrazo, atormentada por no haber sabido hasta ahora hallar la palabra de consuelo. Para distraerla, insisto: si es un juego, Sara, no te pongas así. Baraja maquinalmente. Me pregunta, severa, si creo. Me río: "hay cosas en este mundo, Horacio, que escapan a nuestro entendimiento". Me hace alzar. Con esa sombría calma suya va disponiendo las cartas. Viajes. Nada de dinero. No debo traicionar el propósito que persigo. Amor muy cercano, algo maravilloso. Le digo que su 'vaticinio' es retrospectivo. Muy concentrada, observa el tarot. Echa más cartas. De pronto exclama: qué lindo, cama florida... Siento un dolor que me aprieta por dentro. Basta de juegos. Me despido con cualquier

pretexto. Salgo temblorosa, pensando en esa cama llena de flores formando una palabra.

Voy a pasar unos días negros. Tanto desgano. Pena de allá. Pero Sara y Guido vienen a buscarme. Nunca los había invitado a mi pieza. Comentan que es bien cómoda. Encuentran todo bonito. Será por consolarme. Me tienen una sorpresa. Hoy vamos a ir a una recepción. Yo no quiero, pero Sara está como no la veía hace mucho, entusiasmada. Vamos a casa de ellos. Se arregla con esmero. Me pide que la maquille. Le pinto los ojos, la peino. Siempre me gustó peinarla. Luce animada, alegre. Me pone de su perfume sin regateo. Pero me siento sin ganas. Ajena.

Me levanto desnuda a buscar agua. Sara está ahí, la mirada perdida, pero tensa, acechante, con esa impasibilidad del sufrimiento extremo. Ahí, de pie en el umbral de la sala. No me siente llegar. Me acerco y le beso la mejilla fría. Me abraza sin cambiar de expresión. Me quejo del dolor de cabeza y voy a la cocina. Me sigue, me tiende un vaso y una pastilla. Sale. Siento que cierra la puerta de su dormitorio. Regreso al mío y le digo a Guido que vuelva donde ella. Trato de dormir, pero el dolor me bate las sienes. Me quedo traspuesta, tratando de apaciguar, de amansar este dolor lancinante. La luz se cuele por la trama de la cortina y me pesa en los párpados. Desisto. Me voy a duchar. Comienzo a vestirme. En eso entra Sara. Solícita, me ofrece la bebida. Cree verme recelosa y explica: es limonada. Con insistencia me pide quedarme. Vamos a ir a la playa. No hace caso a mi malestar. Quiere darme desayuno. Conversamos como si nada hubiera sucedido. Nos vamos de paseo, dice, si a ti te gusta tanto el mar. Y nosotros, egoístas, no te habíamos llevado, es un mar muy tranquilo, tibio, no como el de allá. Niego con la cabeza, la abrazo y salgo. Llamo a la puerta del escritorio. Echa a un lado los papeles, presuroso, se pone de pie. Me acompaña hasta la puerta. Me besa en la boca, pidiendo que vuelva ahora mismo. Desciendo, a sabiendas

de que nunca volveré.

Habíamos vuelto de la fiesta. Estaban tan contentos que me contagiaron. Como cada vez que se hace tarde, no me dejaron volver a mi pieza. Nos sentamos en el barcito. El ofreció el trago del estribo. Qué quieres. Sin pensar, dije champaña. ¡Vaya! ¿Qué celebramos? Sara fue a buscar tres copas. Brindamos. En ese preciso momento recordé. Un año justo. En un día como hoy fui a esa conmemoración solemne y recorrí la muestra fotográfica. Ahí estaba el retrato... Notaron mi cambio. Sara me acarició la cabeza y Guido llenó mi copa. Apoyé la frente en la barra. Al poco rato, Sara me llevó a su dormitorio. No había tendido su cama, le ayudé a tender las cobijas. Acuéstate con nosotros. Tontita, si no soy una niña. Me conmovió su insistencia. Me llevó al cuarto que siempre ocupó. Me ayudó a desvestirme. Trajo un camisón color pulpa de zapote intensamente perfumado. Un perfume pegajoso, dulzón. Un camisón lleno de vuelos y bordados. Le pregunté si estaba loca. Me ayudó a meterme en él. Sus ademanes me hicieron recordar esas tardes en que mamá salía y nos poníamos sus ropas, jugando a la reina con el rey, o a las visitas. Ella empezó a hablarme con un tono parsimonioso que precedía a la más imprevisible intensidad, pidiéndome que me acostara con su marido. Un deseo antiguo. No podía defraudarlo. Ha esperado tanto... Irreal. Pero esto no es un bochornoso sueño erótico. Tampoco una broma. Ahí, ella, con su patética seriedad, diciendo estar dispuesta a todo, con tal de complacerlo. Yo, tiesa, incapaz de pensar, de moverme, de hablar. Sara alejándose con impresionante lentitud en tanto él se acercaba. Una suerte de escamoteo. Y yo, como disfrazada dentro de esa camisa, peor que desnuda, envuelta en una nube de perfume irritante. Un abrazo, voces tiernas, caricia envolvente. Ajena, acercamiento mecánico, intentando hallar en esa calidez algo que perdí hace tiempo. Inútil. Yo, otra, inmune, extraña a contacto, voz, presencia, pero posesionada del papel que empecé a jugar al ponerme

el camisón capuchino. Pedirle que volviera donde ella. Mi cuerpo debatiéndose entre la pesada somnolencia y la náusea. Un dolor de cabeza en el que iba naufragando. La fatiga aposentada en la boca del estómago. Humedecimiento de la piel y breve, bienhechora, sensación de frescor en la frente. Revolverme y lanzar lejos el camisón. Guido, de vuelta. Al intento de aceptar las caricias, la oposición de sienes y estómago. Al anunciarse la arcada me levanté por un vaso de agua. Entonces la vi a ella.

Esto es lo que me tiene perpleja. Sé que su oído es muy fino. ¿Qué quería? ¿Qué esperaba? Salgo a la calle, vacilante. Por un momento me cuesta orientarme. Camino soportando a duras penas el peso de la luz. Afronto la hostilidad mañanera. Un empujón. Bocinazos. Atronadora estridencia de las motocicletas. Bolsas reventadas dejan escapar basura y fetidez. Bolsas color zapote. Una amalgama de polvo y humareda esfuma el cerro. Por fin llego a mi cuarto. Dormir. Dormir. No pensar. Me pongo tapones en los oídos, una venda en los ojos. Cuando se acerca el sueño, se produce el espasmo de todos los músculos, calambre que lo avienta. Vuelve a aparecérseme la faz de Sara. No consigo imaginarla en otros momentos: llorando, riendo, disgustada. No. Sólo ese instante de dolor petrificado, tenso el oído. No puedo hacerme a la idea de que todo esto lo haya urdido como esos tejidos interminables que hace con lana de allá: chalinas, chombas, pasamontañas, para reembolsarlos. Siento algo peor que la angustia: no entender nada. Recorro a un sedante. Demoraré aún en caer en un sueño pesado, espeso, que tendrá el poder de hacerme saltar este día.

La ciudad que sólo existe en mis sueños, a la que llego siempre, tiene una universidad con cúpulas y soleras de cristal. Ayer hice un trabajo de secretaría para uno de sus docentes. No recuerdo su rostro. Se hizo de noche y le conté que no tenía dónde dormir. Me permitió quedarme en su oficina. Me dormí muy feliz y ni supe como

llegó la mañana. Pronto llegaron él y otros personajes. Salí de ese despacho y busqué un baño. Tenía impaciencia por lavarme la cara. Llegué a un tocador inmenso, lujoso. Terciopelos y brocados tapizaban muros y muebles. Lámparas de baccarat, espejos venecianos. Todo bello, pero dañado a trechos, ningún artefacto en buenas condiciones. Yo admiraba el parquet y pensaba que mi casa, con patio y todo, cabía en ese recinto. Pregunté a la encargada dónde habría una poceta en buen estado y me autorizó para entrar en su pieza. Esta era un pabellón con muchas camas. Aproveché para sacarme unas chombas y meterlas en la bolsa, cambiarme medias, unas medias finas, delicadas, que me costaba mucho sacar, como si mis manos se enredaran en la suave y casi invisible malla. En esto, traían a una enferma anestesiada. Yo comencé a peinarme mi cabello de hermosos reflejos metálicos, un bello tono de yerba mate daba un matiz especial a mis canas. Comprobaba que esa era la tonalidad exacta para que lucieran bien sin teñírmelas. Se me acercó una mujer joven, malencarada, y comenzó a reñirme. Me advertía: yo era una allegada, una extranjera, una recostada, yo debía abandonar esa sala. Comenzó por preguntarme qué me parecía el edificio de la universidad. Le respondí con gusto: armonioso y sólido al mismo tiempo, me gustan esas maderas veteadas de los zócalos y artesonados. Pero la mujer se iba enfureciendo. Repetía: todo lo que era de allí, la universidad y el país entero yo lo menospreciaba. No le entendía, pues consideraba todo mío y me sentía parte de esto. Trataba de explicarle, pero ella no entendía razones. Salí muy triste con mi cartera y el bolso de ropa. Sabía de un largo y enrevesado pasillo que comunica con la escuela de medicina (ese pasillo subterráneo también lo he visto en otros sueños, al igual que la entrada de la escuela en un edificio ancho, chato, de otro estilo, anexo muy concurrido por los estudiantes; en los jardines veo a una señora que pasea a su crío en un cochecito).

Terminé saliendo por la entrada principal, doble, con dos puertas gemelas, formando ángulo, que dan a un solo

vestíbulo con piso de mármol. Bajé la escalinata y caminé hasta el pequeño bar donde he estado antes. Pero no podía con mi tristeza, dispuesta a volver donde el docente y pedirle algún trabajo. Su despacho da a un espacioso corredor que bordea el patio lleno de árboles. Ahí está el salón siempre cerrado. Es una galería de arte, con una escalera de caracol por la cual se sube hasta la cúpula de vitrales bordeada de barandas de bronce, con una puertecita secreta, la de los valiosos archivos. Pero no regresé. Seguí hasta el parquecito que lleva a la iglesia de piedra, con algo de aromático. Esta es la iglesia cercana a la plaza con la escultura como pirámide... Un campanilleo va penetrando los algodones de mis orejas. Algo tengo que hacer en la plaza. Despierto. Es la plaza que soñé con Zlato. Retiro la venda. Luz de mañana. Es Guido que está llamando. Un 'cómo estás' más atento que la fórmula habitual. Le respondo repitiendo lo mismo. Estamos bien, contentos, por todo, ¿y tú? ¿Bien, bien? ¿Sin vergüenza? Te estamos esperando. Debo ir enseguida. Amable, seguro que no hay motivo para sentir vergüenza... Me van a seguir llamando con insistencia. Sara se torna posesiva. Se molesta cuando le digo que tengo un trabajo extraordinario. Es imperiosa, compulsiva. Esta Sara yo no la conocía. Exigente, como si yo dependiera de ella. Esto me subleva. Le advierto que se quedará esperando.

Ser de un país no es reunir las impresiones de un turista. Es vivirlo día a día con venturas y desventuras. Empezar a vibrar con lo que gusta, duele o indigna a sus habitantes. Es ser como éstos, pero no ser ellos, pues una invisible mampara impide el avance. Es rutina de trabajo con un deslizarse del tiempo como más acelerado por la ausencia de estaciones: ¿cómo, ya empezó diciembre? Vivo, trabajo, cumplo. He descubierto que me gusta estar sola. Puedo pasar días y días sin ver a nadie, sin hablar con nadie. Rechazo invitaciones. Leo mucho, escribo. Se me hace duro salir. Es cierto que cuando estoy en compañía me regocijo. Hasta me desbordo, como acaparando para mi

tiempo habitual. Tengo lo indispensable. Estoy aquí, pero siempre a la espera. Voy incubando una sola decisión: volver. Como sea. A lo que sea.

Entretanto, vivo con Paz. Nunca hubo nombre más perfecto para una mujer tan clara. Es de las que se despierta cantando. Su única meta en la vida es el teatro. Con su compañía ha recorrido este país de punta a cabo. Suele ser Paz quien me entusiasme para salir: ya niña, basta de encierro. Se pone uno de sus chales de malla, su vestido de gitana y partimos a un café. Al rato hay un montón de amigas. Todas de allá, por supuesto. De pronto Paz dice: no me gustan estas reuniones de mujeres solas, no acepto segregaciones de ninguna clase. A coro preguntan todas: ¿y dónde están los hombres? Misterio. Empezamos a sacar cuentas. Habrá tantos hombres solos como mujeres solas. Otra se lamenta que ya hizo sus cálculos, son muy pocos los solos de allá. Esta manía de allá me fastidia. Le pregunto: ¿y por qué no te acercas a uno de acá? Me mira con espanto: “¿De acá? ¿Estás enferma de la mente? No me gustan los negros...” Me da tal ira. Enmudezco. Me levanto y regreso sola a casa. Conque esto somos. Claro. Los ingleses de América Latina. Siento una furia que me endiaba. Nos ganamos las infamias, los exilios, las muertes. Bien conquistadas... Esto es un desafío. Llamo a Nicel: quiero salir contigo.

Al poco rato aparece este gigante africano, callado como siempre. Le pido que me lleve adonde él quiera. Mudo, conduce un auto larguísimo, como de pompas fúnebres. Damos vueltas por la ciudad, es tan hermoso el valle de noche. Sigue por una carretera. Llegamos a un motel. Aquí voy con este hombre que me ha invitado tantas veces sin que yo lo aceptara jamás. Me habré mudado unas ocho veces de cuarto y él siempre se las arregla para saber mi nuevo teléfono. Que sala de baile, restaurante o playa. Sin saber nunca si con esa seriedad se estaba burlando de mí. A cualquier hora se producía la llamada. Saludo. Silencio. Breve invitación. Silencio. Insistencia... Un estilo invariable. Sorprendente escasez de palabras,

interrumpida por alguna frase como sacada de algún bole-ro que me ataja la risa y me deja perpleja. La hinchazón de la vena que cruza su sien es preámbulo de la sonrisa abierta en un lento despliegue del labio superior, como si estuviera pugnando por no llorar. Algo que me ha causado siempre una emoción parecida a la piedad. ¿Por qué dirá cosas como “luz de alba”, “ahora el día se puso más bonito” cuando me ve? Un hombre tan grande, con una corpada de cargador de muelles y esa cabeza con canas que relumbran en las motas negroazuladas. Me gusta tanto esa voz bronca, de timbre profundo y tonalidades cálidas. Esta voz sí que no es de allá.

Nos desnudamos y lo abrazo con fuerza. Lo acaricio como si estuviera colmando una fosa de siglos. Si las caricias fueran lluvia, habría fertilizado todos los desiertos del mundo. Hundo mis dedos en los apretados rizos de invulnerable metal. Palpo esos músculos elásticos, resbaladizos, esquivos como los de un nadador. Mis palmas tocan fulgor de topacio desde la secreta brasa de la piel, tan suave para envolver esa firme perfección. Tras el convencional paraván de ámbar gris, almizcle y sándalo o de las siete esencias para favorecer en el amor, los caballos, la lotería, la autopista, contra el mal de ojo, malandrines y balas fugaces, saboreo fresco jengibre, azafrán, semilla de lechosa. Mis ojos naufragan en la aromosa vainilla de los párpados. De esas cápsulas de orquídea brotan las pestañas crespas azuleando sombra extraviada en la piel ajena a todo reflejo. Grano de café, el sol te miró fascinado, sin darse cuenta cómo te torraba...

En un amanecer de tambores enrumbamos al litoral. Aquí tiene que haber estado el paraíso. Me da pena percibir que estoy descubriendo el más bello país sólo para abandonarlo... Las palmeras están a punto de hundirse en la playa. Nicel quiere llevarme a su pueblo natal. Llegamos en un mediodía caliente. Se detiene en un puesto y baja para comprar unos cocos. Sonríe silencioso mientras succiono ese líquido refrescante, dulzón, con un cierto resabio salobre. Recorremos este pueblo de una sola calle.

Nada más gente afra. Viejos y jóvenes sentados en banquetas al lado afuera de la puerta. Radios en todas partes. Los cuerpos reposan con desgano. Pero a poco noto un movimiento imperceptible. Hombros, piernas, cinturas se mueven sutiles al compás de la música. Los dedos buscan algo en qué tamborilear y las yemas acarician el aire... Seguimos por otra ruta de ensueño. Llegamos a una ciudad caliente y húmeda. De la misma tierra parece surgir ese vaho capaz de sofocar todo reverbero. Entramos en la penumbra fresca de un local en cuanto cae la noche, de golpe, densa, sin crepúsculo, caliente y oscura. Una algazara tremenda. No hay quien no tamborilee, con los dedos, anillos, vasos, algún cubierto, en la mesa, la barra, hasta en los brazos de los asientos. Nicel no tamborilea, pero su cuerpo sigue el ritmo, acción involuntaria e inevitable como el respirar o el fluir de la sangre. Bailamos y descubro el misterio de este rito contagioso que nace de la pelvis y cimbra la cintura. Todo el cuerpo instrumento para la danza sagrada, oración, ofrenda, delirio, entrega. En la penumbra destellan sus ojos, sus dientes y la pesada cadena de oro que rodea su cuello. Bailo como en los sueños, liberada, sin apoyo, metida dentro de la música, su instrumento...

Nicel se da. Su infancia, su madre, su trabajo, sus anhelos. Más que las palabras, es la rica entonación la que me embriaga. Me quedaría horas, días, envuelta en la humedad tibia oyendo esa voz. Pero en mala hora se me ocurre, sin pensarlo, hacerle una pregunta: ¿cuántos hijos tienes? Y él, con sonrisa orgullosa, responde: quince. Unas campanillas me van sacando del sortilegio. Tu mujer es una heroína ¡criar quince hijos! Nicel, tan tranquilo, responde gozoso: mi mujer sólo tiene cuatro, los demás están regados.

Y la moralista, la defensora de los derechos de la mujer, pugna por no hablar con furia, se contiene. Nicel dice con orgullo redoblado: mi padre tuvo veintiocho...

La voz de tan bellas sonoridades, la sonrisa triste, los ojos renegridos, la piel de papelón, canela, pimienta, cla-

vos de olor, las muñecas y manos tan finas, con esa extraña palidez en las palmas, donde los surcos son casi violetas, son los mismos. El no ha cambiado. Pero algo cambió dentro de mí. Una furia antigua. No. No es contra ti, Nicel, pero podría manifestarse contra ti. ¿Qué derecho tengo para juzgarte a ti y a tu padre y a todos los hombres como ustedes?

Llega el camarero. Me muero por tomarme un trago doble, triple, pero sólo pido agua fría. Nicel me ofrece todos los manjares. Levanta mi barbilla, rodea mi cara con sus manos. Le pido me lleve de vuelta. Para no parecer amurrada, hablo todo el camino, hasta por los codos. Me deja en la puerta de mi casa. Esquivo el abrazo.

Va a seguir llamándome. Me niego a verlo. No puedo. Es una fuerza feroz la que me provoca el rechazo. Sería inútil explicarlo. Es todo, hasta yo misma. Menos su cuerpo moreno.

Esta mañana me llamó Sara, con voz dolida: hermana ingrata que no vienes a vernos, sabes como estoy de sola, he llorado tanto... ¿No te acuerdas qué día es hoy? Otro aniversario de la muerte de papá. La consuelo, la animo, le prometo ir a verla un día de éstos. Después me quedo entre atontada y furiosa. Por la cresta. Estoy agobiada de problemas, de angustia. Lo único que faltaba para liquidarme la moral, acordarme de papá. Sara y su manía de las efemérides...

No me convenzo de que él haya vivido menos que yo. Esto de que mi padre sea menor es tan absurdo. Como si el tiempo lábil nos hubiera hecho una zancadilla convirtiendo en realidad aquel juego de infancia: papá, cuando yo sea grande y tú seas pequeñito, te compraré todos los juguetes, todos los dulces que tú quieras... Juego mágico, ingenua fórmula para transferir un deseo, un capricho.

Nunca he vuelto a ver a ese joven señor de ropa gris, sombrero ladeado y ojos muy azules, tanto que en las destañadas fotos cuesta diferenciarlos del rostro... Pobre papá, tú y tus ojos, iguales a los de tu madre. Qué desatino

cometió ella al decirle a tu mujer, cuando nací: si tiene ojos azules, es nieta mía. Tuviste que elegir entre los ojos azules y los ojos negros. Qué ridiculez, padre. Me acuerdo cuando me llevabas esas tardes de domingo a ver a la abuelita. Una complicidad tácita nos impedía comentar esas visitas... Por eso, no podía creer cuando al día siguiente de tu muerte, apareció esa señora toda de negro, sombrerito de paja brillante adornado con un velo que le tapaba la mitad de la cara. Bueno, tapar es un decir, pues los ojos claros refulgían tras la malla negra con motitas. Parecía sonreír en el umbral, sujetando la cartera con las dos manos. Pero lloraba quedito, mirando a mi madre. Las dos se miraban y las mismas lágrimas anegaban los ojos azules y los ojos negros, hasta fundirse, cuando se dieron el abrazo.

Aquella noche de invierno, mamá terminaba un trabajo para la visita del jueves, ésa que hacía ella sola, sin nosotros. Alguien golpea. Un señor con cara de afligido. Lo reconocemos. Es el portero del hospital. Ella dice con un hilo de voz: ¿murió? El afirma con la cabeza y le estrecha la mano. Hablan algo, él se retira. Ella nos abraza y explica que el papito ya no está. No le creo, pues el domingo anterior se hallaba muy animado y había prometido una casa bonita. Mamá replica con voz rara: la mejoría de la muerte. Nos pone los abrigos. Algo inimaginable. Primera vez que vamos a salir de noche sin papá. Cruzamos unas calles, tomamos un tranvía. Es tan linda la noche. Cómo brillan las vitrinas. En el vidrio del carro se condensa el vapor y se ven deformados los rayos de los focos, como arcoiris. Y pensar que el hermanito se quedó solo, dormido, también por primera vez. Llegamos a un verdadero palacio. La madre va muy decidida. Se da a conocer y el propio dueño de la fábrica donde trabajó papá la recibe. El caballero empieza a hablarle con muy amables palabras. Ella lo interrumpe con voz muy seca: no vengo a pedirle favores, sólo parte de lo que usted le debía, necesito comprar el cajón... Ni trato de entender, cohibida. Tomo de la mano a mi hermana y nos acerca-

mos un poquito a la chimenea, donde hay un jarrón más alto que nosotras. Todo azul, casi morado, brillante, con orejas doradas. En el medio, un redondel, una princesa con perrito, un príncipe con peluca. La princesa se está columpiando. Nos reímos despacito.

De vuelta, el hermanito sigue dormido. Mamá lo besa en el pelo. Nos echa a la cama. Nos acaricia la cabeza, pero mirando a otra parte. No nos atrevemos a decirle que olvidó darnos la comida... La mañana es de puras sorpresas. Yo no voy a ir a la escuela. Ella sale un rato. Vuelve toda de negro. Nos pone calcetines negros y cintas del mismo color en la manga de los abrigos. Subimos a un coche negro que rueda muy lento detrás de una carroza. Sara pregunta si puede irse junto al cochero, guiando los caballos. Pasamos por el centro, cruzamos unos puentes y desembocamos en una ancha avenida.

El cementerio tiene unos palacios en miniatura. También hay unas rejas como cunas. Muchas estatuas. Por las avenidas pasean los estudiantes leyendo en voz alta. El ataúd es arrastrado por una cureña. Lo llevan hasta un hoyo. Mamá nos pide echar un puñado de tierra cuando ya han bajado ese cajón negro y reluciente. La tierra sueña como lluvia. Ella también lanza un puñado.

Desde ahora empezaremos a ir todos los domingos al cementerio a poner flores y a arreglar la tumba. Después mamá nos lleva a recorrer la ciudad, con sorpresas como tomar cualquier tranvía o autobús y llegar a la parada final. O jugar en los columpios y balancines. Ir al cerro grande y llegar al zoológico o montar en funicular hasta la punta. También vamos a la Casa del Presidente y atravesamos sus patios. O al Congreso, con sus rejas siempre abiertas, se puede pasear por los jardines. Por fin nos lleva a un cerrito que nos gusta mucho, pero lo estaban arreglando y no se podía visitar. De lejos parece una fortaleza o castillo. Subimos por unos senderos rodeados de arbustos hasta una explanada. Desde allí podemos reconocer todos los lugares que antes hemos recorrido. Ella nos va indicando: el Barrio Cívico, la Catedral, la iglesia donde se casó con

papá, las plazas, un regimiento. Nos hace subir a un torreón, nos va levantando de uno en uno para que miremos por la almena. Con una voz muy baja, como contándonos un secreto, nos habla: hace cuatrocientos años, aquí nos fundó la ciudad el conquistador. Me dan escalofríos. Nos lleva a otro punto y añade: aquí lucharon los indios contra los invasores, eso pueden leerlo en el libro de historia; esta es la ciudad nuestra. Sara le pregunta: mamá, ¿tú también naciste aquí? Ella mira extrañada, como si fuera imposible nacer en otra parte: claro, y también el papá, y los abuelos, los bisabuelos, hasta los choznoabuelos... Reímos mucho por esa palabra que no conocemos... Pero hay que partir. Ya se está poniendo rosada la nieve de la cordillera y el polvillo dorado que envuelve a la ciudad empieza a azulear...

“Nucha: No me fue posible seguir mi trabajo en África porque dificultades de supervivencia (de ellos) obligan a postergar indefinidamente muchos programas; sintiendo la impotencia de no poder dar más de mí, hasta quise correr la misma suerte de ellos, pero no me lo permitieron. Es así como el país ha prescindido prácticamente de todos los especialistas. La amenaza del hambre es continental y con horror advierto que se tomarán previsiones y se ofrecerá ayuda a esa región... cuando ya sea demasiado tarde; no me las doy de brujo, pero serán inimaginables los estragos. Me siento viviendo otro destierro, aunque estoy invitado por un instituto que proyecta modelos para el futuro (sic) del Tercer Mundo, por cierto; aunque eso sea como los juegos de niño, algo me tienta a participar, a ver si logro defender la idea de que no hay modelo posible si no se sustenta en la defensa integral —no retórica— de los derechos humanos; ninguna revolución debe sacrificar a sus hijos (ni debiera triunfar ninguna contrarrevolución): grande tentación ésta de meterse en la proyección de modelos para el futuro cuando ya ni presente me queda. ¿No seremos fósiles que permanecieron hibernados y salieron de su letargo por una jugarreta del tiempo?

Me ataca un cansancio sin vuelta. Se me ha aparecido en sueños la Mama Chana, esa viejecita que vendía alfajores en la estación de aquel pueblo del sur donde vivimos un par de años (y me maldijiste cada día por haberte llevado), no sé si te acuerdas, parecía una abuela amable, hecha sólo para mimar a los nietos. Pero una vez en una reunión, pidió la palabra y habló con violencia increíble en su lenguaje arcaico: “Y qué es eso del “camino pacífico”. ¿Alguien me lo puede explicar? Los enyugados somos muchos y nos hemos arrimado por este camino contra los patrones. Desconsiderados y de mala índole, peor que cuatreros son, chupasangre son. ¿Hasta cuándo vamos a aguantar sus arterías? Somos los malquistos, nos han despulmonado, menos que reses somos para ellos, menos que indios. Si por la pelea dura nos han llegado a reconocer un derecho, lo han presentado como fruto de limosneo. Para ellos no tenemos alma. Sus fechorías no son fechorías, verdaderas otomías son, cometidas contra mí, contra mi madre, contra mi abuela, contra la abuela de mi abuela. Yo no exijo justicia. Ni siquiera eso. Yo busco el camino para hacérmela. Creía haberlo encontrado y ahora le están poniendo no diré piedras, sino peñascos, lo están cegando”. Nos fue mirando de uno en uno y preguntó enseguida: “Hay quién se atreva a respingar? ¿Hay quién se atreva a defender a los indinos? Ansina, ¿de qué lado vamos a estar? ¿Con el conquistador o el indio? ¿Con el patrón o el inquilino? ¡Me con... me recondenara!” La miramos cohibidos; era más fácil decir que estaba chala-da, ‘chueca’, que responderle. Nucha, no volvimos jamás a ese pueblo (yo nunca hubiera querido salir de allí), pero la última vez que subí al tren en esa estación, me despidió la alba y rechoncha silueta de Mama Chana.

Morena, me acordé de esto por una rara asociación o, a lo mejor, un proceso regresivo; acaso porque en París me he hecho amigo de un sociólogo que vivió muchos años en la dulce patria, hasta publicó un libro allá (que nadie leyó, por cierto). Acabamos de leer un documento, manifiesto o declaración donde se habla de algo así como

“influir en el ejército”, “crear conciencia en los militares”, “no olvidar su origen de clase”. Después de mucho reflexionar, llego a la conclusión de que hubiere sido más fácil para los soviéticos influir en el ejército hitleriano. No te asustes, no estoy loco (todavía no), si según el Larousse aviadores alemanes eran preparados en la Unión Soviética, y de ello estuvo a cargo tu admirado Tujachevski, se entiende mejor por qué un oficial de la fuerza aérea alemana voló (huyó en su avión) oportunamente para avisar fecha y hora de la invasión (¿qué suerte habrá corrido ese maravilloso héroe anónimo que no reparó en su perecible pellejo?), demostrando su conciencia creada. Digresiones aparte, Alain me ha hecho ver que esa esperanza en la reacción favorable que contra la dictadura produjere el “origen de clase” de marras es un grotesco autoengaño y —sobre todo— una formidable distorsión de la realidad histórica. Este ejército se formó a la par que su clase: capas medias brotadas y abonadas por el salitre y, como los caballos, capaces de subir una escalera, pero morir antes que bajarla. Luego que hemos contemplado cómo se derrumba (contemplado boquiabiertos) el mito de la “constitucionalidad” y de “la no intervención”, podemos constatar (yo he podido, con ayuda de Alain) que esa intervención ha sido tan perfecta, regular y solapada, como para no necesitar de una violencia ejemplarizadora sino cada treinta años. O cuarenta. No la necesitaba. Alain fue el profeta que clamó en el desierto alertando sobre una demostración inminente, mucho más intensa que un mero correctivo. Tal vez hubo, a su manera, otros profetas, tampoco escuchados, como algún poeta al que se le negaron las editoriales porque no se aceptaban vaticinios: el proceso era “irreversible”.

Nucha, te estoy lateando, todo para decirte que quiero volver como sea, ya he realizado cuanta gestión puede hacer un expulsado del país, todas estériles. No puedo esperar. Nada me interesa de verdad como no sea la idea de volver. También la muerte es una forma de retorno, pero no es tan simple, tiene que ser algo más eficaz, un

grito de protesta. No el gesto que ya conociste... después que el propio Lázaro te lo contó en detalle. Habría que actuar de otra manera, lanzar un grito taladrante que llegara a los oídos de todas las mamás chanas. No creas que estoy en la onda sádica pretendiendo atormentarte; ya me siento amargamente contrito por cosas que te he dicho antes y otras que no te dije; si te hice llegar mis noticias no fue con el propósito de agitar las aguas de tu espíritu (nunca mansas, por lo demás). Ya bastante tendrás con tus dificultades, mujercita errante que, oh paradoja, ama tanto la vagancia como el nido; tampoco pretendo jugar al fantasma que pena; las razones que nos hicieron perjurar del "hasta que la muerte nos separe" nos son absolutamente ajenas, y ni perjurio habrá, pues esta amistad nuestra no la destruye ni la muerte. Un día te dije que eras mi mejor amigo, claro que lo malinterpretaste, pero es verdad.

He leído algunas colaboraciones tuyas en "El Unicornio Rojo". Tus cuentos, ensayos y entrevistas me demuestran que, a tu modo, reflejas las mismas inquietudes que me agobian, sólo que tú no renuncias. Como ignoro tu paradero y mandar ésta a "algún lugar de América" no sería muy eficaz, la haré llegar al "Unicornio" para que te la envíen. Otra cosa, nunca pretendí causarte penas de adrede, por ti he sentido muchas cosas, menos rabia, en realidad hubiera querido decirte como ese idiota que criticó a Yésenin por haberse suicidado... poco antes de él mismo suicidarse: "te amo como ama el soldado su única pierna después de la guerra", pero ni siquiera tengo la disposición de ese sobreviviente. M.

P.S.- Te mando un testimonio de una mujer que admiro mucho; la hallé en París una noche, mientras vagaba, la reconocí justo en el momento en que unos torpes se burlaban cruelmente de ella; no pude soportarlo y me la llevé".

"Estoy sola con Enrique, metida en la montaña. No soy capaz de describir esta flacura ágil, esta mezcla de

gracia y torpeza, comparable a un potrillo, y su raro poder para dar ánimos, su eterna movilidad, esa mano flaca que levanta con dejadez para despejar la frente de un mechón rebelde que vuelve a caer. Se inclina y atiza el fuego, mete otro leño en la chimenea. No soporto la espera, llamo por teléfono al Doctor, su voz es firme, pero sus palabras me aterran: "ya lo dieron". Le digo a Enrique: tienes que llevarme. El va a buscar mi impermeable blanco, me lo pone, me ordena el pelo, me anuda un pañuelo para cubrir la cabeza, es él quien repite mis antiguos gestos y me lleva. ¡Si soy yo, muchachito, quien debiera protegerte! Es él quien conduce la camioneta; ahora le agradezco su imprudencia para correr, hasta me parece lerdo, un trayecto interminable. Por fin llegamos al palacio, descendemos, nos rodean los uniformados, nos sujetan los brazos; yo logro zafarme, los sorprendo con una fuerza no esperada de mi delgadez. Me escabullo y alcanzo a meterme por la puerta, corro a decir al Doctor que me lo han tomado; me lo han detenido y yo logré escapar, segura de que él puede hacer algo. Entonces descubro que ya no puede hacer nada. Con dureza me ordena salir del palacio y salvarme, él no puede ya obtener nada. Pero no acepto sus órdenes, decidida a afrontar lo que venga, junto a él, a su lado... Sólo saldré en camilla, después del humo y del fuego, después de todo el horror (creyendo eso, sin saber aún que sólo comienza); cubierta con una sábana me llevan a la asistencia pública, ahí quedo tendida, en un corredor, oyendo lamentos, quejidos, mucho ajeteo, órdenes, gritos. Nadie repara en mí, me pongo de pie, camino por un corredor, cruzo una mampara, estoy en la calle; camino sin rumbo hasta verme ante la puerta de la casa de mis compadres, el viejo portón, las celosías de los ventanales. Tomo la manito de bronce y golpeo, me parece una eternidad, ¿y si no hay nadie? La puerta se abre muy lenta, mi compadre me mira despavorido, repitiendo 'el sueño, el sueño'. Me abraza, arrastrándome, sin soltarme corre el aldabón, me mira, me toca, como si yo fuera una aparecida, al fin me dice: 'te soñé igual, metida en un cua-

dro mío, con ojos de estatua, el mismo impermeable, el mismo pañuelo, en el umbral de la casa, ¡no puede ser!’ Balbuceando, las mandíbulas trabadas, castañeteándome los dientes, les cuento de Enrique, del bombardeo, del Doctor. Me trae agua, no puedo sujetar el vaso, él me la hace beber. La comadre ha despertado, me lleva a su cuarto, abre el ropero eligiendo algo para cambiarme. Se mueve en puntillas, cuchichea, no quiere que despierten las niñas... No puedo recordar cómo me deslizo, cómo salgo de esa casa, quién me lleva, sólo me recobro en un recinto extranjero. No sé cuántos días pasan, sólo pido a quien se me acerca, hagan algo por saber el paradero de Enrique, hasta que alguien llegue, me abraza sollozando y me diga de sopetón que lo hallaron en la morgue, acribillado de balas... Y voy a seguir viviendo, recorriendo el mundo, actuando, dando testimonio, tratando de cumplir, sin consuelo... Lo vi cuando lo tomaron, podría decir que me lo arrebataron de mis brazos, y no procuré quitárselos, no lo salvé, ¿te das cuenta?... Te habrás extrañado de hallarme en la calle, así, pero esto que me pasó ahora me ha ocurrido otras veces, no sé como. Puede ser en cualquier lugar, a cualquier hora del día; entre los ágiles muchachos de pelo largo, chaquetón montgomery y bufanda alrededor del cuello, creo distinguir a mi Enrique, yo corro a alcanzarlo, me aferro a su brazo, deteniéndolo, escrutándole la cara. No, no es él. Unos me miran con pena, otros con risa, con disgusto o franca repugnancia, preguntándose acaso quién es esta mujer tan alta, tan flaca, de tan angustiados ojos claros, perseguidora de muchachitos. ¿Cómo explicarles que en un momento tuve la ilusión de hallar en alguno de ellos a mi hijo?”.

Mauro, si tu carta me obliga a repensar tantas cosas y me invade de dulce tristeza, ¿qué decir de este testimonio que me congela? Me dejas como péndulo. ¿Cómo avivar rescoldos de antiguas inquietudes? Juntos podríamos habernos apuntalado. O destruirnos más rápido. Pobrecito mío, si cabe, ningún sufrimiento nuestro es compara-

ble al de esta madre, pero ¿inventó alguien la balanza para pesar el dolor? ¿Dónde se guarda la barra de platino e iridio que puede medirlo? Mauro, ¿qué grito se puede dar? Si ayer, no más, los cables traían una noticia pequeña, escasas líneas: en una plaza de nuestro sur lejano se quemó a lo bonzo una muchacha... Dejó una carta: decidió arder porque la violaron sus aprehensores, soldados-de-la-patria la detuvieron porque ella borraba unos letreros injuriosos contra un sacerdote que defiende los derechos humanos. Frente a esa misma iglesia se quemó. Ahí se transformó en llama y cenizas. Claro, dijeron que estaba loca. ¡Y aquí acabo de oír a unos paisanos repitiendo: 'parece que la pobre estaba loca'! ¿No ves, Mauro? Es más fácil refugiarse en la trampa tendida por los manipuladores cómplices que gritar todos a una, prolongando el eco de esa niña... Mauro, ¿es esto un contrapunteo? ¿Somos acaso los payadores de la muerte? A ver: quién cuenta el testimonio más sobrecogedor; fíjense, hasta pueden adornarlo con rasgueo de guitarras. Hay premio: cuerdas de vihuela para que se ahorque el perdedor... Mauro, ¿puede haber grito más desgarrador que el de esta mujer perdida en la noche tratando de recuperar el rostro amado? ¿A quién llega ese grito? ¿Quién recoge los gritos de las madres de los hijos asesinados?

Voy a llegar primero que tú. Has hecho aletear en mí una plumita de esperanza: a lo mejor vamos acercándonos. Aquí estoy, venciendo el desaliento, reuniendo todas mis briznas de ánimo para cumplir un rito que siento inmemorial: escoger qué libros, qué papeles podré llevarme. Hacer las maletas con los despojos de un naufragio recurrente. Te prometo que no descansaré hasta conseguir tu regreso, allá haré todas las diligencias posibles, aun imposibles. Te voy a escribir enseguida, a ver si los colegas del "Unicornio Rojo" te ubican, maldito, que no pones remitente, para entregarte mi carta. Estoy muy fatigada, Mauro, mas me voy a recuperar, para poner empeño en tu retorno, ya sabes que soy porfiada. En cuanto a tus digresiones, a tus alusiones eruditescas y pedantogógicas, ya

tendré tiempo para echártelas en cara. Sí comparto con entusiasmo ardiente, con todas mis capacidades, lo que dices sobre los derechos humanos. Desarrolla ese tema. Aún no se ha elaborado, que yo sepa, documento alguno que los tenga por fundamento, objeto y meta. Ese grito, Mauro, sí que podría llegar lejos...

No son perdidas tales muertes.
Pues solamente aquellos que aman la vida
en su misterioso valor prístino
pueden solos
la grande espiga de su existencia que declina
segar con divina indiferencia.

Angel Sikelianos: *Suicidio de Atzesivano*
(Discípulo de Buda)

Por fin despegó el avión. Aún no me convenzo de que me voy acercando. No logro apagar una desazón, una angustia posesiva. Trato de concentrarme en una sola idea: unas horas tan sólo y ya estaré allí. ¿Qué hago si no me dejan entrar? ¿Y si me mandan a otra parte? No. No podría soportarlo. Retrocedan, pensamientos absurdos... Tengo que distraerme. Meto la mano en la cartera, consigo abrir el lugar donde disimulé tu última carta, Mauro. Ahora descubro que entre líneas has tenido presente nuestros últimos días, esas menciones a Tujachevski, a Yésenin... Me veo contigo en la pieza de Liuba, acababa de darnos la bienvenida y nos invitó a mirar por el balcón hacia un inmenso parque rodeado de rejas: "Allí me salvó la vida un miliciano, el día de los funerales de Stalin. Toda la gente lloraba, toda la ciudad lloraba, no había clases, conocidos y desconocidos se abrazaban llorando, lloraban caminando por las calles, siguiéndose unos a otros para llegar donde él yacía. Iba con unas condiscípulas en ese mar humano sacudido por un solo sollozo, empujando, tropezando, como ciegos o deslumbrados. Alguien me empujó y me solté de la mano de una de las chicas, ésta cayó. Me empujaban, me arrastraban, ni pisaba el suelo, me llevaban en el aire, estaba siendo arrollada cuando alcancé a ver a un inmenso miliciano que me alzó en vilo y lanzó contra las rejas de ese parque, afirmándome con su cuerpo. Murió mi amiga, murieron centenares de personas, aplastadas". Tú le preguntas qué significa Stalin para

ella: “Entonces sentía por él amor, veneración, respeto y miedo, era el padre de los padres, el sustituto de Dios, saberlo muerto era como saber que Dios había desaparecido definitivamente. ¿Qué íbamos a hacer?” Y Liuba habla de lo posterior, de la comprobación de las “infracciones a la legalidad socialista”; habla de héroes asesinados: Tujachevski, Igorov, Blucher y “unos cuantos generales”, y de los “errores” de la Tercera Internacional que aplicaba “medidas drásticas”, *sin investigar*, a los partidos comunistas de otros países: “aprobó en 1938 la disolución del Partido Comunista de Polonia” y añade: “esos errores repercutieron en los países de América y del Tercer Mundo”. Sí, entonces entiendo a Mauro cuando me discutía: los veinte millones de muertos en la Unión Soviética nos conciernen tanto como otros que murieron antes y después. Creo que fue en Leningrado, en un museo, donde me atrajo poderosamente la atención una pequeña foto antigua: una foto de un oficial muy apuesto, rostro tan firme y sereno como la clara mirada sin miedo ni angustia, transparentando orgullo, confianza en sí mismo, actitud alerta; se acercó la guía explicando: “este fue un hijo de terratenientes, oficial del ejército zarista, pero comprometido con la revolución hasta ser uno de sus forjadores; llegó a ser director de la Escuela de Guerra y jefe del estado mayor general de la región de Leningrado: es el mariscal Tujachevski”. Ya habíamos ido al cementerio, nos habían traducido el verso esculpido en piedra de la poetisa Olga Berggoltz, ante millares de tumbas sin nombre: “Escuchad los que descansais bajo estas losas: no hemos olvidado a nadie ni nada ha sido olvidado”. Novecientos días de bloqueo. En la Perspektiva Nevski pedí me tradujeran una inscripción en un muro, rodeada de flores naturales: “¡Ciudadanos! Durante los ataques de artillería esta zona de la ciudad se expone a mayor peligro”. Me dio una crisis de llanto, no pude soportar el efecto de esa advertencia espartana, lloré sin cesar a lo largo de toda la Perspektiva, hasta llegar al hotel. Seguí llorando ante el monumento memorial, viendo unos ladri-

llitos de barro cocido, como cajas de fósforos: panes de aserrín, ración diaria de una persona, durante el bloqueo... hasta que ni eso hubo. Y el otro verso de la Berggoltz: "Piedras, apréndales a los hombres a resistir". Sí, Mauro, esto nos concierne... ¿Por qué no logro aventar los recuerdos tristes, inquietantes? No puedo asumir todo el dolor del mundo. Trato de distraer la mente. No lo consigo. Pido un periódico a la azafata. Inevitablemente, por reflejo, me detengo en las páginas internacionales. Constatar que por milagro aún este planeta está girando. Un pequeño titular acapara mi atención: "Exiliado latinoamericano quemado a lo bonzo". Escueta noticia proveniente de Amsterdam. No dice nacionalidad. El hombre se quemó ante el monumento a las mujeres asesinadas en el campo de concentración de Ravensbrück, sito próximo a una importante embajada. Ardió en segundos. Mario Obzor. Ese nombre me suena. Obzor, claro, si es una palabra eslava, quiere decir horizonte. Nada más, salvo esas poquitas líneas. Pobrecito. Cierro los ojos. Siento un retintín, un palpito. Repito mentalmente: Mario Obzor. Mario Obzor. Mario Obzor. Como en un juego cinético, las letras de ese nombre giran en espiral y destellean un Mauro Olsen. Olsen, el apellido materno de Mauro. ¡Basta! Estoy convirtiéndome en una psicópata, necrófila. ¿Por qué no puedo dominarme y vuelvo a releer la noticia? Me esfuerzo por recordar Amsterdam. La visitamos en la prehistoria, yendo tras las huellas de Van Gogh. Aeropuerto convertido en trigal. El famoso puente. Tantas bicicletas afirmadas en la pared dando una sensación de confianza, seguridad. Materos llenos de tulipanes en las esquinas, en las ventanas. Ese barrio con las mujeres en vitrinas, una tejiendo... No me acuerdo de ese monumento. Alojamos en un hotel donde la madre y los hijos atendían a los huéspedes, cocinaban y limpiaban. Un mismo joven vestido de etiqueta a la hora de almuerzo, había estado poniendo las mesas al desayuno o, con mandil, cocinando... La foto del periódico es borrosa, oscura, una especie de triángulo achatado contra el suelo flamea... ¿Habría recibi-

do Mauro esa carta donde le hablé de la niña inmolada? También tiene que haber sabido de ese padre quemado a lo bonzo en la misma plaza, unos días después. Dejó una carta anunciando que se iba a matar así como protesta porque le habían arrestado a sus dos hijos y las autoridades se negaban a decirle dónde los tenían... Maldición, puros pensamientos nefastos. Señor, aparta de mí este cáliz... Pido un trago doble... Imagino a ese hombre llegando al monumento, leyendo una inscripción que dirá, más o menos, "vuestro martirio no será olvidado, porque supisteis defender la dignidad hasta el último aliento". Su expresión está más allá del miedo o del dolor. Con calma se empapa las ropas de combustible. Decisión inexorable opaca sus ojos. Frota el cerillo en la cajita... Me muerdo la mano entre el índice y el pulgar hasta que el dolor me hace ver candelillas. Voy a llegar. A llegar. A mi casa. Tiempo bueno. Sobrevolaremos la gran aldea desparramada en ese valle apegado a las faldas cordilleranas. Como flash luminosos, fulgurantes, enceguecedores, se me vienen a la mente frases de Mauro, su última carta... Vamos a aterrizar. Avisé a dos colegas mi llegada. ¿Vendrá alguien? Ningún pariente cercano podría esperarme. Soy de la raza aventada... Hay un barullo tremendo. Un grupo entusiasta recibe a un ex-ministro, exiliado por diez años. Pancartas, canciones, gritos. Bueno, esto era imposible cuando salimos... En el mesón, ni se fijan en mis maletas: más me demoro en cerrarlas. ¡Ahí están! Vilma y Roni mostrando sus credenciales e ingresando a la aduana. Me quedo muda de alegría. Abrazos, frases aturcidas, una pregunta tras otra. Vilma, muy linda, más elegante, más aplomada. Roni, con esa manera de ocultar la emoción haciendo chistes.

—Hermana, tu casa está pestilente, así que te llevamos a otra parte.

—Vas a encontrarte con buenas sorpresas, tratamos de hacerte una fiesta lo más cerca posible a lo que Dios mandaría en un mundo normal.

Nos metemos en el auto de Roni.

—Como siempre —comento—, la cordillera existe más en la imaginación que en la realidad, empavonada de brumo.

—Claro, si la perla ya se acostumbró a la luz tropical —protestan.

El tic tac que suena en mi cabeza no disminuye:

—¿Qué noticias tienen de ese inmolado en Amsterdam?

—¿Cuándo lo supiste?

—Ahora, en el vuelo.

—Lo sentimos, Nucha, pero es exactamente lo que piensas...

Me recojo como almeja recibiendo limón. Las mejillas se me sumen y se pegan a los dientes secos que sujetan los secos labios. Me encojo, me enanizo. Però el dolor no encoje. Aumenta. Crece. No me cabe. Comprimido en mínima envoltura va a estallar.

—Nucha, aunque ustedes estaban separados hace tiempo, tú eres la única que puede testimoniar sobre su vida, su...

—¡No me pidan eso! ¡Ahora no!

—Lástima tener esta profesión de vampiros, negrita, pero él no se merece un silencio mojado con unas cuantas lágrimas que se evaporan rápido. Vamos a lanzar al aire lo que digas, en el noticiero de la una.

—Stop. Roni. No cuentes conmigo.

—Inútil, Nucha, no nos estamos refiriendo a tu marido —dice Vilma con voz dura—, no estamos hablando con una doliente viuda. Por lo demás, aquí son las viudas las que están denunciando a cada rato cómo les matan a los maridos. Hay trabajo, amiga. Qué diablos si ésta es tu primera tarea.

—Llévenme a mi casa. Quisiera estar sola. Recordar lo que me dijo en su última carta.

—¿Te escribía?

—Tarde, mal y nunca, pero desahogándose cada vez.

—Nuchi, vamos a mi lugar de trabajo. Ahí te están esperando los amigos. En cuanto a tu casa, recién empieza-

ban hoy a ordenarla los chiquillos de tu apoderado.

—¿Y qué es de ese irresponsable que no se ha comunicado jamás conmigo?

—Ni te quejes. Tú sabes cómo es. Agradécele, eso sí, que no sea como otros, que hicieron zamba canuta con plenos poderes.

—¿Cómo?

—Vas a ver, algún día también habrá juicios, más de los que te piensas, por abuso de confianza. Y eso que mucha gente aguanta las pérdidas, los daños, por vergüenza ajena, por no denunciar a un “amigo”. Bueno, tu apoderado está de muerte, si para él Mauro era más que hermano. No tuvo valor para venir a esperarte.

—¿Ubicaron a mi cuñada? Podría hacer alguna declaración.

—A ésa sólo le interesa amallar. Es capaz de robarle a los huérfanos. Desde que murió tu suegro, se ha peleado con la madrastra para quedarse con todo. Le fuimos a avisar y sólo preguntó si la casa estaría a tu nombre.

—¿Y la madrastra?

—Nuchi, nos estás obligando a contarte un chiste peor que la muerte del loro. Ella está relegada. En el norte.

—No puede ser.

—Tal cual. La detuvieron en la última manifestación de mujeres, cuando se encadenarõn al Congreso...

Veo patente la figura de Natalia. Altanera, soberbia, teniendo vivo el recuerdo de ese antepasado suyo que combatió junto al Director Supremo y después murió en la única revolución de verdad que se intentó en este país en el pasado, y que nadie conoce... Era muy fiel a ese abolengo, pero fue enemiga encarnizada del Presidente. Con Mauro se había peleado hace años. Yo ni la conocía, pero fue la primera en acudir cuando no podíamos hallarlo. Ella fue quien me ayudó en las indagaciones... Una de esas tardes estábamos tomando té y ella me contaba cómo participó en la siniestra organización Urano, la que agrupó a todas las familias “bien” para derrocar al Presidente. Yo apenas la oía, abrumada como estaba. Al fin le

conté qué me había dicho el médico que atendió a Mauro por las secuelas de la tortura, tan preso como él. Lloramos juntas. Al domingo siguiente me acompañó a visitarlo al campo de concentración... Natalia a caballo, Natalia en un crucero por el Lejano Oriente, Natalia recibida por el Papa. Esas eran las fotos que de su madrastra tenía Mauro. Cuando murió mi suegro, él hizo todas las diligencias imaginables para venir a sus funerales. No lo autorizaron... Al principio nos escribíamos, pero después, nada. Una se aburre de escribir cartas imbéciles: ¿estás bien? yo, bien, un pajarito está cantando en el árbol frente a mi balcón; inventé una receta para hacer pastel de maíz sin maíz; se dieron abundantes los damascos este año... y toda la clase de pelotudeces para no hablar del miedo, de las dificultades crecientes, de las humillaciones... Fue Natalia la que vendió una propiedad y mandó ese dinero con el que Mauro me brindó aquel viaje maravilloso... Me asalta un pensamiento terrible: ¿sería que Mauro estuvo con esa idea hace mucho tiempo y me dio el viaje como despedida?

Llegamos a una mansión lujosa. Cruzamos las verjas. Un salón convertido en sala de redacción. Un abrazo y otro. Tantos amigos que había olvidado. Y caras nuevas: los colegas jóvenes. Muchachada hermosa, dinámica, con una confianza en sí misma que no teníamos nosotros a esa edad. Son los que tenían doce años. La mayor parte, formados afuera, sin la visión aldeana del mundo... Entre brindis, carreras, entradas y salidas, empiezo a escribir. Lo intento. Penoso esfuerzo. ¿Cómo expresar lo que tú eras, lo que tú pensabas sin caer en la desvaída caricatura, en la frase de circunstancias o en el desliz panfletario? Todas las palabras salen opacas, desteñidas, andrajos de una idea. Renuncio. Le pido a Vilma me haga preguntas. Yo las contestaré, grabando directo.

—Nucha, por la mierda, me estás haciendo revivir lo mismo que pasé cuando Pelluco...

En mi angustia, ya me come el egoísmo. Los días ho-

rendos vividos junto a Vilma, ella próxima a parir, buscando a Pelluco... Como adivinándome, se suaviza y dice:

—Vas a ver a tu ahijada, está más linda que un sol...

Mauro, ayúdame a ser tu médium, el rebote de tu grito. No habrás imaginado nunca que serías el arco para lanzarme de un aeropuerto a una sala de redacción. Aquí, adentro, donde tú querías estar; Mauro, yo habría renunciado al oficio, al país, al retorno, a todo, con tal de que tú no te hubieras condenado a tamaña atrocidad. No puede ser. Esto sobrepasa mi capacidad de decir. Pero con estas pobres palabras debo dar testimonio, ganando espacio para el testimonio... Ya me apremian. Lo inenarrable va a salir directo al aire. Aquí estoy, sentada ante el micrófono. Unas manos aproximan grabadoras a mi boca.

Quiero caminar un poco... Andar por la calle. Salgo como una convaleciente. En la esquina hay un vendedor de frutas con su canasto. Le compro un racimo de uvas moscatel y me lo llevo a la boca arrancando los granos con los dientes, saboreando el polvillo que recubre la fina piel, comulgando con el jugo dulce, intensamente aromoso. Me subo al metro, hasta el centro. En la calle mayor está la gente amontonada. Pasean uniformados sujetando traíllas de perros policiales. Prefiero devolverme, no vaya a ser que con la perra mala suerte, la pava, la negra fatalidad, con la mala que ando, me vayan a detener ahora. Así y todo, sigo caminando hasta el cerrito desde el cual mi madre me ofertó esta ciudad del carajo. Me meto en la iglesita primera que 'nos' fundó el conquistador, voy hasta la pila de alabastro y mojo mis manos en el agua bendita. Me persigno. Mojo mi frente, mi cara, mi nuca. Me arrodillo ante el sagrario. Ningún gesto, ninguna repetición de algún ritual de infancia me ayuda. Rezo esforzándome en recordar palabras desvaídas o voy inventando otras. Me siento igual que hace un rato, con los micrófonos, con las grabadoras ante la boca, modulando palabras vacías.

Mauro, tú eras el que tenía fe en los hombres, aunque

no creyeras en la más perfecta creación humana. Tú eras el varón lúcido, sereno y paciente con todos (no siempre conmigo). Tú eras mi amor, mi odio y mi rabia. Yo te quería más perfecto que Dios y no supe comprender tu humana grandeza. No te quejaste nunca de orfandad, de pobreza, de soledad o de miedo. Nunca ambicionaste nada para ti, pero aborrecías la injusticia... Me hacías cada cosa. Un día de invierno llegaste del trabajo, sacaste las frazadas de la cama. ¿Adónde vas? A la estación. ¿Y esas frazadas? No tengo tiempo, después te cuento... Ibas a esperar un tren donde llevaban unos relegados al sur... Cuando empezamos a andar juntos, odiabas a un novio mío. Te las ingeniaste para eliminar un cuadro que él me había regalado, hasta para botar piedras y conchas que yo entonces coleccionaba. Años después fuiste amigo de ese hombre. Un día él admiró tu camisa, te la sacaste y lo obligaste a cambiarla por la suya... ¿Quién eras tú? ¿El que amaba su jardín y prefería el calor de la casa al más bello espectáculo? ¿El que pasaba días y días encerrado en su biblioteca o el extraño que decidía tomar su mochila y pasar solo sus vacaciones en algún lugar impreciso... donde siempre ocurría algo? Mauro, la última vez que dormiste en nuestro hogar llegué cansada después de un turno de noche. Tenías todo dispuesto para un agasajo. Yo sólo quería dormir, pero me contagiaste. A la madrugada me dijiste que estarías muchos días ausente, advirtiéndome: te pueden llegar rumores, acaso te digan cosas siniestras de mí; no creas nada; si te dicen que estoy preso o muerto, tampoco creas; sigue haciendo tu vida normal, si es preciso, di que te abandoné, que nos separamos definitivamente... Me asusté tanto y protesté. Nucha, dijiste, recuerda, tú pusiste las condiciones, vivir juntos teniéndonos fe, pero ninguno esclavo del otro, ninguno propiedad del otro; compartiremos ideales, creceremos juntos... Sé que éramos demasiado ambiciosos, ilusos tal vez. Acaso no hayamos sido fieles a ese compromiso en todo momento. Yo, no. Pero estoy seguro de que no hemos traicionado lo esencial... Ahora, parece que llegó el momento de

probarnos. Tal vez ni seamos capaces de saber cómo va a ser esto... Mi susto se transformó en un miedo que a mí, no más, me pertenecía y no debía delatar. Sólo fui capaz de pedirte que no me contaras nada: entre menos sepa, mejor. Disimulé mi zozobra y te hice bromas: haz lo que debas, pero me llegas completo; hoy te voy a contar los dedos, los lunares, las arrugas, cuando vuelvas, también; no me vengas con nada menos, sólo acepto amor de más... Cuando desperté, ya no estabas... Apenas unos días después, te solicitaban por bando y tu foto aparecía entre las de aquéllos cuyas cabezas estaban puestas a precio. Entonces fui una más entre miles de mujeres que no hallaban a los suyos ni vivos ni muertos. Desaparecido... En medio de tanto horror, el hallazgo de Sarita. Y amigos muertos, conocidos muertos, parientes de los amigos y conocidos, muertos. Mucho tiempo tuve en las palmas esa sensación de hielo dejada por ese palpar de cuerpos martirizados, inánimes. Acaso tanta angustia me impidió transmitirte la dicha de haberte hallado, tanto tiempo después, cuando, rodeados de soldados armados, pudimos besarnos en el campo de concentración. Esa dicha amasada de sufrimiento me impidió apreciar tu cambio. El cúmulo de pesares me anuló para abarcar los tuyos... Hasta que salimos al destierro y comenzaste a atormentarme cada noche con tu grito. Eramos dos los atormentados... Cierto: no fuimos capaces de imaginar cuán dura iba a ser la prueba. No fui, aún no soy, capaz de imaginar tu decisión última... ¿Ves, Mauro? Ni siquiera consigo recordar cómo eras, todo lo que eras. Fui parte de tu vida, fuiste parte de la mía y no logro revivirte. Sólo una certeza tengo: no eras un *hombrecillo*, de éstos con respuestas a todas las preguntas, de éstos que afuera se sintieron líderes, medraron y pretendían pensar por los demás, dar órdenes y regir las conductas, aun violar la correspondencia, intrigar, aun meterse en la intimidad de las vidas y decidir con quién debía acostarse o no tal o cual, si alguno tenía derecho o no a viajar, a abandonar una ciudad; de éstos acostumbrados a los informes gloriosos, excluyentes de toda

posibilidad de análisis, meros 'instructivos', meras 'directrices' para acatarlas sin pensar... No logro componer tu imagen, te veo escindido: un antes y un después. Y es inútil mi esfuerzo por superponer ambas y unir las hasta conseguir una nítida... Ahora sí que me dejaste sola, condenada a aprender de veras a vivir sin ti... ¿Sabes? Desde que te fuiste, mi primer brindis secreto, cada año nuevo, era por ti. A lo mejor tenía una fe inconfesada en que nos íbamos a reunir al fin, para interrumpirnos cada minuto en inacabable diálogo, contándonos qué habíamos hecho cada uno durante la separación...

Vuelvo donde los colegas. No me doy cuenta de que no me atrevo a enfrentar la casa sola. Roni insiste en que me vaya a la suya: su mujer nos está esperando. No me convence. Si me aguarda una ruina, mejor verla lo antes posible. Al fin consigo me vaya a dejar.

Veó el antejardín y ya tengo una idea: malezas y pasto seco. Roni forcejea para abrir la puerta, como si llave y cerradura estuvieran herrumbradas. Nos golpea una bocanada de olor a polvo y humedad. Ahí me quedo en la penumbra mientras él busca dónde dar la luz. No, esta no es nuestra casa. Aquí había calor y alegría. Siempre todo estaba dispuesto para recibir a cualquiera. Roni ha traído unas botellas y busca vasos. Encuentra un par con un poso solidificado, los enjuaga con el mismo vino: "amiga, ésta es tu casa, como sea; puedes pisar fuerte, y no voy a decir nada para no cometer una estupidez". Bebe hasta el fondo y parte.

Voy al dormitorio. Sucio, hasta embarrado el colchón. En un armario encuentro sábanas limpias, las extendiendo y me acuesto. Están frías, húmedas. Olor a percán, a moho, a impalpables hongos. No logro conciliar el sueño, entumecida. Lloro llamándote, llamándote.

Hasta que amanezco en un mar helado, palpando el vacío. Reúno mis fuerzas y voy a la cocina. Mis dedos ateridos demoran en prender un fósforo. Una tetera tiznada, el interior cubierto de pétreo sarro. Al abrir el horno veo la cola del ratón, serpentina. Polvo y cagarutas.

Tazas desportilladas. De ahora en adelante todo intento de nutrirse o beber estará precedido del rito odioso: fregar, lavar. Vuelvo a buscar una bata. Sólo encuentro la tuya. Su tela de esponja me raspa la cara. En vano intento recuperar tu olor. Bebo el té y un calor reconfortante me hace dormir. Ahora estoy en ese hotel, esperándote:

—¿Qué hiciste? ¿Dónde te fuiste a meter?

—Al Kremlin, a ver la misma “anticualla de los zares” que tan bien detalló Miranda...

—Mauro, por Dios, no iban a pasar doscientos años y a quedarse allí el tiempo detenido. Ahora me vas a decir que todo está igualito como en los tiempos de Catalina.

—No he dicho eso. Me carga que me tergiverses. Sólo que he encontrado muchas cosas tal como él las describe en su diario: la misma arquitectura “tártaro-gótica del palacio de los zares”. Son sus palabras. Repetirlas no es ser enemigo del sistema...

—Eres un animal. Ya ni se puede hablar contigo...

—Nucha, no seas peleadora. ¿No te gustaría que fuéramos a la Petersburgo que él conoció?

—¡Mauro! Sería fantástico. Poco nos falta para estar en todos los lugares que él recorrió... ¿Y dónde fuiste después?

—Caminé por todas partes. También estuve en un barquito.

—¿Qué viste?

—La ciudad desde el río. Meandros. Una casona color hígado de vaca.

—¿Comiste?

—Sí, claro —me mira como esforzándose por recordar—, pasteles.

Haces el inventario no de los tesoros sino de los despojos. No la lista del haber, por si con algo cuentas, sino la del debe, para asimilar que el peor sobreviviente es quien regresa sin haber hecho del afuera catapulta para el acomodo. Dejaste un hogar y hallaste pocilga. Sin vidrios las ventanas, desvencijados los postigos. Muros y cielorrasos chorreados, ahumados, oscurecidos. Sólido polvo se

acumuló. Porcelanas y cristales rotos. Ropa hace mucho tiempo ensuciada. Mugre f^ocil. Aquí tienes, comienza tu trabajo arqueológico: cavar, abrir una tumba y comenzar a limpiar sus objetos de polvo para saber a qué cultura, a qué grupo humano pertenecieron. Sobre el antiguo mueble tallado con cabezas como gárgolas, encuentras unos maceteros con plantas agónicas, nunca se les puso un platito abajo, fueron regadas y el agua impregnó la madera tiñéndola como tinta china; raspas esas manchas con vidrio, las lijas: indelebles. ¿Por dónde empezar? Llenas la tina de baño, vacías un paquete de detergente y pones a remojar vasos, copas, floreros, loza. Que se ablande la negra y grasienta mugre, soez injuria a la ausencia. Sigues con cubiertos, ollas, útiles que antes fueron cuidadosamente mantenidos. Cada objeto tiene su historia, una anécdota, una fijación de lo vivido. Este es un regalo de bodas; aquél, comprado para la primera cena después de casados. Ese en una callejuela de París o un anticuario de Praga. El jarrón de jengibre de la calle Wan-fu ching o del Mercado del Jade. Un recorrido por Amsterdam. La tienda de Praga la Vieja. Los vasos que un bello muchacho te trajo de Berlín... porque te había quebrado otros. Y los no menos valiosos cacharros y huacos de greda. Cada objeto es un dedo que te apunta hacia un lugar, una persona o un suceso. Son los viajes que hiciste con él o sola. Son el regalo, la gratificación. Son los mercados de todos los pueblos de tu país, y de otros países, testimonios del trabajo humano, pruebas de la mano del hombre hacedor de belleza. No, nunca pretendiste ser coleccionista. Cada cosa era la pajita recolectada para completar el nido... Vienen a colocar los vidrios en unas oquedades por donde se colaron muchos aguaceros. Cada mañana llegará el maestro para dejar vivible lo que fue un hogar y desde ahora, un cobijo. Raspar murallas, tapar huecos, pintar, lavar vidrios, limpiar pisos, barnizar muebles, restaurar, reparar, lavar, coser, zurcir. Sigue, sigue: parchar, planchar, fregar. ¿No te sublevaba el trabajo doméstico? Jódete. Paga la ausencia, arrástrate, pasa la lengua... Viene el cerrajero a

arreglar las chapas y abrir el viejo baúl de mamá donde guardabas tus tesoros (como esas cartas quemadas antes de partir): la pipa de ámbar que te regaló el sabio profesor para que, al menos, dejaras el cigarrillo, su pipa; unos pañuelos de seda, fotos, postales, tarjetas de tus alumnos; regalos que él te hizo... El electricista cambia enchufes e interruptores. Las cañerías están rotas, el agua gotea, reventados los muros adyacentes. Viene el plomero. Repara el entuerto. Llega el momento de pagarle:

—Maestro, ¿cuánto le debo?

Ese hombre fornido, muy alto, inclina la cabeza y dice humilde:

—Lo que usted quiera, patroncita.

Te rebelas, el “patroncita” te duele como cuchillada:

— ¡Maestro! Este es su trabajo. Usted tiene que decirme cuánto vale.

El hombre, más humillado aún, responde:

—Lo que sea su voluntad, patrona...

Dios, Dios ¿será ésta la aguerrida clase obrera de tanta tradición? ¿Qué ha pasado aquí que a los obreros se los ha convertido en siervos de la gleba? Recurres al maestro Juan:

— ¿Qué hago? El plomero no me dice cuánto tengo que pagarle, dígame usted cuánto correspondería...

Te da una cifra equivalente a tres dólares. Pagas y el hombre se va contento. Te quedas sacando cuentas. No es posible: por idéntico trabajo te habrían cobrado treinta en la ciudad que acabas de dejar...

El maestro Juan llega a las nueve de la mañana y se va a las nueve de la noche. Cuando le abres la puerta, está con su gorra en la mano, la cabeza gacha. Lo saludas, hace una profunda venia y luego entra.

El es quien con infinita paciencia raspa, rellena, revoca, blanqueadas de polvo pestañas y cejas, salpicados rostro y brazos de yeso, esmalte, pintura. Con seria calma observa cada despojo y hace el diagnóstico: sirve, no sirve, se puede reparar, podría usarse para otra cosa, no hay caso: más vale botarlo... El piso de tu dormitorio tiene ca-

torce forados, tal si hubieran cavado el radier. ¿Cómo repararlo? Varios trabajadores lo revisan. Conclusión: es mejor tapar esos agujeros y poner una alfombra de muro a muro... No hay silla, no hay estante, no hay mueble que no necesite su arreglo. Combinas colores, vas dando vida, prolongando la existencia de esos enseres; muchos mejores has visto tirados en las calles de Estocolmo, Frankfurt, Caracas... Llega el turno de los libros. Sacar el polvo, catalogar por materias, poner en estantes. Y descubrir cuántos fueron hurtados. Lloras al ver las hojas arrancadas de las dedicatorias. Encuentros, momentos arrancados, poesía arrancada. No está la colección de poetas nacionales. No queda un solo autor latinoamericano. Desaparecidas esas primeras ediciones que tú y él consiguieron en librerías de viejo, atesoradas a lo largo de años, material de consulta, análisis, investigación. Qué alegría tenían ustedes al recibir un libro dedicado por su autor. ¿Hubo acaso un momento importante de sus vidas que no estuviera jalonado por un libro? Ese mismo contento que veías en sus ojos cuando llegabas con el paquete, lo abría y hallaba la obra tanto tiempo buscada, habrá percibido él en los tuyos. No. Esta casa no fue allanada. Aquí no hubo fogatas. Sólo han llegado en tu ausencia personas que se decían amigas. A saquear. No eran éstos libros de caballería sometidos a la furia de un barbero y un bachiller. No. Fue doña Lilia, la cantante progre, quien habitó esta casa y se consideró autorizada a robar y a dejar que sus amistades robaran. Bravo: así hay que actuar con los ausentes, con quienes te confían lo único que les va quedando. Aquí encuentras un libro del Poeta, el último que publicó en vida, dedicado por Liliana, alias Lilia, y un hombre desconocido a unos amigos de ellos. Claro: había libros para dar y regalar. Las ediciones póstumas que te regaló su viuda, no están, ni siquiera la entonces prohibida autobiografía que ella trajo clandestinamente y te dedicó... Castradas ediciones de obras completas... ¿Recuerdas, Mauro, que una vez redujeron la biblioteca para hacer una donación a tu universidad? Acababas de fundar el departamento de ciencias

sociales y llevaste todo lo que considerabas indispensable como base. Otra donación importante la hiciste a la biblioteca inaugurada en casa del Poeta Suicida, del Venerable Macho Anciano que no se resignó a cantar desgarrado su viudez. Los libros te duelen. No hay consuelo. El y tú empezaron a comprarlos cuando eran estudiantes. Sacrificaron helados y dulces, idas al cine y al teatro por estos libros amorosamente devorados y hasta comulgados. Cuando él y tú se peleaban a muerte y a muerte se odiaban, solían olvidarse de sí mismos y acudir el uno al otro para comentarle un pasaje o leerle un verso. Y a través de esa lectura encontraban una afinidad visceral más profunda que la más honda caricia de la cual hubieren renegado en la reciente disputa. ¿Escribió alguna vez él algún artículo que no hubieras leído tú antes de ser publicado? No. Aquí encuentras con las hojas arrancadas un libro sobre Visconti. Recuerdas: ambos se pelearon porque él justificaba a un personaje de "Rocco y sus hermanos" y tú lo repudiabas, pasaron un mes discutiendo. Y con "8 y 1/2" fue peor, una semana sin hablarse pues no le aceptaste su admiración fantasiosa por el harem de Fellini... Aquí, los viejos libros de consulta. Tantas veces discreparon por la defensa que él hacía de un realismo medido en zapato chino. Conociste a Mauro cuando en clase de Lingüística te dieron la tarea de investigar sobre coprolalia. Una hoja de cuaderno te sobró para reflejar tu vocabulario, pero él te sacó del apuro con un trabajo escrito por él hacía años, más toda la bibliografía. Después de eso recurrirías a menudo a pedirle libros. El estaba leyendo "El alma matinal y otras estaciones del hombre" y te propuso leerlo juntos: se reunían en la glorieta de los maravillosos jardines de la escuela, el libro era el pretexto... Aquí hay más diccionarios suyos, claro, los ladrones no se interesaron por los de sánscrito, de chino, de lenguas eslavas, de latín, de griego... Tú piensas, Mauro, han saqueado nuestra biblioteca, es como si te hubieran inmolado por tercera o cuarta vez. O te sientes como si te hubieran sacado a la calle desnuda, cubierta de miel y plu-

mas para que hagan escarnio de ti. Se te ocurre que debes partir de menos que cero. Blasfemas: Cristo, no tenías derecho para resucitar a Lázaro, no se borra la hedentina de un resucitado. Te han robado, te han hurgado, aguaitado, violado tus bienes espirituales, la intimidad de tu sagrario y sientes que te han esculcado hasta los recuerdos: pisoteados no los "souvenirs" sino aquéllos metidos en las entretelas del alma. ¿Y es posible sobreponerse a todo esto? ¿Es posible resignarse a todas las muertes, a todos los robos, a todas las befas? Si los objetos los reúne el único animal coleccionista que es el hombre como ayudame-morias para fijar hitos en su breve tiempo, cuentas de un rosario, arenas de su reloj lentamente volteado. Tú clamas: Odiseo, comprendo cómo te sentiste al encontrar tu casa invadida. Acaso hubieras preferido se incendiara y no quedare ni huella de sus cimientos. Todas las penas de la travesía te habrán parecido menores que la violación de los aposentos de esa casa que fue tu faro, resguardo de los seres amados o, al menos, de la sombra de esos seres... Revenimiento, manchas húmedas, papeles rotos, sebo, mugre, polillas triunfantes, libros robados, objetos perdidos, plantas dejadas secar, son muestra viva del alma quebrada, del alma revenida, del alma rota, deteriorada. Es el espíritu el agujereado por las polillas, patinado por el sebo impregnado de polvo, revenido por la humedad, enmohecido, cubierto de orín, apercancado de hongos. Es el contagio de la desolación: el triunfo de los vencedores. Ahí tienes derrota: máscala, trágala, asimícala. Que sea cal de tus huesos la derrota. Que sea torrente sanguíneo y reemplace tus células y crezca en tu pelo y en tus uñas y anule tus pigmentos y blanquee tus cabellos. Derrota aja tu cara y vence la resistencia de tus tejidos. Derrota en las coyunturas. Derrota en las vértebras cervicales. Se impone ¿verdad? Pálpala en los tobillos hinchados. Que la punta de tu lengua la sienta en los huecos de tus maxilares y la note en los molares ausentes. Ahí está: es la misma que te des-templa los incisivos con lo helado o lo caliente. Oyela haciendo vibrar, cual si tocara una cuerda, ese nervio que va

de tu garganta a tu oído y provoca dolor fulgurante. Derrota te nubla los ojos y te borra las letras. Derrota te marea los huesos. Derrota contagiosa que trasmuta solidaridad en hurto, hospitalidad en pillaje, confianza en delación, sensibilidad en capacidad para torturar, piedad por burla, beso en escupo, cariño en bofetadas. Aguanta tanto irrespeto. ¿Pretendías acaso salir indemne? ¿Pretendías mantener la sonrisa y erguida la cabeza? ¿Pretendías cosechar caricias y no puñetazos en la nariz? ¿Tú eras la que proclamaba no dejarse robar ni una aguja ni un sueño? Ahí tienes, mastícala, saboréala, deglútela, aprópiatela: derrota. Te carieron el alma a ti y a los ladrones. A ti y a la que le mandaste a guardar tu preciado cuadro de Matta: no te lo devuelve porque “no sabe dónde lo dejó”. Te carieron el alma a ti y a la cantautora que te robó la poesía. Te carieron el alma a ti y a quienes abusaron de tu hospitalidad. ¿Ves? ¿Ves? A ti y a los tuyos les carieron el alma. Hossana: ése es el mejor triunfo de los vencedores, el as guardado en la manga. Eso es más eficaz que hacer fogatas para quemar libros y romper colchones a bayoneta-zos... Y alguien tiene el coraje de decirte: “¿De qué te lamentas? Da gracias a Dios de que salvaste la vida”. Esto es la resignación por el puñetazo en la nariz que te dio un ser amado obligándote a tragar lágrimas, mocos y sangre. Esto es la resignación ante la amiga que pretende programarte la vida y decidir por ti con quién tienes que vivir y cómo tienes que vivir: “yo que tú...” y si debes fumar o no, tomar o no, engordar o no. Esto es la resignación por el que anda diciendo que debió ayudarte en muchas mudanzas (claro, si tú, excéntrica, preferiste, en lugar de una vivienda digna, rodar de cuarto en cuarto). Es la resignación por la “compañera” que te cobraba trescientos dólares al mes para que durmieras en un zocucho al lado de su cocina mientras ella tenía dos magníficas habitaciones vacías. Es la resignación a ser invitada para ser el comensal número catorce. O, mejor aún, a ser invitada para lavar los platos después de la cena. Es la resignación por aquel invierno sin más frazadas ni cobijos que unos periódicos

viejos. Es la resignación ante aquel sujeto tan señor, tan correcto, comedido, pudoroso, incapaz de decir mierda, pero que no le recibiría ni una carta ni un dulce a una mujer cuyo hijo estudia donde él viajará gratis. Es la resignación por la prepotencia de los rábulas. Es la resignación por todos los informes políticos decantados para espulgarlos de vida y dejarles mondo, reluciente, el "optimismo histórico". Es la resignación por el moribundo que se ve despojado: los buitres ya le olieron cadaverina. Es la resignación por los combatientes desangrados, los suicidas, los bonzos.

Mauro, ¿por esta resignación te convertiste en sebo y pabilo, en pira que apagó su propio grito?

Zlato, ¿por esta resignación tuviste que dar la vida? ¿Esta es la oscuridad que debe ser iluminada por el cometa?

Pero todo se aplaca, hasta el dolor y la furia. El grito termina por ahogarse en la garganta enronquecida. A la rabia sucede el anonadamiento. Hay que seguir, seguir; levantarse.

El maestro Juan se esmera en darme ánimo: mire, si eso que parecía sin remedio se ve ahora tan bonito. O en silencio se me acerca y muestra algo que sus manos recuperaron. De a poco el cobijo cobra vida. Aventado el polvo y apaciguados los fantasmas.

Me asomo a la ventana y veo el perfil de los cerros y el dorado fulgor de las hojas en otoño. Una bruma impalpable, polvo de alas de mariposas amarillas, envuelve la ciudad. Siento que en realidad nunca salí de aquí.

Enfrente, como hace diez años, un grupo de obreros acarrea piedras de un montón a otro, como en cámara lenta. Llevan champas de pasto seco de un montón a otro.

El maestro Juan viene a distraerme y con orgullo dice:

—Señora Nucha, encontré en el desván ese anillo que tanto buscó don Mauro.

En su palma callosa reluce el aro metálico.

— ¿Dónde estaba?

— Debajo del baúl, en la bohardilla.

Me siento. Miro hipnotizada esa sortija... Cómo revolvimos la casa buscándola. Una delgada argollita de oro, una ilusión que tú usabas cuando te conocí. La llevabas en el meñique. Creí que estabas de novio. No sé si por respeto o por inconfesable sentimiento de orgullo no quise preguntarte nunca el significado de esa sortija.

Después de casados te la pedí. “No, Nucha, todo lo mío es tuyo, pero esto no te lo puedo dar”. Hablaste con tal suavidad y emoción contenida que fui incapaz de preguntarte nada. Comprendí. Cada ser humano tiene una parte sagrada, intocable. Pero cuando se te perdió, noté tu inquietud. Tú, tan despreocupado por las cosas materiales, sufrías por no hallar ese aro. Fui a una joyería y te compré uno que me pareció idéntico. Volví, te hice cerrar los ojos y lo puse en tu dedo. Me miraste con tristeza: “Tontita mía, no es un anillo lo que me hace falta, no me gustan los anillos, sólo que ése era de mi madre: lo único que de ella conservaba...” Tomaste mi cara con tus dos manos: “No sé, Morena, no sé. Era como algo mágico que no podía, no debía decir... Un día, acaso a poco de casarse con Natalia, o antes, no recuerdo, mi padre me entregó una cajita forrada en seda, diciéndome: nunca la he abierto, era de tu madre, creo que tú debes guardarla... Me fui a mi pieza y la abrí. Ordenados paquetitos atados con cintas: cartas con los inconfundibles trazos de mi padre, fotografías, billetes de teatro, hasta envoltorios de bombones, flores secas, un rizo de pelo en mi tarjetita de bautizo... y ese anillo. Me lo puse. No tuve valor para desatar nada. Eché la cajita en la chimenea. Esperé hasta que ardió por completo...”

En ese momento descubrí, hombre mío, que tenías un mundo puro y maravilloso. Tan solo ahora me lo confiabas. Y di gracias al cielo por no haber sido intrusa. Esa sortijita perdida nos unía más que todos los anillos de compromiso de la tierra... Nunca quise usarlos. Tu padre

nos regaló unas argollas preciosas cuando nos casamos. Me dijo: "una argolla para la mujer es un signo de respeto, tal si llevara un niño en brazos". Me dominé para no expresar mi disgusto... Las fuimos a devolver y compramos cosas muy prácticas... Yo no quería casarme. Te había propuesto que viviéramos juntos mientras nos soportáramos. Hasta peleamos. Me trataste de anarquista decimonónica... Al fin hicimos un trato. Nos fuimos la mañana acordada al registro civil. Le pedimos a unas personas desconocidas nos sirvieran de testigos. Después las invitamos a un brindis. Y partimos a nuestra playa solitaria... Pero fue linda, al regreso, la fiesta con la que nos sorprendieron los amigos...

Y ahora estoy aquí, sola, mirando este fino aro de metal. Soy incapaz de ponérmelo. Tampoco puedo guardarlo... Me voy al patio, tan abandonado, cavo un hoyo bien hondo al pie de la higuera que tú plantaste. Debajo de una raíz pongo el anillo.

Porque escribí no estuve en la casa del verdugo
ni me dejé llevar por el amor a Dios
ni acepté que los hombres fueran dioses
ni me hice desear como escribiente
ni la pobreza me pareció atroz
ni el poder una cosa deseable
ni me lavé ni ensucié las manos
ni fueron vírgenes mis mejores amigas
ni tuve como amigo a un fariseo
ni a pesar de la cólera
quise desbaratar a mi enemigo.

Porque escribí y me muero por mi cuenta
porque escribí porque escribí estoy vivo.

Enrique Lihn: *La musiquilla de las pobres esferas.*

Quiero viajar al norte a ver a Natalia. Me hacen desistir. Sólo intentarlo, significaría la expulsión del país. Otra mala onda: censurada toda la prensa de oposición. Antes de la clausura total van a alcanzar a salir algunos números con huecos en blanco correspondientes a grabados y párrafos.

Voy a proponerle a Vilma un proyecto de trabajo que podríamos realizar ambas. Me para con un solo grito:

—No me vengas a hablar de trabajo. Yo estoy dos años sin trabajo. No tengo ni para darle de comer a mi chiquilla. Si te viniste, tenías que saberlo: aquí no hay trabajo, no hay de comer y cada uno se rasca con sus propias uñas. A mí no me vas a hablar de necesidades, porque yo sí que las he pasado duras...

La dejo desfogarse y le digo con la mayor calma de la que nunca fui capaz:

No entendiste. No vine a pedirte me ayudaras a conseguir un trabajo, sino a proponerte un proyecto para que ambas pudiéramos ganar algo. Y que se te grabe bien en la mollera: no vine a robarte tu pan ni el pan de nadie. Yo no vengo aquí de limosna ni a pedir disculpas por ocupar un rinconcito. Llegué a mi casa ¿entiendes?

Mientras estábamos gritando, no vimos que entró Olaf, oyendo con santa paciencia.

—Bueno, muñecas, después de esta bonita manifestación de histerismo, sigan hablando como la gente. En cuanto a ti, Nuchi, te convendría dedicarte a las labores del sexo por un tiempo. Ya vas a ver que tendrás trabajo,

no remunerado, precisamente. Por de pronto, tendrás harta entretención levantando tu casa. Y ahora, si quieren, me acompañan a conversar un botellón...

No abandono mis viejos hábitos. Mejor dicho, retomo esos hábitos que descuidé en mis andanzas.

Amo la noche de esta ciudad. Me molesta no poder ir a ciertos lugares que quisiera recuperar. Pero cada atardecer salgo. No falta un paradero: el refugio de los escritores o el barcito de los poetas. (Ayer me encontré con Rolando. Me abrazó estallando en sollozos. Me dijo al oído: “¿Sabes? ¡Estoy tomando! Sí. Quiero emborracharme bien. Bien borracho. ¿Te digo por qué? ¡Tengo rabia!” Hermano querido, ese secreto me lo has contado otras veces, sólo cambiando la frase final: tengo alegría; estoy enamorado; tengo pena...). O me voy donde esa vecina que me recibió con un glorioso pastel de maíz tierno y me regaló una chaleca tejida de su mano, comparable al ñandutí. Ella sabe reír. Nos contamos hasta las desventuras y reímos de todo. O donde el gringo y su mujer, a escuchar los más sabrosos disparates y a cotejar nuestras iras. O paso donde la tía Charo, siempre expresando su justa indignación contra la molicie, la ineptia, la cuadratura mental, la falta de imaginación. Ella teje y su sobrina escancia el vino y van escarmenando brutalidades y torpezas pasadas, presentes o que están proyectándose hacia el futuro. O a ver el teatro clandestino, vigoroso, de casa en casa con los mejores actores, los más entusiastas, que descubrieron su talento de manera insospechada.

Voy descubriendo que la ciudad se despuebla de hombres. A ninguna mujer se le ocurre preguntar a otra por un marido o un hijo. Si, impertinente, insistiere, se le respondería algo vago: casamiento, un traslado, faenas o viajes en el interior, mudanza de barrio... Camino reencontrando rincones. Nada descubro. Nada me sorprende de esta vieja ciudad. Sólo el recuerdo es lo nuevo. ¿Podría sorprenderme el inmemorial sombrero de paja que me pongo todos los veranos para trabajar en el jardín?

Tampoco puede sorprenderme el desgastado, pero impermeable gabán que uso para caminar bajo la lluvia. Esta ciudad soy yo. Me reencuentro conmigo misma y con los nutrientes de todas mis añoranzas. El carillón suena dentro de mí. Ahí en la plaza hay un pino gigante. Creció junto con nosotros. Allí, Mauro y yo subimos cuando niños, en momentos diversos. Recorro la feria libre: despliegue de verduras y frutas, mariscos y pescados que reducen a miserable caricatura las desbordadas fantasías de los exiliados...

La ciudad no acepta la injuria de la descripción. Se burla: mírame, recórreme, pálpame, huéleme, saboréame. No soy tan grande ni tan bella ni tan gloriosa como otras, pero si de mí te alejas te duelo en los huesos calcinados de tu madre y de tu padre, me pierdo en tus sábanas solitarias, aparezco bordeando a todos los fantasmas de los hombres ausentes que te amaron. O amaste. O creíste amar. Soy las tenazas que te avivan tus rescoldos. Soy los celos que hiciste padecer y bien sabes no los pueden sofocar ni las tumbas. ¿Ves? Has recorrido otras, más florecientes, más prósperas. Antiguas y nobles, modernas y promisorias, sugestivas o exóticas, pero ninguna tan definitiva y fatalmente tuya como la que te legó tu madre una tarde dorada...

Hasta mis pies recobran una perdida memoria al crujir de las hojas de otoño. De vez en cuando, un lancetazo de abeja: un hotel en que pasé una noche de amor; un banco donde esperé en vano apoyando mi tristeza; un puente que me condujo a un maravilloso encuentro.

Me voy acercando al lugar donde depositaremos las velas encendidas por cada uno de nuestros muertos. Viejas, jóvenes, niñitos. Abrigos de pieles, ponchos, olor a fino perfume u olor a humo triste, a ranciedumbre. Ancianos, señores maduros, inválidos o muchachos de paso elástico. Todos avanzan cantando y llevando una vela en la mano para depositarla en ese jardín irreal. Miro las llamas oscilantes y comprendo que cada uno de esos muertos me pertenece. Soy deudo de todos y por ellos tengo

que seguir caminando.

Salgo a cumplir los encargos de la tía Charo. Escribo ese famoso manual que me encargaron con la advertencia de que debo entregar cada día las cuartillas terminadas, sin dejar borrador en casa. Leo el nuevo libro de mi apoderado y después nos juntamos a comentarlo, pero a cada rato debo advertirle que no hable con ese vozarrón capaz de atraer a una patrulla. No hay caso, ríe como para alarmar a un regimiento...

El maestro Juan no había dado señales de vida desde la última protesta. Pero al fin aparece. Irreconocible. La cabeza rapada, un costurón costroso le abarca el cráneo. Manchas entre verde y morado le cubren los párpados, se derraman por los pómulos más aguzados que nunca. La boca deformada. Algo penoso de ver cuando se ha sacado el jockey y se ha quedado ante la puerta, esperando que yo lo haga pasar. Vacila, tropieza, tartamudea mientras me cuenta:

—El día del paro fui de amanecida a buscar al hijo que es sereno en una construcción, muy cerca de donde vivimos, en previsión de un mal rato. A poco de salir de la obra, nos atajó una patrulla. Mostramos los documentos. Todo en orden. Adelante. No estábamos ni a una cuadra de la casa cuando nos volvieron a detener. No hubo modo de que atendieran explicaciones ni vieran los papeles. Si el chiquillo tiene comprobante de trabajo nocturno. Sin poder zafarnos, a culatazo limpio nos llevaron hasta el retén. Los bellacos nos golpearon sin lástima, con las groserías más asquerosas, que no se pueden repetir. Caímos al suelo. Con permiso suyo, encima de plastas, vómitos y sangre. Sólo ahí tendidos vinimos a reparar en la cantidad de infelices que, como nosotros, habían sido maltratados hasta decir basta. Hasta futres había en ese fandango. Cada vez que yo trataba de explicar el malentendido, me sacaban la contumelia, con permiso suyo. Trataba de ponerme de pie, me volvían a voltear. Así nos tuvieron tres

días. Después nos fueron largando de a uno, con una patada en salva sea la parte. Burlándose los mastuerzos degenerados. Créame, doña, yo había oído decir que estas cosas pasaban. No es que me hiciera el leso. Pero siempre pensé: si algo le pasa a alguno, es por meterse en lo que han prohibido. Por andar revolviendo el gallinero, como se dice vulgarmente. No es que criticara a los arriscados, pero yo, de mi trabajo a mi casa. Así también enseñé a los chiquillos. La señora es mujer de su hogar. Hasta tuvo sus buenas oportunidades, pero no la dejé trabajar nunca, para eso yo tengo dos manos... Pero esto que nos han hecho, no tiene nombre. Me han abierto la cabeza de dos maneras, como para entender que esta infamia no puede seguir, que las víctimas son inocentes. Que si otros hacen algo, es por acabar con esto. Esta es una humillación muy grande. Yo he llorado de vergüenza, como no creí que lloraría desde que murió mi madre, cuando era muy nuevo... Allá está el chiquillo con la clavícula rota. Hasta perdió el trabajo. Nadie escucha, creen que somos peleles. Por eso me animé a venir y pedirle un favor.

—Maestro, lo que se le ofrezca. Si en algo puedo servirle...

—Yo sé que usted es bien mujer para sus cosas. Puede decir sí o no. Nada más. Sobran las explicaciones... Quiero que me autorice para vivir en su casa algunos días. Voy a esperar que me crezca el pelo y desaparezcan las señales.

—Maestro, el cuarto de alojados está a la orden.

—No, señora Nucha. Quiero ocupar el cuarto de servicio. Así, si apareciera algún curioso, se podría ver que usted tiene un empleado. De paso, yo también le hago al jardín...

—Pero podrían llamarme de su casa. No creo que su señora se vaya a quedar tan tranquila. Ella sabe que usted ha trabajado toda la vida con nosotros. Tratarán de saber si se comunicó conmigo.

—Nada de eso. Ya corté todos los lazos. Creen que me fui para el sur... Pero yo, de aquí salgo y ya sé para dónde coger...

El patio abandonado me obliga a revisar la bodeguita. No quedan rastros de útiles de jardinería. Parto a comprar unas herramientas, podadora, manguera. No vaya a ser que, en caso de visitas, la presencia del maestro Juan vaya a resultar muy fulera.

El maestro Juan me ayuda a asumir este patio al que tanto se dedicó Mauro. Ahí están los árboles que él plantó, su cerrito de cactus. La maleza ahogó todas las plantitas finas. Sólo los lirios que bordean la tapia florecen a destajo.

El maestro es porfiado. No come si yo no estoy, así que procuro llegar a horas regulares. Siempre tiene la mesa puesta, una flor o ramita recién cortada en un vaso. No es parlanchín, pero suele contarme de la infancia en el reducto, de su partida al norte, a las minas, cuando murió su madre. Ese pueblo hundido, con un canal de agua color ceniza cruzándole la miseria me lo describe tan vívidamente que creo ver las calles desamparadas, los almacenes vacíos de mercadería, esa pobreza sin esperanzas y sin una hierbita, ni una miserable mata de geranios, en esa soledad del desierto. Niños que no conocen ni una fruta ni más leche que la mamada a su madre... El maestro sonrío: cuando uno bajaba al pueblo, sólo tenía una entretenición, la casa de niñas. Se llamaba "Como nos cambia la vida"...

Hoy salí temprano, después de preparar algo de almuerzo. Le dije que no llegaría sino hasta la hora del té. He encontrado la mesa puesta sólo para uno. Una camelia nadando en mi copa. Voy al cuarto de servicio. Orden absoluto, como si nunca hubiera estado ocupado...

Cuando regreso muy tarde, ya no siento el alivio que me producía saber a alguien en casa. Por más que procuro estar siempre antes del toque de queda, hay veces que me ha sorprendido en la calle. Entonces sí que me estorban estas piernas remolonas que me obligan a caminar sin prisa.

Charo me ha pedido que no la vaya a ver. Nada más

llamarla de vez en cuando, pero no desde mi casa. Por eso me extraño cuando esta mañana suena el teléfono y oigo su voz:

—Señora, hoy va a ir el maestro que le va a hacer las cajoneras. Es bien competente. Le va a ir a ver esta tarde-cita...

¿Qué habrá ocurrido? Esta Charo me va a tener sobre ascuas quizás hasta qué horas. La tardecita... No sabré yo que los sajones de América del Sur, tan buenos para hacer broma de los tropicales, son la gente más perdida en el tiempo. Vilma quedó de venir a almorzar conmigo el otro día. Me llamó como a las cuatro, diciendo que ya llegaba. Bien, me dije, no será el almuerzo, sino el té. Me puse a hacer un kujen... A las ocho de la noche llegó desvanecida de hambre: "tú sabes, linda, reuniones extraordinarias..."

Por si acaso, miro donde sería bueno colocar una alacena, unas cajoneras. Hasta tomo medidas y hago un croquis.

Llueve sin prisa, metódicamente, sin esperanza de sol apresurado en evaporar el agua y borrarle las huellas. Llueve con frío para trasminar, para calar hasta los huesos. No es lluvia torrencial ni garúa ni chubasco. Es lluvia de acá. Ciega, implacable, invade la ciudad, se posesiona de ella, la cubre, la envuelve, la acurruca, la arrulla con su bullicio monótono. Modorra de lluvia...

Es muy tarde. Tengo sueño. Pero tocan a la puerta.

Un hombre con la cara medio cubierta por una chalina. Sin abrigo. Estilando. Camina con dificultad. Deja un bolso en el suelo y se queda de pie, perdido como un naufrago, amilanado. Le chorrea el agua de la barba, del pelo que le tapa los ojos. Está tiritando. No se me ocurre otra cosa que servirle un vasito de aguardiente y ofrecerle comida. No quiere comer. Me pregunta si se puede dar un baño caliente. Voy a llenar la tina. Cómo siento haber dado la ropa no apolillada de Mauro, ahora me serviría. Sólo guardé esa vieja bata de toalla que a mí me gustaba usarle.

—Bueno, amigo, ¿cómo tengo que llamarlo? Soy Nu-

cha.

—Sí, claro. Me llamo Ivo.

Le quito la chaqueta y la pongo en el respaldo de la silla ante la chimenea.

Al rato sale envuelto en la bata, saltando en un pie.

—Lo siento, Nucha, va a tener que ayudarme. Ahí en el bolso hay algo.

Me muestra la pierna envuelta en un vendaje sucio... Por la mismísima mierda, mi tía Charo cree que yo soy Vannina Vannini. No puedo ver las heridas. Me dan ganas de vomitar. Qué hago. Y este pobre hombre tan alto, tan flaco, tan desamparado...

—Hay algodón, gasa, vendas, las jeringas desechables, el antibiótico...

Sigo sus instrucciones y cruzo esa pierna atravesada por el impacto, con dos agujeros.

—¿Tengo que llamar a un médico?

Ni por nada. Ya me atendieron. Tuve suerte: no tocó el hueso. No se preocupe, que aquí paso la noche y mañana me voy.. Tengo fatiga. Me maree con el trago. Es que no había comido... Habla dilatándose, como pidiéndome disculpas. Lo llevo a su cuarto y voy a calentar un poco de caldo.

Cuando le llevo la bandeja, lo veo durmiendo. Sueño profundo. Le echo otra cobija. Le toco la frente. Está afiebrado.

Esto es lo que se llama echarme una vaina, tía Charo. Este gallo no puede irse mañana. Y si el huevón se me muere...

En el baño, un pantalón de tweed bastante grueso, mojado, dos hoyos como de quemadura y sangre. Una camiseta afranelada y una chomba de cuello subido... Todo mojado. Mojados los calcetines. Empapados los bototos... Esto no se lava, zurce y seca de la noche a la mañana. Ningún cristiano podría salir a la calle con esta ropa mojada y, menos, pegarse un madrugón... Y si nos vienen a allanar, nos jodemos sin remedio. Toda explicación sería idiota. Relleno los zapatos con papel de diario y los pon-

go cerca de la chimenea. Lavo la ropa en la bañera. No me atrevo a hacer ruido con la lavadora. Que estile un poco y la acercaré al fuego. Tiro ahí las vendas sucias. Ivo. Ni siquiera podría decir que es hijo, sobrino. No tiene edad para eso. Será un poco menor que yo. ¿Hermano? Mi único hermano no es de los que vendría a visitarme. ¿Aman-te ocasional? Ni una vieja borracha, ni una hippie drogada se echaría encima un pobre herido que no tiene un solo carnet, un solo documento en los bolsillos y carga sólo unas medicinas para curarse las heridas.

Vuelvo donde Ivo. Respira agitado. Está ardiendo. Saco la estufa del cuarto y le pongo en la frente un pañito con agua de colonia. Regreso al baño. Mi botiquín no tiene sino una miserable botellita de yodo y unos parches curitas.

Voy a la biblioteca a ver si encuentro algo sobre heridas. Me acomodo en el sofá, un vaso y una botella al lado, y me pongo a leer "el doctor en casa". Para peor. Una larga lista de tipos de heridas. Cada una termina con la advertencia: envío al médico, traslado inmediato a una clínica, traslado urgente al hospital. Necrosis. Gangrenas gaseosas. Tétanos. Me sumo en una interminable pesadilla. Hasta que despierto con calambres en el cuello.

Sigue lloviendo. Voy a ver cómo está Ivo. Parece que no respira. ¿Si se ha muerto? Lo zamarreo. Se despabila. No quiere comer. Tiene sed. Le llevo un jugo y aspirina.

—Ivo, inventemos algo. Usted no puede irse así.

—¿Puedo quedarme?

—Sí, pero yo quiero traer a un médico.

—No. Por favor, póngame otra inyección.

—¿Y si vienen?

Se encoge de hombros. Me da tanta lástima. Bueno. Que se haga lo que Dios quiera.

—Me gustaría, Ivo, saber por lo menos si lo andan buscando.

—Es lo más probable.

—¿Y qué hacemos? ¿Le aviso a alguien?

—No.

Abre las manos y se queda con la vista fija en sus palmas, como si allí pudiera hallar respuesta... Qué saco con afligirlo más.

—Bueno. Se queda tranquilito y yo voy a seguir mi vida normal, hasta donde se pueda. ¿Lo vería anoche alguien cuando llegó?

—No se divisaba ni un alma. Llovía tanto.

Y aquí me paso una semana con el alma en un hilo. Ivo se va recuperando y lee como malo de la cabeza. Me pregunta por unos autores de la serie negra. Al menos, tenemos una afinidad: la admiración por Dashiell Hammett. Encuentra una mina de oro, la colección de libros de horror, predilectos de Mauro. Después se mete de sopetón en los espantos del matrimonio y el niño en el hotel solitario, la niñita que todo lo incendiaba, el niño mordido por el perro rabioso... Me daría miedo leer todo eso. Como si fuese poco el susto que uno está pasando... Con razón mi amiga Coca dice que los hombres son raza aparte.

Ivo ya camina casi sin cojear. Es una verdadera sombra que va de su dormitorio a la biblioteca. De pronto me pide que le corte la pelambreira. ¡Es otra persona! Lo malo, se le ve un verdadero antifaz: la parte inferior de la frente, la nariz y los pómulos quemados, casi negros: pero el resto de la cara, blanco-azulado. Le advierto que así no puede ni asomarse a la calle. Me acuerdo de las fórmulas para quemarse en la playa y hago un jugo de beterraga con tintura de yodo. Se lo estoy poniendo cuando suena el timbre. Nos miramos con temor. Me asomo. Un conocido. Qué alivio.

Esto sí que no me lo esperaba. Me viene a ver nada menos que Sandro. Si me había olvidado por completo de él.

—La palabra hermosura lismonearía para nombrarte.

—Sandro, eso me suena, parece que lo leí por ahí.

—Siempre me gustó tu agilidad mental, y ese ánimo tuyo.

Me comienza un calorcito, concibiendo rabia... Habrá

que hacer honor al mito de nuestra hospitalidad. Lo invito a tomar asiento. Se queja de frío. Cierro la ventana. Forcejeo con la armella, que tiene su maña.

—Neni, esas manos tuyas, tan débiles, no son para la rudeza... Con ademán ágil, cierra.

—¿Qué te ofrezco? ¿Té, café o vino?

—Lo que sea tu cariño. Vino, mejor.

Saco la botella del viejo mueble y meto el sacacorchos.

Neni, permítame.

Como un bailarín se mueve y destapa.

—Qué bien, un sonido sólo comparable al de un beso.

Echa un chorrito es su vaso y sirve, haciendo girar la muñeca hacia afuera. Me acuerdo de Mauro, no podía soportar ese gesto. Ese desprecio, decía.

—Neni, brindemos por este momento que inventé tantas veces.

La rabia ya es sietemesina.

—No vuelvas a decir Neni, porque hace rato estoy mirando y no veo a otra persona por aquí.

—Pequeña, no te hagas la dura, la hosca. No te sienta. Cuéntame qué ha pasado desde la última vez que nos vimos. Yo sé que bajo esa cascarita hay pura miel. Cuenta, cuenta.

—La última vez que nos vimos, fui a pedirte ayuda, ¿te acuerdas? Yo tenía mucho miedo y quise quedarme en tu casa... Muy amable, meloso como eres, muy cortés, me dijiste que podía, pero que debía irme temprano, pues tenías una reunión al desayuno.

—Tú sabes, con tanto compromiso, esas reuniones son para mí habituales.

—Pero antes hubo algo más. Te molestaste porque yo no fui seductora. Dijiste no soportar a las mujeres como vacas a las que hasta es preciso enseñarles a moverse...

—Ne... Chiquita, me habrás entendido mal. Rencorosa.

—Sabías que me gustabas tanto que la emoción me anulaba. Sólo me conformaba con mirarte.

—Y esa emoción tuya me colmaba. Recuerdo las cosas tan lindas que me dijiste.

—Nada lindo. Sólo que me gustaban los hombres como castillos, con puertas y pasadizos secretos, puentes levadizos, torres y almenas, hasta algún cuarto prohibido... Pero cuando creía haber llegado al castillo, me encontré con una “solución habitacional” de emergencia.

—Ese humor tuyo es único, son tan pocas las mujeres con ese bendito sentido.

—En la mañana me pediste que hiciera el desayuno y cuando lo iba a servir, llegó esa joven, la hiciste pasar y te encerraste con ella, no sin antes dejar mis cosas en el paragüero...

—Chiquilla, somos seres superiores, esas minucias no cuentan, no pueden enturbiar una relación superior.

—Sandro, ahora estoy muy ocupada, si quieres nos vemos otro día. No me gusta esta conversación.

—Tú sí me gustas. Te ves tan bien con ese mohín de niño enfurruñado. Así, enojada. Aspera, pero suavecita. Amarga, pero tan dulce.

—Fíjate, Sandro, que ya debes ir en el recurso número cuarenta y cinco. Ya se sabe, todos funcionan, entre más añejos y requetesabidos, mejores, desde Adán y Eva. Sólo que dependen del modo y la manera. Y de la ocasión.

—Chiquilla, estás muy tensa. Esta soledad no te hace bien. Esta casa con tanto recuerdo te pesa. Vente a la mía.

—Te lo voy a decir con un versito de Falú, para que lo entiendas mejor: “no venga a tasarme el pago con ojos de forastero; su cinturón no tiene plata ni pa’pagar mis recuerdos”...

—Déjate de odiosidades, Morena. Te vengo a buscar. Vámonos al puerto. Tengo un estudio con vista al mar, ideal para borrar pesadillas. Todo puede ser mejor que esa vez, cuando tú me fuiste a buscar...

—Cierto, yo fui. Venía otro año nuevo que iba a pasar sin quien más quería. Y fuiste muy generoso para ayudarme en momentos difíciles. Generoso y desinteresado. Y

yo fui, con ganas de divertirme, de pasar un buen rato, de pescar tu onda. También fui yo quien se enredó queriendo prolongar la diversión. Pero aprendí la lección yo misma: el partido tiene un número determinado de tiempos. Como extra, a lo más los descuentos... Tan amigos, Sandro. Agradecida por la ayuda y la enseñanza. Salud.

—Morena, ni sé de qué estás hablando. Yo no te ayudé. A lo más, cumplí con un compromiso que no sólo tenía contigo. Eso es cuento aparte. Ahora sé lo solita que estás...

Rabia parida.

—Sandro, ¡basta!

En el preciso momento irrumpe la voz de Ivo:

—Nucha, me tienes esperando...

Sandro mira con cara de extraviado... Y pensar que dejé a Ivo pintado como un guerrero piel roja...

Me quedo triste. Este señor que ha venido a verme me causó un día una especie de resucitar. Es cierto. Hubiera podido estar horas mirándolo y recreándome en su perfección. Y ahora me ha dado rabia. Más que la vejez y el acabamiento, me ha dolido verle la pose. No. Tampoco. Yo misma me duelo. Yo me doy rabia. El no ha dicho ni hecho nada que no hubiera podido decir o hacer siempre... Sólo que ya no es mi invención...

El antimisterio del desamor.

Agito de nuevo el menjunje.

Se lo voy aplicando a Ivo hasta emparejarlo.

Llamo a tía Charo: el maestro ya terminó el trabajo. Qué bien. Avísele, por favor, que ya le salió otro.

Los preparativos para la partida. Ivo tiene manos de lana. No puede ni cortarse las uñas de la mano izquierda. Unos dedos flacos, manos tan lisas. No debe de haber clavado un clavo en toda su vida... Cajoneras.

Le reviso el bolso y quemamos los remedios sobrantes. Le sugiero que lleve algún libro terrorífico, a más de algunos apuntes o textos de estudio... si de algo sirviera hacerse pasar por alumno de la universidad, en caso de que lo detuvieran... Nos abrazamos. Sonríe sin decir nada.

Por la ventana lo veo alejarse. Camina casi normal. Tuvimos suerte.

Recién me fijo en el paquete sobre la mesa. Lo dejó Sandro. Algo me impulsa a no abrirlo todavía.

Al fin sé de Natalia. Terminó su relegación. La voy a ver a su casa. Qué mujer de vitalidad increíble. Acelerada, como siempre. Si no fuera por ese pelo de blancura radiosa, parecería una chiquilla. Estamos horas hablando, pero no quiere contarme lo que fueron esos meses en aquel pueblito del Altiplano. Nucha, tengo que asimilar todo esto. La muerte de Mauro me dejó enferma. Casi no vivimos juntos, pero nos respetábamos, cada uno a su manera. Voy a escribir todas estas experiencias... Necesito tu ayuda, Nucha. Vamos a juntarnos a trabajar. Acaso sería mejor en la casa de la playa. Tengo otro libro en borrador. Lo vamos a publicar. Hay algo poco conocido, pero bastante vivido, que se llama el exilio interior, algo que escapa al simple testimonio o a la anécdota para poder reflejarlo. Acaso lo hayan conseguido expresar muchos poetas jóvenes, los irreverentes, los que no saldrían del país ni por todas las becas del mundo. Son los que han madurado a golpes, como los membrillos...

Llega a almorzar un cuñadito mío, hermanastro de Mauro. La última vez que lo vi, tendría unos diez años. Era un niño muy alto y hermoso. Hoy es un hombre, casado, ya tiene un hijito. Lo expulsaron de la universidad. Trabaja como vendedor y va a un taller de poesía. Es un hombre equilibrado, animoso. Una tremenda cicatriz le marca la frente.

— ¿Qué te pasó?

— Nada del otro mundo, rutina. Como dice un poeta amigo: “cuando pequeño, yo jugaba con soldaditos de plomo; ahora, los soldaditos juegan conmigo y me meten plomo...”

Natalia me muestra su patio. Ya tienen yemitas reventonas los almendros. Huele a tierra fresca. Ha puesto una pileta para que se bañen los pájaros.

Vamos a su escritorio y comienza a leerme un relato del desierto que me deja sobrecogida.. Una experiencia que tuvo al terminar la relegación, cuando bajó a una ciudad nortina, a orillas del mar:

“Las chancheras están prohibidas, pero siguen existiendo. Decido visitar al criador de puercos más importante de la zona y convenzo a un amigo para que me acompañe. Viajamos por un camino donde los reverberos provocan espejismos como pozas de agua rutilante hasta que salimos de la carretera para adentrarnos por unos páramos. Sólo hay dunas, ni una huella humana; un cielo liso moteado con el pesado vuelo de los jotes. Nos acercamos a unas montañas formadas por toda la basura de la ciudad, la bordeamos y por fin se divisa una casa. Alrededor los cerdos hozan entre la inmundicia, monstruosamente gordos. Descendemos y nos recibe un hombre obeso, pelo y bigotes tiesos, ni blancos ni rubios, gorda cara blancosucia; no se saca el sombrero y nos hace pasar, sentándose y después ofreciéndome una silla. En una mesa, muchos papeles con cuentas, algunos ensartados en un gancho de carnicería; unas sillas, un camastro adosado a la pared, un anafe primus sobre un cajón y nubes de moscas. Le digo que estoy haciendo un reportaje para el suplemento dominical y, atarantada, le pregunto si tiene permiso para criar cerdos, pues desde tiempos inmemoriales está prohibido mantenerlos cerca de basurales. El hombre no se inmuta, dice que puede salir garante, con todos sus papeles en regla. Los ojillos le brillan con burla. Sin contenerme pregunto: ¿Y lo que estamos viendo? Ríe. Es demasiado raro, dice, que alguien se aventure por estos andurriales. Yo miro a mi amigo, procurando disimular la inquietud. Hace un calor horrendo y me llegan tufaradas de un olor repugnantemente dulzón. En eso, me fijo en los muros pintados de negro. ¿Por qué negro? Con reflejos tornasolados. ¿Será hollín? La pared me va hipnotizando por el centelleo de los reflejos tornasoles que no se aquietan nunca. Es un movimiento imperceptible, co-

mo si fuera papel alquitranado al que una misteriosa fuerza lo hiciera tambalear, un alquitrán animado con movimiento casi fisiológico. ¿Qué me pasa? Me debato entre la repelencia y una invencible atracción. Me pongo de pie, doy unos pasos. Me acerco otro poco. ¿Tan miope soy? Vuelvo a sentarme, el zumbido de millares de moscas pegajosas y el hedor de la basura me están descomponiendo. Miro por la puerta hacia afuera viendo sólo el paisaje de basura, sintiendo los gruñidos de cerdos y oteandó, muy, muy lejos, la cinta pura del mar. Vuelvo a posar mi vista en la muralla y entonces me doy cuenta: millones de moscas gordas, ahítas, borrachas tapizan esos tabiques. Miro a mi amigo y acerco mis dedos a las sienes sin poder hablar. El se levanta presto, me toma del brazo y me lleva al auto, partiendo a toda la velocidad posible, hasta retomar la carretera. Le pido que se detenga y arrojo hasta las tripas. Ni sé cómo me lleva al hotel, pero no le permito que se vaya. Le pido que no me deje y me meto a la ducha. Después le pido a este hombre que me ha tenido tanta paciencia, llevarme a tomar el pisco más fuerte que se pueda encontrar, pero no hay alcohol que pueda lavarme el asco incrustado tan adentro. Me recuerdo llorando en la playa, abrazada a ese hombre y preguntándole si no es un sueño, si es cierto que eran moscas”.

He escuchado el relato de Natalia, sin acabar de concebir la idea de que esta mujer siempre vestida de blanco haya tenido semejante ocurrencia. Le prometo irme con ella a la playa...

Dejé muchos días sin revisar el paquete que me trajo Sandro. Son cartas, programas, invitaciones, unos libros que me mandó Velia. Me apena un poco abrir estos sobres: obras de teatro, exposiciones, bautizos de libros, cócteles. La vida sigue en la ciudad que dejé. Como si allá hubiera dejado una sombra a la que le continuó llegando el eco de esa vida. Y mi amiga tuvo la paciencia de reunir todo y mandármelo con un viajero de buena voluntad. Qué raro: un sobre grueso, reexpedido muchas veces,

añejas fechas en los matasellos. Con miedo indefinible y recelo lo abro. Hay otro sobre adentro. Una carta que, pertinaz, corrió en pos de mí hasta encontrarme. No más cortarlo con la plegadera y, más que ver, adivinar la inconfundible letra de Mauro, vigorosa, de netos perfiles. No está datada. Indudablemente es anterior a la última que de él recibí. Me da un vahído al leer un nombre que me duele, una forma de llamarme que usaba antes de casarnos y nunca más volvió a repetir:

“Nuchamor: En un pasado remoto nos prometimos recorrer juntos una parte donde estuve hace poco. Para mal de mis pecados, alojé en un hotel con el mismo nombre de ése que nos gustó tanto en el recorrido mirandino. En los primeros días empecé a sentir un calor que me llegaba hasta la médula. Se me iban deshielando unos glaciares recónditos, no del calor exterior, sino por otro, provocado por la conversación con la gente, el deleite del oído, el no cansarme nunca de oír hablar en cristiano y saborear entonaciones, decires, aspiraciones: algo que me iba impregnando como la atmósfera húmeda y me asaltaba al andar por las calles en las noches y toparme con juglares recitando o improvisados troveros o al hablar con choferes de taxi, mozos y conserjes, peluquero o barbero, algún médico, un hombre o una mujer en la cola para tomar helados en la plaza seguros de sí mismos, jacarandosos. Esto ha sido el reencuentro con la luz y las voces de acá y he podido notar pobreza, escaseces, pero decoro (palabra rescatada) y *otra* forma de vida que no voy a calificar. A primera vista, me daba lástima ver la más maravillosa herrería artística del mundo carcomida irremediablemente por el orín; vitrales y cristalería de los arcos de medio punto irremediablemente rotos; la más espléndida, única, arquitectura de esta región del continente, hecha para prevalecer, tan deteriorada. Hubiera querido ser pintor de brocha gorda y recorrer la ciudad con camiones aljibe colmados de azarcón un día; otro de esmaltes rosas té y corales, turmalinos, jacintos, amatistas, lilas, violeta, ver-

des reseda, malaquitos, moldovitzos, nilos, jades y puedes añadir todos los apastelados luminosos, para ir pintando y refrescando el rostro de esta ciudad hecha para recibir la luz y devolverla. Qué plazas, qué monumentos, qué mármoles, pero cuán descuidados los palacetes espléndidos habitados por familias varias o destinados a servicios; mira, ve cuán complejo es esto de techo para todos. Con mi manía de recorrer, tomaba un autobús y me iba a barrios ignotos. Pero eso no era nada: la gracia consistía en volver. Esperar una, dos o más horas. Multiplicar esas horas mías, viandante ocioso, por las de aquellos trabajadores, estudiantes, amas de casa y sumar días, semanas, meses no de secas horas-hombre sino de vida humana perdida para el trabajo, el estudio, el reposo. Y ver parques de autobuses y taxis dañados, sin repuestos, burlándose de quienes esperan, pero también los habitantes de la ciudad sobreponiéndose a tamaña burla. También, gracias a un indiscreto que no es de acá, pude saber como nuestros exiliados dieron la nota alta (por suerte hay unas cuantas honrosas excepciones) destrozando muebles y protestando de la más vergonzosa manera cuando ya no les satisfizo la hospitalidad de los dueños de casa. Estos por cierto, no harían jamás una observación sobre tan bochornosos sucesos; me los imagino como los ocurridos en Rumania, donde no faltó quien hasta un refrigerador tirara por la ventana. Se me cae la cara de vergüenza... Sólo te cuento impresiones efímeras, bocetos del primer contacto de un mundo del cual nos suelen llegar distorsionadas imágenes. También me metí en un mar muy tibio y tranquilo, del mismo color de las turquesas de tu collar. Si tú hubieras estado aquí, te habrías vuelto loca recogiendo piedras como sesos petrificados, ramas nevadas o rosas de Libia, todo calcinado al rojo blanco. Hasta pensé dejarme llevar por ese mar y desvarié con un azaroso derrotero que me hiciere naufragar a tu lado, pues esas mismas aguas hubieren podido estar uniéndonos en ese momento preciso. Pero mi paz fue tan breve como la percepción de este mundo sorprendente que ni alcancé a atisbar. Inte-

rrumpida por un suceso horrendo, el suicidio de una mujer venerada. Esta muerte me caló hasta los tuétanos, hasta hacerme sentir que en vez de corazón tengo un imán para atraer limaduras letales. Estas lo erizan, lo animan, lo cubren de siniestra velloosidad casi orgánica, pelambre de un misterioso monstruo. Y mi corazón-imán se nutre de ellas y con ellas crece. Aparentemente blando, susceptible de diluirse en polvareda grisácea, en disgregables partículas, pero dura, impenetrable, la oculta nuez que atrae las muertes.

No descansé hasta hallar a una amiga de la admirada con respeto sin límites. Sé sabrás comprenderla, nada de cuanto me dijo merece olvidarse. Menuda y valerosa, me descargó una andanada nuchesca: “soy mamá, papá, abuelita, tíos, todas las imágenes de todos los ausentes; y también empleada doméstica, lavandera, pasante, niñera, para que mis hijos no pierdan sus raíces, pero ¿hasta cuándo? ¿Cuándo me va a tocar ser yo misma? ¿Cuándo los hablantes del exilio van a pensar en lo que las mujeres estamos viviendo?” La misma que conocí hace años, con inmensos ojos mar Caribeño, pequeñita. Estuvo horas conversando conmigo mientras yo procuraba grabarme cuanto me decía hasta más allá de lo que mi precaria memoria pudiese recordar. Cada cierto tiempo alzaba sus manos diminutas y espantaba lagrimones que se salían de esos mares tan tristes. Para ti, Nucha, he tratado de transcribir estos recuerdos. Sólo puedo ofrecerte este dolor que es de todos, perdona tan amarga dádiva, eco de un grito que intento hacerte llegar como nota pura de un instrumento condenado a emitir únicamente los sonidos del dolor. Merecías otros dones, pero sólo puedo darte lo que poseo. Mauro.

“La hermana del Doctor llegó el jueves de Europa. El sábado se fue al hotel más alto, junto al malecón, y subió al dieciochoavo piso. Casualmente se abrió la puerta de una habitación: salía un joven por unos refrescos. Vio acercársele a esa dama tan distinguida y, a lo mejor, creyó

reconocerla. Ella le pidió permiso para hacer un llamado urgente, sorprendiéndolo y colándose por la puerta entreabierta. En la cama, una novia desnuda apenas atinó a cubrirse con la sábana, sin entender qué ocurría ni, menos, imaginar que su luna de miel quedaría brutalmente interrumpida. La dama se fue directo al balcón, se montó sobre la baranda, se halló en un reborde y desde allí se lanzó. El frágil cuerpo de huesos ya carcomidos no alcanzó a caer en la calle, estrellándose en una cornisa del segundo piso... Uno se pregunta por qué no se mató en aquella ciudad donde, hasta hacía unos días, le habían estado tratando la enfermedad. No hay respuesta. Acaso la única posible fuera: ella quiso llegar a su casa, a la patria que la acogió, para actuar antes de que la gravedad del mal la postrara definitivamente en una agonía de duración impredecible, para que su acto último fuera la protesta rebelde contra quienes le impedían volver a su tierra natal. Volver para morir, eso lo pidió en todos los tonos. Acudió, para que intercedieran, a presidentes de repúblicas diversas, a organismos internacionales, aun al Papa: estoy enferma incurable, quiero morir en el lugar donde nací. En su acto se nota una determinación, un plan. No matarse en la casa suya, de una planta, en un barrio residencial, donde había condiciones esenciales de vida y no de muerte. Buscar un sitio de uso público, para que su grito irradiara... Dejó una carta al Comandante y otra a su familia. Esta última acción no era la de un ser cobarde, débil. Años atrás le habían cortado un pecho y siguió adelante, bella, digna, actuando. Le cortaron el otro y eso no le impidió afrontar las muertes, la prisión, la expulsión del país sin desfallecimientos. La muerte de su hermano fue un sufrimiento atroz, pero no la abatió. Soportó la enfermedad sin remedio de su hija, confiando en que al fin la ciencia hallaría la medicina salvadora. La meningitis artera que le llevó a su nietecito de cuatro años, la golpeó, sin doblegarla y tuvo valor para hablar en el cementerio, reiterar su deseo de volver y mandarle su mensaje de fe al hijo ausente..."

Ahí estás, dándote vueltas en las estancias abandonadas, desvelada en ese inconcluso mensaje póstumo, pensando en doña Laura, viéndola descender de su citroneta, esbelta, etérea, los ojos más bellos, rodeada de pobladores, dispuesta a amanecerse con ellos, si fuera preciso.

Muertes como ésta no son un terremoto, sino algo peor, en otro sentido. Miras la lámpara y la ves penduleando. También la casa se menea, cruje, muela que unas tenazas descomunales tratan de arrancar de cuajo. Desatada la ira de Dios, fuerza ciega que acosa a impotentes. Y todo se bambolea y cae. Se apagan las luces. Toda la tierra es abominable cuna mecida, columpio impulsado por un criminal, carrusel desaforado, monstruo antediluviano que corcovea para zafarse de todo cuanto tenga en los lomos. Y tú y todos, porque son todos, sin tener dónde recurrir. Despavoridos, intentando huir a ninguna parte. Si te amaestras, si consigues dominarte, te apoyas en la jamba de la puerta y esperas. A ver si esa taquicardia del desbocado corazón de la tierra amaina. Los vasos inician una zarabanda siniestra. Caen azafates, platos, jofainas, cacharros. Todo lo inanimado cobra vida como si los dedos de una médium en mesa gigantesca convocaran a los espíritus. O un mago demente agita las aspas del molino subterráneo. No eres nada, sino un cuerpo y un ánima atacados de paralizante miedo. No hay a tu lado un ser que te abrace y contagiare su calma. Toda la soledad humana amasada por un solo pavor. El temblor aminora, pero te quedas esperando otro. ¿Vendrá? Y otro. Y otro. Y otro. Caída en un vacío infinito. Vértigo. Sigue temblando, pero te dominas y descubres que tu casa ha sido hecha para resistir esos embates. En la calle, una lechosisdad opalina te permite ver el raro fandango que bailan los postes de luminarias. Hay casas que se han desplazado cerro abajo. Caen cornisas, se desploman frontis, las paredes se abren hacia afuera dejando las casas como esos dibujos de niños con todo el mobiliario a la vista. Se hunden tejados, ceden las vigas. Se rajan, se quiebran, se agrietan las murallas. Trilla, molienda del cobijo humano. Adultos

lloran como niños golpeándose el pecho y pidiendo perdón. Niños, muy serios, miran sin entender y terminan por contaminarse con el terror de los grandes. Como en antiguos tiempos, ante el temor de invasión, la gente acude a las plazas armando tiendas de nómades, improvisando fogatas y trébedes para sujetar la tetera, la olla, el tiesto. Piensas en Mauro, el exorcista de tu miedo, aceptando dejar un pueblo de escombros para volver a la ciudad natal, llegando al otro día y pidiéndote: "enseñame a tejer". No sabías si el terremoto lo había trastornado. ¿Un hombre tejiendo a palillos? Pero te llevó a la federación de estudiantes y allí estaban todos los hombres tejiendo cuadrados muy simples que unían para formar frazadas y mantas. Las mujeres tejían labores más complicadas. Ellos, con manos torpes desovillaban la hebra e iban formando las mallas de colores. Deseaste que nunca tomaran otra vez los palillos, sólo que naciste en el país donde nunca se han detenido las agujas de los sismógrafos.

Ciudades completas han sufrido los estragos del sismo. Quebrado como cántaro el pueblito donde se producían las más bellas cerámicas. Aldehuelas que se conservaban intactas desde los tiempos de la Colonia, fueron borradas del mapa. Hay que seguir adelante. El terremoto deja al descubierto imprevisiones y algo más: el cuerpo del país estragado, enfermo de distrofia, de hambre crónica. Hay que seguir adelante.

Vilma y su novio te invitan al teatro. El actor principal es nada menos que un premio nacional, voz y gesto que marcaron el fin de una época teatral para iniciar otra. El fue el maestro, el modelo. Casado con una mujer tan actriz como él mismo, recorrieron cada villorrio, pampa, puerto, oficina, campamento, recitando poesía. Tengo de ellos una visión: la del amor a prueba de todas las intrigas y todos los quiebres, se divorciaron y se volvieron a casar. Lo descubrí un día en que ella, radiosa, toda vestida de

rojo, dio con su marido un recital, largo diálogo amoroso, donde unían las dos mayores voces de la poesía nacional. Ella, no sólo actriz, parlamentaria de una zona minera, mujer tímida, de las incapaces para sacar la voz ante la infamia o la calumnia que pudieren afectarla en lo personal, pero con coraje de tigresa parida para defender los intereses de los demás. Ella fue la única embajadora en Vietnam que, en vísperas del fin de la guerra, no quiso abandonar su sede y no tuvo miedo a los bombardeos... No me gustan su voz, su modo de recitar, el ritmo que impone al verso, pero cómo la admiro por su entrega total a la poesía, a la investigación teatral y, sobre todo, a la gente... La función comienza de modo extraño; el actor anuncia al público algo que ya sabe la mayor parte: su hijo, padre de cuatro niños, trabajador de una importante entidad de la Iglesia, ha desaparecido. Fue secuestrado a las puertas del colegio donde había ido a dejar a su hijita una mañana. Hasta ahora no se había podido averiguar en qué sitio de detención lo tenían... Comienza la función. No por trágica ironía, sino por dolorosa evidencia histórica, "Primavera con una esquina rota" trata de cárcel, de exilio, de desastres familiares, dolor que trasciende a lo que un individuo o una pareja pudieran soportar. Intermedio. Aparece el actor y esa voz de profundas resonancias, la voz de Monserrat, la del Comendador de Fuente Ovejuna, se eleva con estremecedora gravedad para anunciar: "Ha llegado mi hija y me trae la peor noticia: mi hijo apareció degollado, junto a otros, un profesor y un dibujante. ¡Degollados!" El público quiere abandonar la sala, dejarlo con su dolor, que pueda abrazarse a su esposa, a su hija, ver a los nietos huérfanos, pero su voz se impone: "Quiero terminar la función. Que esta gran ira nuestra por las infamias que están sucediendo en el país, no nos exima de cumplir. Cumpliré como cumplió mi hijo. Que la muerte de mi hijo, que todas estas muertes sirvan para algo, porque de otra manera este país se ahoga... Nuestro país no es esto que tenemos, es otra cosa"...

Antes me gustaban las ventanas con unos transparentes visillos, pero ahora les he puesto unas cortinas muy espesas, para que no se divise ni una luz desde la calle. Se me ha hecho un hábito mirar por la ventana cuando ha oscurecido. Huele bien. Ya está floreciendo la gardenia. A lo lejos, el cielo refracta un resplandor opalino, si no hay apagón. Las luces de esta ciudad desparramada. Después del toque, soledad absoluta, salvo el desafío de sombras sigilosas. Hace frío, pero en verano no hay toque que valga, invadidos los jardines del parque por las parejas. Nunca había estado en una ciudad donde fuese tan natural hacerse el amor sobre la grama, en el césped, al pie de los árboles. Algo bueno que haya, la certeza de la existencia de unos bichos malignos, pero la tierra limpia de culebras venenosas, arañamonas, escorpiones... Esta calma nocturna invariablemente es alterada por alguna explosión, algún tiroteo. Al otro día, rumores de trenes descarrilados, sabotajes, retenes o algún regimiento atacado, algún polvorín estalló... Ahora hay lunita nueva, un cielo límpido, pero está haciendo frío. Corro bien las cortinas y enciendo la lamparita. Me pongo a escribir.

Siempre tuve una especie de radar para detectar las cucarachas. Voladoras, chiripas, alemanas o americanas, me crispaban, aun dormida. Algo telepático. No sé cómo despertaba, encendía la luz y donde primero mirara, muro, piso, papeles, ahí estaba. Algo parecido me ocurre con los visitantes de la noche, los 'curiosos', según el maestro Juan. He presentido cada allanamiento en el sector. Ahora, algo me impulsa a ponerme botas y abrigo, salir al patio y perderme por la puerta falsa que da a la bodega, detrás del cerrito de cactus y zábilas. No he sentido ni el más mínimo ruido, ni el eco de una pisada ni el rodar de un carro, pero he ido a la ventana y he divisado un débil parpadeo. Furgón detenido. Por los senderos del parque avanzan muy lento unas sombras cautelosas, no es fácil distinguirlas. Retomo el bolígrafo, mi cuaderno y sigo escribiendo.

No por esperados dejan de sobresaltarme el prolongado timbrazo, los golpes a la puerta. Voy descalza por el pasillo, sin hacer el menor roce. Miro por el ojo mágico. Ahí están. Reconozco a uno. Su retrato debe de haber dado la vuelta al mundo. Alcanzó a salir en uno de los periódicos que clausuraron. Facha de karateca. Chaqueta de cuero negro. Ese pelo largo y esa barba que no parecen llevados a gusto. Como disfrazado de hombre corriente. Es el capitán de los gurkas. El mismo que golpeó a una periodista y enrolló la cabellera de la joven en su brazo. Arrastrándola. Barriendo con ella la Plaza de Armas. Marco un número. ¿Alcanzarán a llegar? Arrecian los golpes. Echen la puerta abajo, si quieren. No les voy a dar el gusto de irles a abrir con cara de espanto. Antes de ponerme a mirar por la ventana, voy a meter este cuaderno en el escondrijo.

Todos los versos de poetas griegos que aparecen en este libro han sido traducidos del original por el profesor Miguel Castillo Didier. Para la selección se han utilizado: *Nikos*

La Odisea, ~~Kalos~~ Kazantzakis (Editorial Planeta)

Poetas griegos del siglo XX, M. Castillo Didier (Monte Avila Editores)

Kavafis. Toda su poesía, M. Castillo Didier (Caracas, 1983)

La muerte

en Yugoslavia por tres años. Desde 1979 reside en Venezuela. Ha publicado ensayos: "La emancipación de la mujer en Chile" (Quimantú, 1972) y volúmenes de cuentos: "Acostumbrarse a lo ~~nuestro~~". En este género ha recibido distinciones de importancia. El Premio de la revista "Paula" en Santiago, en 1974 y el de finalista del diario "El Nacional" en Caracas, en 1982. Como periodista ha escrito crítica literaria y de teatro en la revista "Imagen" y en el diario "El Nacional". Es colaboradora y miembro del Consejo Permanente de la revista "Araucaria", que se edita en Madrid.



EDITORIAL POMAIRE

Nucha, Morena, son dos de los apodos amorosos con que la protagonista de esta novela vive un doble drama de exilio y soledad. Relato crudo y profundamente romántico a la vez, nos entrega la silueta de una mujer que se asoma a los extremos de la liberación femenina con cierta mezcla de pudor y remordimiento. Su militancia izquierdista no le impide confesar el miedo. Sus gestos de solidaridad con los que luchan contra la dictadura que oprime al país y al que ha vuelto muestran, más que una actitud radical, el deseo vehemente de rescatar la dignidad y el derecho a vivir en paz intensamente añorados.

Bs 125 Editorial
Pomare
Venezuela